



Seix Barral Biblioteca Breve

Tununa Mercado

En estado de memoria

Mercado, Tununa
En estado de memoria.- 1ª ed. - Buenos Aires : Seix Barral,
2008.

232 p. ; 23x14 cm.

ISBN 978-950-731-587-9

1. Narrativa Argentina I. Título
CDD A863

En memoria de Mario Usabiaga

Diseño de colección:
Josep Bagà Associats

Diseño de cubierta:
Departamento de Arte de Editorial Planeta

© 1990, Tununa Mercado
© 1990 Ada Korn Editora S. A.

Derechos exclusivos de edición en castellano
reservados para todo el mundo
© 2008, Emecé Editores S.A. / Seix Barral
Independencia 1668, C1100ABQ Buenos Aires
www.editorialplaneta.com.ar

1ª edición: agosto de 2008

ISBN 978-950-731-587-9

Impreso en Buenos Aires Print,
Anatole France 570, Sarandí,
en el mes de julio de 2008.

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en la Argentina

Ninguna parte de esta publicación, incluido
el diseño de la cubierta, puede ser
reproducida, almacenada o transmitida
en manera alguna ni por ningún medio,
ya sea eléctrico, químico, mecánico,
óptico, de grabación o de fotocopia,
sin permiso previo del editor.

LA ENFERMEDAD

El nombre de Cindal, cuya ortografía desconozco, vuelve una y otra vez acompañando a un hombre y a una frase de ese hombre repetida sin cesar en la antesala de un consultorio psiquiátrico. *¡Dígale que haga algo por mí, que haga algo por mí! ¡Estoy haciendo una úlcera, estoy haciendo una úlcera!*, clamaba, en algo más que una recurrente. Mientras hacía su imploración yo imaginaba que en una fábrica, en algún sitio de su cuerpo, en la boca del estómago por su ademán de doblarse y de abrazar su cintura, en alguna parte de su cuerpo se abrían úlceras sin remisión ni piedad. El aullido tenía paralizada a la gente de la antesala que habíamos acudido por problemas menores si se los comparaba con la situación terminal de Cindal. La secretaria, a quien Cindal había preguntado por el médico, no sabía cómo manejar este caso fuera de todo orden, sin turnos, sin citas previas, que irrumpía sin haberse anticipado por teléfono, y que no parecía ser hombre de violencias. Ella había desaparecido hacia el in-

terior de la clínica y reaparecido para decir que el doctor no podía atenderlo, que estaba en sesión, y que después tenía que entrar el grupo que estaba en la sala de espera. Entonces él vino hacia nosotros y nos rogó, con voz entrecortada ya por el sufrimiento, que le dejáramos unos minutos de nuestra hora. Pero la hora era inviolable, y pese a que estuvimos de acuerdo en cederle el terreno de nuestra locura para que él *explayara* allí la suya, abonando tal vez con la suya la nuestra, el *psiquiatra* fue terminante: no iba a recibirlo.

Uno está tan desvalido en manos de los *psiquiatras* que no puede ni siquiera discutir lo que le imponen; se llega, incluso, en esa sumisión presuntamente transferencial, a suponer que el médico puede haber elegido una táctica terapéutica eficaz cuando decide *enderezar* a un desesperado fuera de hora. A Cindal quiso enderezarlo, hacerle ver que él no podía manejar como quisiera su locura y el tiempo de los demás y, por fin, Cindal se fue, no sin antes haber implorado lo máximo, su internación: *¡Por favor, la internación!* El *psiquiatra*, ya en el consultorio, no respondió a ninguna de nuestras preguntas y se quedó en silencio; tengo entendido que con el tiempo se ha ido perfeccionando ese silencio analítico hasta ser de ultratumba para quienes buscan respuestas inmediatas a su desesperación. Cindal se ahorcó esa misma noche.

No dejó de pensar en Cindal, quién lo habrá llorado, quién lo llora todavía; salvo yo, quién se

acuerda de él, doblado en dos, lastimero, haciendo su úlcera como quien hace un deber, como quien cumple una tarea escolar, en la antesala de la muerte, y traza una letra fulgurante y roja con las heridas de su úlcera, y se desangra por dentro en torrentes y termina yéndose, en ese arrastre, al otro mundo, ahogado en su propia sangre. Él, supongo, se levantaba por las mañanas o en las noches, o en el transcurso del día después de una breve siesta en la que tal vez había logrado controlar su dolor, se despertaba y se encontraba ahí nomás con la úlcera, no con una úlcera aislada sino con una úlcera en permanente comunicación con su mente, como si ella fuera una sola y misma cosa con el terror que desencadenaba o que la desencadenaba. Úlcera y terror venían juntos para Cindal en esos despertares a cualquier hora del día. Se doblaba en dos y aullaba pidiendo ayuda.

A gente así, que sufre con tanta convicción —se dijo después de que Cindal se colgó de su cuerda— hay que dejarla, no se puede hacer nada; y cuando gente así busca su propia muerte y la halla, se suele pensar que encontró la paz, que suavemente se deslizó a otra cosa y que a fin de cuentas ha cesado de sufrir. A Cindal lo dejaron morir porque se pensó que eso era lo que quería y que tarde o temprano iba a encontrarlo. A Cindal, cuyo nombre me viene con regularidad a la memoria siempre acentuado en la letra *í*, y cuyo gesto de doblarse se me reitera en sucesivas evocaciones, se lo dejó morir porque su demanda no

podía ser colmada, y porque reclamamos de ese tipo no hacen más que oscurecer la vida de los demás y socavar la plenitud a la que todos tienen derecho. Nadie que viva en conformidad, lleno de proyectos y certezas, nadie que reciba constantes gratificaciones puede bajar la guardia y dejar entrar a gente como Cindal, que no apartó una cita, que no reservó ningún pasaje y que llegó tarde a la última franja de la cordura, la que podía ofrecerle un consultorio psiquiátrico.

Muchas veces el nombre de Cindal fue evocado por mí en situaciones similares a la que él había sostenido, implorante, en la antesala del psiquiatra. Hay una gran diferencia, sin embargo, entre sus demandas y las mías. Él parecía decidido a hacerlas a voz en cuello, como si el pudor lo hubiera abandonado y ya nada pudiera ocultar su autoconmiseración. No tenía ningún control sobre sus ruegos, había descendido con sus rodillas hasta la genuflexión, se doblaba, ningún orgullo podía detener ya la conciencia de su fin. Yo, en cambio, postergo de una manera obstinada cualquier afloramiento de la angustia, en gran parte por buena educación, para no arruinarle la fiesta a nadie, escondiendo mediante artemañas altos picos de aflicción que me asaltan. Sería muy difícil ponerlos de manifiesto, decepcionar a los demás, hacerles ver que la antigua savia del poema, «la que por el verde tallo impulsaba la flor, la misma que impulsaba mis verdes años», era en realidad una perfecta inductora de

úlceras y de gastritis, y echar por tierra la tranquilidad con que me veían apacentar las horas y los días no habría servido para nada.

En términos terapéuticos estrictos, el psicoanálisis siempre me fue escatimado. Nunca, a decir verdad, pude recurrir a un tratamiento clínico individual en el que ofreciera, horizontal, los materiales de mi inconsciente; siempre, por razones económicas, tuve que estar en terapias de grupo, en las que sin mayor esfuerzo logré esca-motear a los ojos de mis compañeros, y tal vez a la sagacidad del psiquiatra, mi angustia y mi vulnerabilidad; me las arreglé para disolverme en las risas o en los llantos colectivos, munida de mi buena educación y de un presunto sentido del ridículo que, por acervo, se parece bastante a la amargura.

No tuve, entonces, un tiempo individual en el que discerniera mis conflictos de una manera especializada y específica; ningún psiquiatra se ocupó en particular de mí, dejando sin cauce la inmensa capacidad de transferir que me caracteriza y que me ha llevado a diversas formas de dependencia con médicos de toda laya, incluidos los dentistas, los ginecólogos y, sobre todo, los curanderos de la más variada especie: santeros, chamanas y «maestras» que hicieron de mí cuerpo de limpieza. Con ramas de menta y albahaca, sahumerios de mirra e incienso, con ajos, lociones, tejos

de coco, oráculos y otras técnicas de azar, algunos trataron de curar mis males y de salvarme de los hechizos y en ocasiones lo consiguieron porque no debe de haber terreno más fértil para las curas que mi cuerpo y mi alma.

En 1967, siete días después de la muerte del Che Guevara, que lastimó de modo tan irremediable y fatal nuestras vidas, antes de emprender un viaje a Francia y una larga estadía, el psiquiatra de marras que me contuvo en su grupo durante tres años y expelió inmisericorde a Cindal, viendo que yo podía zozobrar en este trajeteo transatlántico, me concedió unas horas individuales en las que no pude decir una sola palabra; sola, sin las muletas del grupo, permanecí callada, no tuve nada que decir a mi analista, ningún inconsciente se manifestó, no conté ningún sueño, y él permaneció también en silencio en esas dos o tres sesiones, sin que yo haya sabido por lo tanto cuál era su evaluación de mi estado psíquico, ni si con su silencio me condenaba o me absolvía o si, finalmente, no tenía nada que decirme, pero lo cierto es que viendo que yo quizás no tendría demasiadas fuerzas para sobrevivir a los cambios que se avecinaban, me dio la dirección de una psiquiatra suiza que hablaba español y que había vivido y trabajado en la Argentina; me dijo que él iba a escribirle y yo hasta llegué a imaginar que enviaría un diagnóstico sobre mí; esta suposición de que yo podía tener una existencia como *caso* me tranquilizó: mi salud o mi enfer-

medad mentales cobraron un carácter singular. Y no es abusivo hablar de «enfermedad mental», puesto que en la terapia nunca dejaba de inculcársenos que estábamos allí como enfermos mentales.

Ya en Francia, cuando advertí, en efecto, que no estaba en condiciones de sobrellevar ningún «cambio», eufemismo con el que se suele designar a los momentos cruciales, escribí la carta prometida a la psicoanalista suiza, al día siguiente mismo de mi llegada. No esperé, apenas había sacado mis cosas y las de los míos de las valijas empecé a escribir esa carta en la que le decía que yo había sido hasta hacía muy poco la paciente del doctor Fulano de Tal, que él, por su parte, habría de escribirle a la brevedad acerca de mi caso y que yo quería verla para convenir un tratamiento. Le propuse unas sesiones quincenales y le expliqué que vivía a unos escasos cien kilómetros de Ginebra donde ella tenía su clínica y que pensaba hacer un viaje para exponerle mis padecimientos. La carta fue hecha, naturalmente, en español, no sólo porque ella dominaba esa lengua, sino también porque yo no hablaba ni una palabra en francés. Sólo sabía decir un fragmento de *La náusea* de Sartre que había leído en voz alta muchas veces hasta saberlo de memoria, en unas clases de francés dos semanas antes de salir de Buenos Aires. Estuve tentada, incluso, de transcribir ese pasaje para ilustrar mi angustia, pero no lo hice: el solo hecho de dirigir la carta, de poner la mira en

una meta psiquiátrica me hizo sentirme mejor. Y tanta es mi disposición terapéutica y tan consuetudinaria, que cuando la carta salió a destino, en ese instante, todas mis esperanzas se depositaron en Suiza.

El invierno empezaba cruel, muy cruel; las carreteras se cubrieron de nieve y cobré conciencia de que el famoso viaje entre Besançon y Ginebra podría estar plagado de desventuras. Me vi cruzar los bosques helados, en trenes blancos y por países blancos y tuve un adelanto de pánico que sólo pudo ser paliado por las expectativas de curación; iba a atravesar los hielos, pero los hielos no iban a quebrarse bajo mis pies —no se me iba a mojar la cola, como a la zorra del Yi Ching en su travesía invernal— porque iba a tener un tratamiento individual, prolongado, radicalizado y psiquiátrico.

Nunca atravesé los hielos; Madame Spira, quien por su renombre sería acaso la psicoanalista de la reina Juliana, no podía «por el momento» contraer un compromiso quincenal conmigo; sus horas estaban todas tomadas. La carta que me envió no hacía mención a ningún caso enviado desde Buenos Aires, a ninguna carta que me pro-hijara, ni tampoco a mi psicoanalista; decía estar a mis órdenes para más adelante y preguntaba si yo tendría a bien excusarla, quedando ella (suya) de mí. No me sorprendió la respuesta: ya me había dado cuenta de que la hazaña de pagarme un análisis en francos suizos, viajes sorteando mon-

tañas y al borde de precipicios en francos suizos, un alojamiento semanal junto al lago Léman o lejos de él en francos suizos, todo eso hacía varias semanas que me había resultado irrisorio, desproporcionado como sueño de pobre. Fracasaba una vez más mi intención de ofrecerme una cura analítica profunda, individual, a la que miles de argentinas y argentinos han tenido derecho a lo largo de estos últimos treinta años.

Me he contentado siempre con curas sucdáneas. A mi regreso a la Argentina de aquella estadía en Francia, por ejemplo, el mismo psicoanalista que sin advertir lo desmedido de su propósito me había puesto en contacto con Madame Spira me recomendó a una colega suya, esta vez nacional, quien, de nuevo, dadas mis condiciones económicas, me puso en un grupo. Mi primer análisis grupal había sido con alucinógenos. Cada vez que he relatado esa experiencia en sus términos escuetos y medianamente veraces, la gente que me escucha pone una cara neutra que delata, más que indiferencia, la decisión de mantener distancia de una suerte de peligro de contagio en ciernes sobre sus personas; cuando digo que tomábamos ácido, xilocibina o mescalina, nombres temibles, prefieren no oír y sólo me observan para ver si el daño aparece en alguna marca.

Lo cierto es que esa terapia con psicotrópicos había dejado de hacerse cuando consulté a mi nueva psicoanalista; después del golpe del 66 se

cuestionó y prohibió estos tratamientos: se confundió de manera acrítica, por razones ideológicas o morales, uso psiquiátrico con dependencia, dejando sin progreso una técnica que abrevaba en la alucinación. Abandonados al efecto de un ácido habíamos volado hacia las zonas del origen, y no sin un altísimo costo en el momento, por que quien crea que esas incursiones producen felicidad, escuetamente felicidad, se equivocan: la conmoción que provocaba ese regreso a cualquier fuente, ya fuera el útero materno, bóveda de la especie, o el eco del primer llanto huérfano y de ahí en más, no es de deseársela a nadie y sólo porque se nos había convencido del carácter médico de estas prácticas el grupo se entregaba a ellas y aceptaba el riesgo de perderlo o ganarlo todo en una sola sesión.

Puesto que no se podía tomar peyotl o xilocibe, sin que a nadie se le ocurriera cuestionar la ley que lo prohibía, el grupo se reunía alrededor de la psicoanalista sin ácido, expuesto sólo a los efectos de su mirada de mujer-pájaro. Al salir del consultorio solíamos ir a la casa de alguno de nosotros para fumar hachís o cualquier otro tipo de sumidades floridas en una actitud típicamente sustitutiva. En una de esas ocasiones chupé con demasiada fruición el cigarro y cuando llegué a casa estaba desdoblada, quería decir *yo* y decía *ella* y rogaba que volvieran a unirme, que me resituyeran al casillero del que provenía y en el que había estado hasta ese momento con tanta des-

preocupación como inconsciencia; costó muchísimo volverme a mí, o sacarme de mí, una *otra* que entrevía y a la que no podía acceder y todavía *una otra más* que no me soltaba, sin saber yo distinguir entre la otra que había que ahuyentar y la mía que debía retener.

Pese a los escasos paliativos que me ofreció el psicoanálisis, una especie de escarceo que rodeaba la profundidad, nunca dejé de encomendarme a sus manes. En pleno exilio, cuando todos los días había alguna noticia terrible de la Argentina, y muchas veces se trataba de llamadas telefónicas desde cualquier confin de la tierra, incluida la natal, en las que se nos decía que habían matado a alguien, a varios, a uno en particular que era muy próximo a nosotros, casi un pariente, o a dos o tres que habían mantenido conmigo y los míos algún tipo de vínculo, en esos momentos tan crueles que obligaban a sentarse al borde de la cama a llorar, vivir era sobrevivir. Pero uno de esos días el peso fue demasiado, un día en el que el moridero al que estábamos sometidos fue demasiado actual e inmediato, yo sentí que mi salud se desmoronaba. Los espasmos de la gastritis, que aparecieron más tarde con nitidez, eran entonces apenas un dolor difuso en la boca del estómago, una sensación tenue, similar a la que podría haber dejado un golpe accidental en un juego de niños. Las cosas pasaban sobre todo entonces en la garganta, que se obstinaba en reproducir anginas rojas, pultáceas, resistentes a cualquier antibióti-

co. Alquitranada, con la mucosa rígida y resbaladiza, los ganglios infartados, sin ningún cilio que vibrara al paso del aire o del sonido de la voz, pero con una profusa colonia de áureos, la garganta era el sitio en el que parecía gestarse mi propia muerte.

Tenia calambres en el cuello y una incipiente septicemia que pudo tener un desenlace definitivo; pasé por médicos, clínicas, laboratorios y me expuse a conteos; inútilmente vertí mi sangre en probetas y sometí mis líquidos a cultivos, y nada pasó, la cura pasó de largo sin verme. En mi retablo pintado yo podría haber aparecido en mi lecho de enferma, el techo del cuarto agrandado por la fiebre, la ventana dibujada en el muro con las cortinas recogidas para dejar entrar la luz del Espíritu Santo: escena de milagro, de recuperación por obra de un poder luminoso. Una leyenda podría haber rubricado aquella curación: «Cuando ya se perdía la esperanza de mantenerla con vida, se encomendó a la Virgen, sanando por su Gracia en los días últimos de octubre de año del Señor de mil novecientos setenta y seis». La Obra fue en realidad de homeópata unicista y la medicina caléndula a la treinta diluida en un vaso de agua con tomas espaciadas primero cada media hora, luego cada hora y, para terminar, tres veces por día.

Tuve suerte porque nadie se aventuró a decir que mi problema era psicológico y se tomó como algo natural que fuera a un médico. A otros lle-

gados al exilio, cuando manifestaban haber perdido energía, se les decía que era normal que tuvieran esos síntomas, que el desarraigo y los tiempos vividos en la Argentina, con tantas pérdidas, terror y duelos, no podían sino haberlos deprimido. Se les aconsejaba que fueran a ver a un psicoanalista, el cual, según las prácticas del momento, debía convenir a las convicciones políticas del grupo de pertenencia. Ese analista al que se confiaban los recién llegados podía quedarse en su pura esfera y no indicar análisis de laboratorio, aferrado a su idea de la depresión; entonces, el organismo jugaba malas pasadas, la enfermedad seguía su curso, desalentando al psicoanalista y al enfermo, optando aquél por *derivar* a su paciente, desconsiderada acción cuya consecuencia era, en efecto, una deriva, de unas manos a otras, de una oreja a otra oreja, de diván a silla, con interpretaciones fluctuantes acerca de los síntomas: tomar rigidez por histeria, trastorno neurológico por regresión al seno materno, falta de retención de orina como llamado de atención del paciente, y así siguiendo.

Una se pasa toda la vida tratando de apoyarse en columnas, de adherir la pobre masa psíquica a estructuras exteriores con el objeto de dotarla de una forma; se arrima a los demás, ya sean personas, animales o cosas hasta fundirse con ellos, se hace de costumbres buscando en la repetición la manera de evitar la infelicidad. Los cursos no tienen fin y son renovables de manera

cotidiana; obran a veces como conjuros, mandas ingenuas que hora a hora se van depositando en pequeños altares domésticos y por las que se espera recompensa. Si hay luna llena, por ejemplo, se cierran las ventanas para impedir la exacerbación de la locura que producen sus rayos; si el viento ulula, se cierra también la ventana para que no entren sus maleficios; si, por el contrario, canta un pájaro, se tiende atento el oído para que penetre el beneficio de su trino. La persona se relaciona en permanencia con el afuera, lo que viene del otro lado de su pared condiciona sus movimientos y organiza sus rituales; busca, fundamentalmente, estar en un grupo, pertenecer a la **grey**, pensando tal vez con razón que esa pertenencia puede alejar de ella la locura o, por lo menos, la incertidumbre.

Lo que yo tenía que exponerle a un psiquiatra o, en un nivel o grado diferente a un psicoanalista, era una serie de núcleos que no lograba disolverse. Eran, o son, estados de desvalimiento, fragilidades que me impedían enfrentarme con naturalidad a los hechos de cada día; tenía que explicarle a ese analista que cualquier situación de *competencia* provocaba en mí una necesidad imperiosa de huir y de no dar batalla; si esa confrontación era sobre méritos, el impulso de borrar del campo se convertía en un foco inextinguible de ansiedad, como si dirimir acerca de mis capacidades para ocupar un sitio pusiera a prueba toda mi existencia.

No podía disputar lugares, y si por obra de las circunstancias alguna vez era diferenciada valorativa y positivamente por alguien, esta evaluación nunca surgía de una contienda en la que yo hubiera podido ser elegida entre pares, sino después y al costado, como si sólo de manera retardada se descubrieran los méritos de mi persona. Brillo que no se ve, que los pedestres no logran ver, solían ser las interpretaciones que atinaban mis psicoterapeutas de a sentado y de a centavo. He tenido por eso siempre una profunda piedad solidaria con todos los que ceden a la imposición de pertenecer a alguna esfera de la existencia, para lo cual aceptan dar prueba de conocimiento, de fuerza o de valor. Ser sometida a examen, a juicio, a concurso, a cualquier tribunal; estar en oposición con un semejante para que alguien establezca un juicio y una calificación, figura insostenible si se quiere vivir en sociedad, siempre ha sido para mí una condición humillante y cruel y me he apartado de ella con persistencia, como quien se aleja del mal.

No obstante, para ganarme la vida y con un aceptable criterio de «vencer» dificultades, algunas veces acepté exponerme a esas situaciones extremas. Por ejemplo, uno de los desafíos que mayor sufrimiento me produjo fue aceptar, contraviendo mi fobia, un cargo docente en la Universidad de Besançon, sitio en el que, como creo haber dicho antes, estuvimos los míos y yo en un llamado primer exilio, después del golpe de Esta-

do del 66. Allí, donde las somatizaciones habían encontrado su sitio en la columna vertebral, una semana después de llegar y de haber escrito la carta a la psicoanalista de la reina Juliana, tuve que empezar a dar clases de Literatura y Civilización de América Latina a un grupo de veinticinco alumnos, gente que estudiaba español y que ponía sus expectativas en un puesto de ultramar. Mi primera clase —y las sucesivas, sin atenuantes—, fue en su totalidad puesta por escrito en más de sesenta cuartillas, a una cuartilla leída por minuto para redondear la hora que se me exigía.

Todo ese año y los siguientes me pasé escribiendo cuartillas a máquina para ser leídas en clase y aún así, con la seguridad que me daba el papel escrito sobre la mesa en el cual estaba todo previsto, incluidas las posibles respuestas a posibles preguntas, cada vez que entraba en la clase y que los veinticinco aspirantes a ultramarinos se ponían de pie y decían *Bon jour, Madame*, se me producía el llamado hueco en el estómago o, mejor dicho, el hueco daba su vuelco hacia el vacío pues desde la víspera y puede decirse todos los días desde mi llegada a Francia y a esa universidad, ese hueco estaba, productivo, tan productivo como las páginas que llenaba con su vacío.

No sé por qué me sometía a retos tan fuertes. Me provocaba, debo decirlo, un gran alivio terminar la clase y llegaba a la calle y a la plaza frente a la Facultad con esa sensación plena de haber vencido un espectacular torneo. Esa calma dura-

ba unas horas, sólo las necesarias para recobrar el aliento y preparar las ansiedades de mi próxima clase. De esos años quedaron unos centenares de páginas en las que se contaba la historia de América Latina, se estimulaba el interés por textos iluminados de la literatura de nuestros países, o se analizaba, con una minucia demencial, párrafo por párrafo, universo por universo, coma a coma, la obra de Rulfo. Después fui arrojando esas páginas, una a una o en bloquitos de a diez, en el incinerador de la casa bisontina, antes de regresar a Buenos Aires, en 1970.

Creo, incluso, que la compulsión examinatória y la imposibilidad de superarla fue lo que me impidió recibirme de Licenciada en Letras. Nunca tuve ese título, apenas me faltaban dos materias para lograrlo y no pude, y las que logré pasar fue a costa de una concentración fuera de serie, ejercida en traspases y amaneceres. Estoy convencida de que mi paso traumatizado por la universidad, en el que no corrí ni gané carrera, no dejó huella; mis coetáneos y contemporáneos, en cambio, son todos ahora reconocidos profesionales a lo largo y lo ancho del mundo; muchos, casi todos, ocuparon cátedras civilizadas en las tierras del exilio y ahora han regresado al país ocupando asimismo prestigiosos lugares; se ganaron y se ganan honradamente la vida con sus concimientos literarios, dieron clase, tuvieron estatus. Siempre me digo que yo también podría haberme hecho de un oficio si hubiera aceptado

pasar mis últimos exámenes de Iberoamericana con el profesor Verdugo, nombre cuyo significado dio lugar a obvios juegos de palabras desde siempre pero sobre todo a partir de 1966.

Entonces, en vez de terminar con docilidad mi carrera y de poseer un título previendo que sin él no se puede hacer nada, ni dar cátedra, ni doctorarse, ni hacer ningún seminario de postgrado, ni obtener subsidios de investigación, que sin él uno o una está condenado a ser empleado público o periodista del montón o *free lancer* en ocupaciones diversas, que sin él uno estará en el escalón de abajo, impedido de ascender en los escalafones y de manera progresiva se convertirá, sin él, en lo que se llama un escritor fantasma, en este caso en una escritora fantasma, profesión para gente sin título de una facultad de Letras.

Ser escritora fantasma, estar en las bambalinas, detrás de las páginas escritas por otros, corrigiendo, estableciendo con propiedad los nexos de la sintaxis y mejorando en el mejor de los casos y en el peor empeorando los textos que otros van a firmar, termina por ser una profesión de fe y, a larga, configura una neurosis de destino. Esa misión de fantasma tutelar sobre la frase ajena, de nodriza sobre la cuna de palabras que salen de otro imaginario, de otro inconsciente; de inspectora municipal de la lengua y de los discursos, operando incisiones en los párrafos, aislando los conceptos de una oración con relativos, puntuando, entrecomillando donde se puede y se de-

be, esa misión se me presentaba negra e imponible cada vez que cobraba conciencia de ella; a medida que bien articulaba, bien ortografiaba —al menos así se lo creía y por eso me pagaban—, todo lo que yo podía escribir por mí misma, de mi cuenta y cosecha, se desarticulaba y pedazos de mí se alojaban en los escritos de mis semejantes, se taban y daban a luz engendros irreconocibles. Frase a frase mi frase moría, muere, se extingüía, se extingue, es correcta, se enmascara, se alinea, sonríe, corregida.

Tenía que exponer ante ese psiquiatra virtual que esa condición de ser la segunda en cualquier orden, otorgada por el azar del nacimiento entre dos hermanos, me llevó a estar al servicio, por así decirlo, de personas sin escrúpulos que al mismo tiempo que me halagaban por lo que escribía firmado por ellas y demostraban agradecimiento, terminaban por negarme; me negaban o ninguneaban después de haberse valido de mi presunta capacidad u oficio, que ellas consideraban menor, de poner ideas por escrito. Sucedió, además, que no siempre tenían las ideas y había que poner escritura en estructuras huecas o desviar la escritura hacia cuestiones anecdóticas, a falta de conceptos.

Hay personas que construyen abundantes currícula con artículos y aun con ensayos amplios y densos que no escribieron ellas, que los dieron a hacer a escribas como yo. Gente que pide presunta la palabra de otro o que la compra y que,

hinchada de orgullo, ofrece como contraparte un llamado «marco teórico», sin el cual se supone que nada puede hacerse, minimizando cuestiones secundarias como la sintaxis. Gente que cree que no saber escribir es una discapacidad irrelevante, puesto que sólo importa tener teoría, formular teoría. En el marco vacío del que se vanaglorian, la obrera o el obrero tienen que cruzar sus hilos.

Estos impostores o impostoras que venden a diestra y siniestra su marco teórico llenado por otros y que siempre logran que se lo compren instituciones, fundaciones, agencias nacionales e internacionales y otros aparatos académicos, tienen una gama de escritores fantasmas y los hay que se buscan una lingüista para que ate a su marco una tela saussureana; que logran enganchar a una filósofa fuerte, con aportes al marxismo y al psicoanálisis, capaz de adaptar al marco una red foucaultiana; que seducen a una teórica feminista para que les hilvane alguna propuesta sobre lo personal y lo político, lo igual y lo diferente. Esa gente se forja una personalidad por una despiadada transfusión de la competencia ajena.

El exilio se me aparece como un enorme mural riveriano, con protagonistas y comparsas, líderes y bufones, vivos y muertos, enfermos y desposeídos, corroídos y corrompidos; el mural tiene un espeso color plomizo y sus trazos son gruesos. Hay un fuerte sinsabor en la evocación, me esfuerzo en este momento para separar del conjunto algún instante colectivo de felicidad, que los hubo, pero la melancolía lleva la delantera, nada se sustrae a la melancolía de un recuerdo gris, aunque muy intenso. En el mural hay un ancho por un alto, un comienzo y un final, y lo que resalta en el paño acotado y lo que vibra en el paisaje es, irremisible, la melancolía.

No se puede decir nada más anodino y estúpido que la frase: «lo pasarán bien en el exilio», esa trivialidad que muchas veces, por exculpación, se acepta oír, o su contraparte de la misma laya: «los que se quedaron en la Argentina la pasaron peor», y otras variantes de esas simplezas que deberían indignar pues ponen en situación de torneo ins-

tancias que no lo admiten y que tampoco resisten clasificaciones tranquilizadoras: exilio/exilio interior, que separan y aligeran, por así decir, la masa aún sin desbrozar, compacta, destructora y arrasante que fueron esos años, desde 1974 hasta la restauración de la democracia, sin contar los coletazos que todavía producen terror.

El tiempo del exilio tiene el trayecto de un gran trazo, se extiende según un ritmo amplio y abierto, sus curvas son como las olas, oceánicas y lejanas de las playas, que no tienen rompientes y se parecen más a la idea de horizonte; el tiempo sucede más allá, en otro sitio, se lo oye transcurrir en los silencios de la noche, pero se lo aparta, no se lo quiere percibir porque se supone que el destierro va a terminar, que se trata de un paréntesis que no cuenta en ningún devenir.

Provisorio, el tiempo va de semana a semana en un tren de altos sucesivos: se lee la noticia, se la sopesa, se piensa en términos de coyuntura, se enfrenta con la imaginación al adversario que interfiere el decurso, se cree acumular fuerza contra el enemigo mayor que ocupa también semana a semana, y en una ofensiva cada vez con una capacidad mayor de fuego, los terrenos que el exiliado ha perdido al ausentarse.

Las discusiones no tienen fin, la sospecha no tiene fin; en los espesores y en la espesura de esa selva sin tiempo no hay diques que parapeten el continuo, las hojas no caen, el frío no llega, el presente nunca pasa al futuro. Los acontecimien-

los están iluminados como en el teatro, exaltados en su significación; nunca la paranoia tiene un cuerpo tan sibilino como en esa estancia sin estancias.

No se podía imaginar entonces que una vez terminado el paréntesis, si es que alguna vez llegaba a terminar, lo que concluiría sería visto como un todo abigarrado, como una masa recorrida por múltiples laberintos cuyo corte transversal provocaría una sensación tan mordiente; las capas o estratos que ese corte muestran, en efecto, parecen haber sido antiguos hormigueros ahora deshabitados pero que producen la misma sensación de espanto que si estuvieran llenos.

Es también espanto lo que provoca la evocación del modo en que ese tiempo era ocupado en un setenta por ciento por el tema propio de la circunstancia, a saber, la Argentina, ese país poca madre que nos había expulsado y sobre cuya situación se hablaba sin parar —el sol no se ponía, no había amaneceres— llenando, por así decir, con la materia argentina todo hueco de la realidad, saturando con la pasta argentina todos los agujeros, atiborrando el cuerpo y el alma con esa sustancia que no producía placer, ni buenos recuerdos, y que sólo depositaba su cuota de muerte al entrar y salir de la conciencia (cuando uno se dormía, la cuota era puesta a favor del inconsciente y daba réditos inmediatos y multiplicados, con efectos de horror mucho más poderosos que en la vigilia).

Se soñaba la muerte casi siempre; el individuo era atravesado sin tregua en esos sueños por imágenes de despojo y desamparo; el durmiente pasaba noches desnudo, descubierto, perseguido por fuerzas invencibles, se caía al tren, perdía el tren, salía de su casa descalzo, perdía sus papeles, un carruaje lo conducía hacia un destino sin nombre; el individuo perdía altura, regresaba a una infancia envuelta en nubes y gases, volvía a cuartos con luces cenitales y se veía de pronto en medio de un bosque en sombras; el individuo no la pasaba bien en sus sueños. En sus vigiliass el efecto de esos sueños se reiteraba por ramalazos, impidiéndole cualquier tipo de felicidad transitoria casi la mayor parte del tiempo.

Con ingenuidad, a muchos exiliados en México se les dio por pensar que seguían siendo, pese a todo, los mejores del mundo y entonces no supieron mezclarse o fundirse en la población —vecinos, colegas, o lo que fuere— y persistieron en mantener rasgos muy nacionales, gesticulaciones muy propias que solían provocar vergüenza ajena en aquellos que por miedo o timidez habían optado por hacerse lo menos evidentes posible. Podía llegar a suceder que alguno hablara de manera estentórea y reclamante en una oficina de migraciones, por ejemplo, y que suscitara en el mexicano o mexicana que se ocupaba del

trámite, un súbito bloqueo, defensivo, ante la petulancia; el empleado ponía una cara especial de haber bajado una cortina interna y de haber al mismo tiempo clausurado cualquier entrada o cualquier salida; ni oía ni respondía al discurso demandante de su interlocutor; se enconchaba, *hacia el muerto*, que es una forma que muchas especies animales tienen de neutralizar los asedios del exterior y cuyo aprendizaje requiere eras geológicas.

Esa habilidad de hacerse el muerto, que por seguir de manera anecdótica y reproductiva la legislación lacaniana han adoptado algunos psicoanalistas, la burocracia mexicana la tiene por cultura y casi por naturaleza y por eso mismo no es ni anécdota ni representación, sino un modo del espíritu. Frente a una jactancia de argentino, el mexicano mira con ojos vacíos, oye con oídos cancelados y sella boca, provocando en quien lo interpela una impotencia total. Años puede llevarle a un argentino aprender ese método de distanciamiento ante las desmesuras o vanidades de uno de sus semejantes, y si lo llegara a dominar no sería difícil que le diera una connotación de desdén, cosa que el mexicano no hace; perdonando las generalizaciones, me parece que éste sólo pone en práctica, tal vez sin saberlo, un método para preservar su salud mental o su proverbial dignidad. Esa arma es en extremo dañina y hay muchos argentinos seguros de sí mismos y del lugar que ocupan en los estratos sociales que han

sufrido sus estocadas hasta la derrota y que, por lógica, han engendrado animadversión contra quienes la esgrimen, sus anfitriones.

El apego al país que habíamos dejado condicionó la vida de todos nosotros; hubo incluso gente que no pudo sobrellevar la suma de pérdidas; que se pasaba el día pensando en su barrio, idealizando prácticas que no se veía muy bien por qué habrían de ser consideradas paradigmáticas de un paraíso perdido; la sustancia argentina que se extrañaba aparecía encarnada en mitologías de escaso interés. Vista ahora, a la distancia y en la cercanía —en un antes de exilio y en un después de regreso al país— la «iconografía» aquella y los pequeños cultos a objetos que rigieron las fantasías de entonces, juzgados más allá de las emociones, resultan un patrimonio insignificante, sin valor intelectual o imaginario.

Hubo profesiones de fe argentina lisa y llanamente patriotas, como por ejemplo la codicia que produjo en dos oportunidades la bandera argentina, que colgaba del muro junto al llamado lábaro patrio de los mexicanos en la «casa» del exilio y fue dos veces sacada, con excitación y premura, de su lugar. La primera, emocionado por el triunfo en el Mundial de Fútbol, un grupo se hizo de la bandera y la enarboló por las calles de la ciudad mientras vitoreaba al seleccionado nacional; la otra, el mismo grupo se apersonó en la

rede y se la llevó para ondearla frente a la embajada inglesa, identificado con la guerra que libraban los militares argentinos para recuperar las islas Malvinas.

La pasta argentina no dejaba respiro, se pegaba al cuerpo, llenaba la mente, absorbía todos los líquidos y dejaba en la sequedad; quienes podían zafarse de ella o disminuir su consistencia era porque ponían una voluntad de hierro para integrarse al medio. Tenían que aprenderlo todo, es decir, aprender a saludar al vecino, a dejarle el paso, a no pasar por entremedio de dos personas que están hablando, a no pasar los platos por delante de las personas en la mesa; a decir «por favor» cuando pedían algo, y las correlativas fórmulas «permiso» y «propio»; a agradecer toda vez que fuera necesario y aún más de lo necesario, respondiéndolo a las «gracias» del otro con un «para servirle»; a no interrumpir a los demás en las conversaciones, disminuyendo, en lo posible y en el caso de tener el uso de la palabra, el río verbal; a decir «salud» cuando alguien estornudaba y «provecho» cuando daba comienzo la ingesta ajena; a ofrecer con un «¿gusta?» la comida propia al recién llegado (prácticas que hace mucho no tienen uso en la Argentina por decisión de clasemedios con ínfulas); tuvieron que aprender a ofrecer hospitalidad usando la norma de cortesía local que consiste en decir: «Lo esperamos en su

casa», para invitar al interlocutor argentino, quien creía que el mexicano se refería a *su* casa, anunciándole una visita; el equívoco solía perdurar largo rato, reiterándose el «*su* casa» con un re-fuerzo aclaratorio: «*su* casa *de usted*», frase con la cual el mexicano afirmaba la donación generosa de su casa, la de él, al extranjero; este desprendimiento nunca era entendido y los argentinos interpretaban que el mexicano se adueñaba de sus casas, y el «ahí tiene usted su casa de usted» no era captado ni correspondido con análoga corte-sía, quedando el argentino mal parado y demostrando su incapacidad para oír a sus diferentes.

Los malentendidos eran resortes que obligaban a aprendizajes acelerados de urbanidad y después de varios años puede decirse con justicia que algunos lograron hacer suyas las leyes de conviencia y se los veía en reuniones con mexicanos haciendo esfuerzos por dejarlos hablar, con una cara de represión enorme de los naturales impulsos por cubrir el espacio con la propia y exclusiva voz, con aire de frustración por verse obligados a ceder la palabra y a dominar los proverbiales y sesudos tonos.

A veces se obligaban a la humildad de eliminar el uso del *che* y del voseo y ahí se los tenía, adocenados en cultismos del español que se les resistían y que no se amoldaban a los modos porteños de los que raramente se puede salir por ser demasiado marcados. Llegaban a asumir, incluso, ciertas humillaciones lingüísticas, como ser el

reemplazo de la *ye* rugosa y canyengue de Buenos Aires por una suerte de *iod* que con tanta facilidad suelta la gente desde Córdoba hacia el norte, y que en los labios del porteño es en extremo descomodida porque no llega a plasmarse y, cuando crece haberla logrado, en nada se parece a la *elle* de los mexicanos y menos a la *ye*; se podía oír entonces, unos *poios* y unas *gáinas* famélicas, con hambre de pertenencia, que eran como malas puntadas en la tela de la conversación.

No se puede ocultar que la implantación de un argentino en México es de hecho un fenómeno histórico raro. Y no se termina de hacerse el ridículo, a años vistas no se deja de hacerlo, como si por una secreta venganza el país mexicano continuara ofreciendo resistencias a cualquier apropiación por parte de extranjeros. Llegaron los argentinos y con todo esmero erigieron sus asentamientos en conglomerados habitacionales, los llamados condominios, donde por razones gregarias y también económicas, se fueron acomodando, al mismo tiempo que declaraban cómo les gustaban las artesanías nacionales. Siempre me dio vergüenza de mí misma, valga la reiteración, pero sobre todo vergüenza ajena de los demás, cuando oía decir esa frase en todas nuestras bocas al llegar a México, como una especie de letanía que desplazaba por unos instantes el lamentito del desterrado. Creó, a la distancia, siempre a la distancia, que muy poco sabíamos del arte popular mexicano y que la masiva —en términos

relativos— adquisición de esos bienes culturales en mercados de diversa índole no estuvo regida por un criterio de calidad. Puede caerles mal a muchos que esto lean, pero la homogeneidad del mobiliario de los argentinos en México, en casi todos los casos los llamados muebles de Taxco o, con más amplitud, de estilo colonial rústico; los tapices en serie de acrílón con diseños de comunidades chiapanecas, los sarapes de Oaxaca, también de sintéticos, y la persistencia casi obsesiva con que se comía, en una primera etapa, en vajillas de barro que contenían plomo, a uno le creó la sensación de estar siempre en la misma casa, la propia y la ajena, sentados todos y cada uno en las mismas sillas, bebiendo en los mismos vasos de vidrio soplado, con los mismos individuales de palma sobre la mesa y los mismos manteles de Michoacán, y los mismísimos equipales de cuero, como si de una familia a la otra no hubiera fronteras de gusto e intención y se permaneciera en un espacio común.

Esas casas, en las que muy de cuando en cuando aparecía una pieza legítima, se trasladaron muchas veces tal cual a la Argentina, en enormes contenedores o *containers*. La misma impronta, reconocida en diversos hogares produce un efecto melancólico porque si marcó una unidad ideológica defensiva en aquellos tiempos de destierro, en la Argentina no cumple ningún papel distintivo y más bien produce extrañamiento y nostalgia y uno se siente un poco tonto por creer que

esos pequeños rituales de acomodamiento en el suelo argentino van a salvarnos del estruendo de la identidad perdida.

A mí me hace mucha gracia ahora ver cómo hacemos nuestros templos, verdaderos altarcitos de muerto mexicanos, con ofrendas, ollas sin morale, ficción de la harina de nixtamal y de los chiles, y comienza a resultarme patética la conversación obligada acerca de dónde se puede conseguir Chile y dónde tomatillos y todo el mundo dice que cilantro sí hay cuando todos, todos sabemos, que a los argentinos el cilantro les producía náusea y la tortilla de maíz los llenaba de frustración porque siempre esperaban la de trigo, cuando se sabe que apenas unos pocos comieron frijoles; también me produce compasión ver a nuestros compatriotas llamados *argenmex* pedir a cualquier viajero que les traiga Chile chipotle, que váyase a saber por cuáles razones gustemáticas es el único que admitieron en sus carnes; me da mucha pena advertir que su relación con el Chile cobra una magnitud que no tenía *in situ* y que se perdieron años en los que habrían podido haber discernido, sin desprenderse del remoto y fundante ají picante molido, entre el pasilla y el árbol, el morita y el mulato; me impacienta que digan que se continúa en Buenos Aires el Chile serrano para las salas, cuando lo que las bolivianas venden en los mercados —ellas también sentadas, como lo indica su estirpe, en el suelo, y provocando en los *argenmex* un efecto de espejismo que los sobre-

salta—, sería chile árbol y estaría muy lejos de poder darle el mismo gusto a la salsa verde; y me da mucho aburrimiento oír y oírme hablar, en largas conversaciones anodinas, de hábitos alimentarios mexicanos con gente que, sospecho, no comió más que milanesas con papas fritas y me parece increíble percibir cómo se adelgaza la letra y griega en una *i* latina cuando alguien acusa el extrañamiento y desaparición en su mesa de la *papaya/papaia*, fruto cuyo recuerdo se acaricia pero que también era rechazado, y más cansancio me produce comprobar que con nada podremos paliar las nostalgias así como tampoco pudimos paliar las nostalgias con dulce de leche y otras fatuidades de desterrados.

Todos los domingos, volviendo a la ciudad de México, por lo general de un fin de semana en casa de amigos, escribía sin escribirlo el primer párrafo de un largo escrito que siempre sentí como un desencadenamiento, pero muy pronto la cadena se enredaba o simplemente quedaba trunca. La frase inicial, eso sí, brotaba casi de inmediato, una vez que el automóvil había recorrido los primeros kilómetros y nos alejábamos de la zona de los volcanes. La imagen que se me ocurría era: *la marcha va dejando atrás, en dobleces regulares y a un ritmo implacable, un recorrido que se parece al de la memoria, hecho de postas, relevos, súbitos oscurecimientos bajo arboledas tupidas, puntos ciegos en el horizonte, enormes pozos de sombra, tenues resplandores que parecen disipar la noche en ciernes y dotarla de luz. Hacia atrás, a medida que avanzamos, va quedando, así lo imaginaba, una gigantesca vela henchida por el viento (y cribada por el tiempo), un telón por el que las partículas se cuevan hasta desaparecer muy lejos y muy a nuestras espaldas.*

Esas partículas, me dio por imaginarlo, eran muertas que entraban por mis ojos y salían por mi nuca, arremolinados en las ráfagas de la memoria, suspendidos en el camino hasta que la memoria los remontase al pasar. Ninguno se proyectaba en particular ni hacía esfuerzos por instalarse en mí de manera predominante; estaban allí a la espera de una suerte de selección de mi conciencia, como si apenas pretendieran tener una legitimidad en esa primera página que yo escribía, en el asiento trasero de un auto. Y lo que es más extraño todavía en esas figuras suspendidas a mi alcance es que no despleaban sus historias grandilocuentes sino que dejaban sentir, en su pura singularidad, los ademanes, palabras y actos menores que habían tenido alguna significación para mí, los gestos más representativos, por así decirlo, que los unían a mí.

El cementerio era vastísimo y había allí todo tipo de muertes y de muertos; mi selección se producía por turnos, y en el tiempo en que retiene alguna o alguno, se aislaba, en una síntesis prodigiosa, la peculiar calidad con que cada una de esas presencias ocupaba un lugar en mi vida: una mano que retiene la mía, una energía soltada por un cuerpo que me abraza, un soplo que empaña, emocionado, mi espejo. Y, hacia atrás, la vida se me aparecía, en este tipo de imágenes, perforada por miles de grandes y pequeñas pérdidas, y todo escapaba por los agujeros de esa gran vela henchida.

En el recuerdo del otro no se rescata su persona completa sino simples y aparentemente efímeras modalidades que, en algún instante, también fútil en apariencia, se manifestaron; diría que estoy fijada a esos muertos por esos detalles, y con anterioridad lo estaba de la misma manera cuando ellos vivían: por el ejercicio de una marca, por la expresión de un empeño en el marco de la vida doméstica.

El punto en el que Mario Usabiaga se fijó indeleble en mí fue un mediodía del año 1982, cuando con impaciencia me regañó porque deslicé, apenas corrí, unos centímetros el bife que se estaba haciendo sobre la plancha, y una vez más me regañó en esa misma ocasión cuando eché sal a la carne antes de darla vuelta; me explicó que había impedido *que se sellara* con el primer movimiento irresponsable de correrla sobre la plancha y que, al echarle sal cuando la di vuelta, había provocado que perdiera todo su jugo. A partir de ese momento quedé prendida a él: cada vez que ponía a asar un bife sus dos normas resonaban y resuenan en mí como si estuviera oyéndolo, y el reflejo ha seguido reiterándose aún con más fuerza después de que él muriera, y sobre todo porque está muerto. No sé si con este arbitrio de volver al punto de referencia admonitorio que a él me ata voy a encontrar consuelo, pero una cosa es cierta, él no se va de mí, y el día en que sus palabras dejen de resonar en todos los mediodías semejantes a aquél en el que junto a mí fijó sus

leyes, lo habré traicionado en la memoria y, consecuentemente, me habré dejado ganar por la insignificancia.

Los puntos de inflexión de esa vida y las marcas que dejaron en mi recuerdo se suceden a partir del 70. La primera escena es en Bahía Blanca; él estaba haciendo un asado. Están su mujer y sus hijos, estamos nosotros también. No advierto entonces que no mueve la carne para nada, ni le hinca el tenedor, ni tampoco la sala cuando la da vuelta sino sólo al final. En medio de la reunión llega, sin anunciarse, Alberto Burnichón, editor trashumante y vital, ser único, que lleva de ciudad en ciudad por todo el país, las plaquetas de poesía que él mismo imprime con cuidado artesanal; a él, especie de padre de poetas, lo mataron los militares en 1976, luego de secuestrarlo. Mario lo recibe como a un embajador y sabe despertar en él toda su sagacidad y sentido del humor. En otra escena, meses después, Mario Usabiaga baila con Diana Galak después de una cena en mi casa; alguien ha puesto música y ellos se levantan como si estuvieran en un salón, se toman en los brazos y se mueven con suavidad, sin reparar en los testigos ni en el espacio que los constriñe, entre sillas, a una superficie de cuatro baldosas. Él se ha separado de su mujer y baila con esta muchacha joven, distante de nosotros, convencida de poseerlo.

Otros gestos suyos: se apartaba el mechón de pelo lacio que le caía sobre la frente para inclinar-

se sobre su máquina de escribir durante las incabables jornadas en las que traducía del inglés un libro de más de mil páginas. Diana, la muchacha que bailaba, se moría en el cuarto de al lado. Y no se puede decir más que hasta ahí del transcurso de esa gran tragedia en la que esta vida se vio envuelta: abandono, cárcel, abandono, reencuentro, muerte final. He buscado una carta suya, apenas anoche la he buscado como si en ella se me fuera la vida y su vida; me levanté en medio de la noche a revolver unas carpetas pero no estaba y, pensé, debo de haberla apartado en una especial que cargué en el contenedor y que llevaba un rótulo para identificarla, RECORDATORIO, porque contiene las huellas de mis amigos muertos. Mientras buscaba, recuperé, como si yo misma lo esculpiera, un gesto de Mario Usabiaga que me negaba a hacer consciente porque me lastimaba, y que consistía en reprimir con un endurecimiento corporal, como si enfrentara algo insoportable, la violencia que algunos de mis relatos verbales —o mi manera de relatar— le provocaba. Se ve que no aguantaba que yo no encadenara mis ideas como él que-ría, y una vez más me quema la sensación de no haber seguido sus leyes, y la herida se reabre cuando busco esa carta en la cual, estoy convencida, ha desaparecido cualquier rechazo de él hacia mí, y su letra es suelta, distendida, cuando dice que me extraña, y es lacerante cuando describe sus primeros meses de regreso a la Argentina, que serían los últimos de su vida.

Una vida en la que cada segmento está referido a lo que dijo, hizo o señaló alguien, al mandamiento de otro surgido en el instante en que se ejerce una acción sobre la realidad, una vida así se convierte en algo religioso: se invoca, se cita, se liga o se alude; uno se transporta con todo el mundo a cuestras y si no es Mario Usabiaga el que se aparece en espíritu, será otro el que se encargue de hacerlo, con una estipulación similar: no hay que echar los huevos en la sartén con el aceite frío, eso jamás; a mí me gustan las tostadas menudas «crudas»; el té no se debe guardar con las hojas porque se vuelve tóxico, y lo mismo pasa con el mate cocido; a los huevos tibios hay que «picarlos» para que no se rompan en el agua del hervor; y la persona ausente, ánima o no, que alguna vez me hizo esas indicaciones, sin habérselo propuesto, me absorbe en un sistema cerrado; me adhiere a la realidad, me amarra con uñas y dientes a sus pequeñas salientes, me condena a ella sin remisión.

Habría sido para mí costoso explicarle a ese hipotético analista que me cubriría desde atrás con sus alas, el modo en que esas indicaciones de índole práctica me cosían a la realidad, apoderándose de mí y gravitando sobre mi autonomía psíquica, en la medida en que siempre eran una proyección, un enderezamiento. Yo misma habría de ejercer sobre los demás o al menos sobre las torpezas de los demás, incluidos los míos, una suerte de control que tendería a convertirse en manía-

Esas obsesiones perfeccionistas que me impresionaban en otras personas, durante una época llegaron a serme propias, como si admitiera que al haber aceptado las correcciones que me marcaban los demás yo misma me munía de un estatuto y de una normativa para aplicar a mi vez sobre la gente.

Me resultaba intolerable en ese periodo, y aún de vez en cuando se me reitera ese sentimiento como si se tratara de un reflejo condicionado, que no se tuviera un cuidado extremo en la cocción del arroz, que hubiera gente que por improvisación o ineptitud convirtiera en puré un arroz; que no hubiera alcanzado el estadio de cultura que permite, no digamos abstraer el concepto, pero al menos la estética de granos sueltos y ligeros; me crigía entonces en una verdadera gendarmería de la cocción del arroz, o de la cocción de una pasta, o de la cocción de unas papas, y me esforzaba en hacer entender que la cocción no cesa en el momento en que se apaga el fuego sino que persiste sobre los alimentos, y que de nada valía concluir que un arroz ya estaba a punto si no se tomaba la precaución de detener el proceso unos minutos antes de esa certeza, previendo el margen necesario para no llegar a la condición de puré.

El punto del arroz, el punto de la carne, los puntos a los que se pretende llegar y que si son sobrepasados rompen con el equilibrio del universo, eran los puntos de mi obsesión. Y debo haber tenido sobre quien infringía la armonía de

esos tiempos una actitud correctiva e impaciente. Ese cuerpo de análisis, la obsesión ante la minucia, por su repetición, podría haber sido tomada como un síntoma de una censura que me imponía a mí misma y que sólo aparecía ejercida ante los demás y por causa de los demás, reservándose un efecto mucho más dañino sobre mi persona. Allí había un material para observar de gran volumen y consistencia, una masa que amalgamaba diversas manías y no menos diversas formas cuya característica era presentarse en partes y contrapartes, en una dialéctica difícil de desbaratar.

Si los «puntos» eran algo así como el cierre de una forma, en cierto modo una «completud» transgredida una y otra vez por los demás que se obstinaban en sobrepasarla, si la gente violentaba los estados justos de la materia, se podía ver claramente que allí mi obsesión era reparar en lo que sobra, en lo que desborda y que, al ignorar un límite, arruina el alimento o echa a perder el estadio óptimo de un proceso, sin dejar la posibilidad de una rectificación: lo que pasó ya no puede ser regresado a su condición primigenia. No culminar, entonces, dejar a medias, dar a las cosas el margen de maduración, incidir sólo en las etapas iniciales de la evolución de un elemento y luego dejarlo abandonado a su propia inercia, no precipitarlo ni cerrarlo, eran las leyes de esa obsesión que colmaba todas mis intenciones y definía todos mis deseos.

Pero había otra obsesión dentro del mismo cuerpo de análisis, correlativa de la anterior, que era desencadenada por la falta. La imposibilidad de llenar hasta el tope venía acompañada de una sensación de carencia, de despojo y de desnudez, y digo los tres términos en una seguidilla porque creo que se cubren uno al otro. Nadie, en ninguna de las terapias de engaño en las que me vi mezclada, me dio una explicación acerca de mis relaciones ambiguas con la ropa, probablemente el objeto en el que con más crudeza se encarnan los términos de la carencia, el despojo y la desnudez. La desnudez propia de las pesadillas para mí era una circunstancia natural de la vigilia. No es exagerado afirmar que de manera permanente me encuentro en condición de indigencia vestimentaria, *no tengo qué ponerme* es el enunciado certero que habla de ese estado. Y estar así, haber llegado hasta allí, es algo límite, más allá está el abismo.

Me veo revolviendo todo en los roperos; niña, joven, adulta, siempre he buscado qué ponerme en roperos atiborrados o vacíos, da lo mismo, porque las emboscadas que este acto de revolver ropa me ha tendido han sido independientes de que los roperos estén llenos o vacíos. Esas grutas que me succionan me han soltado después siempre desnuda, despareja, incompleta y desavenida; ni despierta ni dormida se ha cumplido nunca

para mí el sueño de una forma cerrada que me incluya, un vestido, en una palabra, que cubra mi desnudez y que me devuelva una imagen «completa» en la luna del espejo. Los roperos han sido ingratos para mí a lo largo de toda mi vida y ahora todavía, cuando voy camino del medio siglo, me alejo por precaución de esas bocas y las cierra antes de dormir.

En cuanto a la ropa, no he podido sustraerme, como cualquier mortal, a la necesidad de vestir, pero nunca he podido cubrirla por mis propios medios. Con arduos logros que los míos, en distintas edades, me vistieran. La decisión tiene un momento clave cuando, siendo muy niña, consigo convencer a una tía abuela que a partir de ese día voy a quedarme quieta, como si estuviera hecha de pasta, para que ella me vista.

No se vea en esta parálisis una solución cómoda; el juego no tardó demasiado en convertirse en un mal, cuya manifestación más angustiada es la dependencia física y cuyo síntoma aparece más agudo cuando me pongo en la situación de cubrir la necesidad, cuando voy a comprar ropa. El terror comienza a insinuarse a la entrada de las tiendas, por lo general cuando se trata de negocios proliferantes y masivos. Poco a poco, a medida que la acumulación se despliega ante mis ojos y da vuelta entre mis manos, comienzo a perder el sentido. El sentido se vuela, desaparece entre los pliegues de la ropa, me abandona y caigo desplomada.

En esas circunstancias, los espejos ayudan a desencadenar la crisis. La luz de los probadores sobre los espejos, la propia imagen invertida, el modo en que el cuerpo es cubierto por algo extraño a él y la convicción de que ese elemento ajeno se apodera de ese cuerpo y lo hace suyo en ese recinto falsamente iluminado, todo ese acontecer es, como en las novelas de desgracia, un golpe mortal. Lo que se revela en esa secreta sesión no sólo es la carencia, la desnudez, el despojo, sino el detestable recurso de cubrir la necesidad con algo prestado, concebido en alguna parte para otros, algo que no habrá de cubrirla ni cubrirnos. He pasado por esas situaciones de pérdida del sentido muchas veces y he terminado por conciliar piedad en los míos y de una manera regular, sin tener incluso que demandarlo, mi necesidad ha sido cubierta por ellos sin la obligación de entrar en ninguna tienda ni encerrarme en un cubículo con triples espejos.

La ropa me horroriza, las polleras bizquean, los cuellos no llegan a tapar el nacimiento del pelo en la nuca; ninguna solapa resuelve el desabrimiento; no hay vestido para el talle desdichado; ningún calzado corrige a los chuecos o a los patizambos; ninguna prenda da altura o confiere gracia, ni ahuyenta las malas pesadillas; comprar ropa es un mísero expediente para remendar la vida. Muy pocas veces en mi historia personal me sentí lo que se dice gratificada por una prenda sobre mi cuerpo, nadie pudo convencerme nunca

de que algo me quedaba bien sobre los hombros. Invadida por el trauma vestimentario nunca quiso escuchar halagos, como por ejemplo que todo me quedaba bien, que cualquier color me sentaba y que no había moda que no me cayera a la perfección; desoyendo cualquier apreciación reparatoria de mi terror vestimentario, siempre me vi ridícula con las modas, incluso no me produjo consuelo oír que mis amigas me decían, cuando me soltaban las prendas que ya no usaban, que yo tenía «cuerpo de pobre», es decir que todo me iba, me caía o me sentaba, y comprobar esa ductilidad las hacía sentirse muy generosas y desprendidas y yo me salía de sus casas con mis tesoros, los llevaba a mi ropero y allí los condenaba a estar colgados para siempre. A veces, cuando el gusto de mis benefactoras coincidía con el mío, me ponía esa ropa; me entregaba, en definitiva, a esa enajenación en carne o cuerpo propio que consiste en llevar ropa ajena.

Cuando recibo en herencia o como recuerdo la ropa de algún amigo o amiga que acaban de morir, me visto *con ellos*; tengo la sensación de que los llevo puestos y hasta siento llevar sus mortajas, pero no me da miedo o aprensión, sino consuelo, como si, en una suerte de ingenua trans migración se hubiesen depositado en una manga, una pretina o una valenciana. He llevado durante todo mi segundo embarazo hace más de veinte años, una chaqueta de lana que heredé de una muerta desconocida, una italiana a cuya ca-

me llevó una amiga después de su muerte, para que escogiéramos algunas prendas. Cuando llegamos a la casa de esta señora sin deudos, el ropero estaba pletórico aunque penumbroso por la circunstancia; elegí la famosa chaqueta y una blusa de terciopelo borra de vino que tenía en el escote, en el borde de las mangas y de las caderas, una franja de flores pintadas en oro, prenda ésta que nunca me puse y que terminé regalando, sin que pudiera explicarme por qué me la llevé de ese ropero, si fue por codicia, por frivolidad o por lástima. Lo cierto es que llegué a sentirme culpable con esa muerta por haberle interrumpido su eterno retorno en mí a través de esa blusa, y, a la vuelta del tiempo, veinticinco años después, todavía me acuerdo del intenso olor a lavanda que despedía su ropa y su ropero, y esa oleada pertinaz es el llamado que me lanza la desconocida.

Lo malo con esas prendas de muertos es que una no se atreve a tirarlas ni a regalarlas, y se eternizan en el ropero. Cuando se las adopta no imagina el espacio que puede ocupar la ropa de estos dueños ausentes: cuelga desvalida de las perchas, toma la forma del gancho y se le marcan caídas definitivas; se aferra a esa vida fría y oscura con la misma terquedad con que antes se aferraba a otra, quizás más cálida y luminosa. Tengo todavía en una percha, en la última de mi ropero mexicano, un saco gris que, sin saberlo, me dejó al morir mi amiga Silvia Rudni y que me fue dado por los suyos como recuerdo; lo usé mucho, era

muy de mi gusto llevar a Silvia puesta pero, de pronto, con el tiempo, las puntas del cuello se hicieron notar y, al verme con él, en una misma unidad corporal en el espejo, tuve un golpe de autocompasión: éramos de los sesentas en los ochentas.

Las ropas se van cayendo de sí mismas, se desmoronan por sus propios flancos y ruedan, exhaustas; como a nadie ni a nada le sucede en igual medida, son derrotadas por el tiempo. No muchos perciben el cansancio de las telas porque se han desprendido de los vestidos antes de que comiencen a segregarlo y es muy raro que un traje logre aguantar la presión social que le impone estar pasado de moda y habría que tener una fuerte ética para acompañarlo sin dejarse arrastrar por su caída. He vivido pendiente de mis ropas, de las ropas ajenas que llegaron a ser mías, de las ropas de mis amigas y amigos muertos, de las ropas que otros me cedieron para no condenarlas a la desaparición o por dadivosa veleidad, y ese destino, ir con la ropa, a la zaga de su decadencia, ser una misma y sola cosa con la ropa y al mismo tiempo sentir a cada instante el horror de esa relación, es una de las fatalidades cuyo sentido tendría que desbrozar.


Los míos de la infancia intentaban disfrazarme para los carnavales e incluso me obligaban a hacerlo cuando me resistía. Fui caracterizada de «negrita», con el clásico vestido rojo con lunares blancos, que es también el de «hormigueta viaja-

ria», la piel cubierta de betún y varias trencitas, las que diera el pelo, rematadas en moños de cintas rojas —que así se piensa que son las niñas negras, como las hormigas—, y también de «gitana», con el pañuelo en la cabeza festoneado de una hilera de medallas, arracadas, bucle junto a las orejas y falda amplia y larga con volados. Cuando me daba cuenta de que desaparecía detrás del antifaz o del ungüento negro y que de mi identidad sólo quedaba el brillo de las pupilas y el blanco del ojo, me echaba a llorar, provocando comentarios acerca de mi pusilanimidad.

Esos disfraces cuelgan de mi memoria, pero hay uno en particular que se mece como la mortaja de la enguadañada, la bruja o la «viuda» del carnaval, en el salón de actos del Perpetuo Socorro, mi jardín de infantes. Eran las fiestas de primavera y me disfrazaron de mariposa, con un vestido amarillo vaporoso de holanes, listones café que dibujaban el cuerpo de la mariposa y unas alas de alambre cubiertas de tul moteado que se prendían a la espalda del canesú. Cuando estábamos por salir a escena a bailar nuestro número —niñas de flores y niñas de mariposa—, con las antenas rígidas sujetas al peinado y el infaltable lunar junto a la boca, la hermana Serafina intentó prender mis alas al vestido con un alfiler de gancho, pero el alfiler se deslizó y agarró también, junto con la tela y el tul, mi piel. Salí a escena como atravesada por un puñal, y esa punzante sensación no me ha abandonado. Nunca le dije na-

da a nadie sobre este incidente, sólo Sor Serafina lo supo. Desde aquel día nunca quise estar en ningún escenario.

CURRICULUM



Si alguien atribuye las enfermedades que se producen al regresar al país después de años de destierro al regreso, por lo general oye una serie de argumentaciones tranquilizadoras. Oirá decir, por ejemplo, que la enfermedad es algo apar-
te, que si alguien vuelve y se muere de un infar-
to o se le perfora una úlcera aunque no se muera
o se contagia de una faringitis crónica, eso pudo
haberle ocurrido en cualquier lado, sin que im-
porten las latitudes ni las geografías y, menos
aún, se pensará que esas enfermedades son pro-
pias de la indefensión que se declara masivamen-
te en el cuerpo y en el alma cuando se toca sue-
lo argentino.

Quienes hablan de una patología «universal»
y refutan la idea de un condicionamiento ignoran
que quienes regresan hacen casuística y establecen
cuerpo de doctrina con sólo enumerar sus enfer-
medades, muertes y suicidios, para no hablar si-
no de lo más fuerte y dejando de lado otras desin-
tegraciones menos evidentes pero que en su cuota

mínima ya constituyen enfermedad. Tampoco convence la manera en que otros, por el contrario, están prestos a asentir con docilidad, cuando se los incluye en el esquema de la destrucción post-exilio; sumisos pero astutos, prefieren anticiparse a lo que va a sobrevenir, poniendo en práctica una suerte de cura en salud. Ponderación, encuadre dentro del sentido común general, exhibición de la experiencia cuando se supone haberla objetivado, todos esos gestos «positivos» son argucias para salirse de las luces de los reflectores y entrar en el cono de sombra, en la opacidad de la negación. Nada borra más los hechos, nada desvanece más los perfiles de la realidad que la clasificación de esa misma realidad.

Creer que se sabe, mostrarse escéptico ante las buenas razones para adaptar la propia humanidad al país, no produce más que un alivio momentáneo y una sensación de dominio falaz, después de lo cual el derrumbe suele ser peor. Es también ilusorio recurrir a tratamientos, y en verdad no me siento fuera de las generales de la ley cuando clamo por terapias y, subrepticia, trato de apropiarme de la atención de psicoterapeutas deslizándoles el tema del arraigo-desarraigo.

Entre esos intentos hubo uno muy peculiar. El psicoanalista, adelantándose a mi demanda, puesto que no era ningún desentendido en estas cuestiones, me brindó protección. Siendo mi amigo, era legítimo que me llamara por teléfono para preguntarme cómo me sentía, de qué mane-

ra me las arreglaba con este asunto del regreso a la Argentina; suponía que había sido duro, que las mudanzas puras y simples eran de por sí costosas; ¿cuánto más alto no sería entonces el precio de esta vuelta? se preguntaba, y se mostraba sensible a mi soledad. Él no me iba a dejar caer. En esos momentos, para mi desgracia, porque habría podido aprovechar su deseo de protegerme, yo me sentía bastante bien, despertaba ante incitaciones diversas, me entregaba a reacciones muy primarias, como apreciar la calidad de la luz o distinguir los ruidos de la calle, en especial el canto de los pájaros propios de mi lugar argentino; no sabía entonces cómo corresponder con justicia a sus cuidados, en los que advertía un celo desmedido para evitarme un salto al abismo.

Desperdiqué todo lo que me ofrecía y fui fallando sistemáticamente en mis respuestas a sus expectativas. *Yo tenía que estar mal* y no lo estaba, de manera providencial no lo estaba, y derramé su interés, dejé que su ademán piadoso se fuera por el resumidero. Él prefería que yo sufriera, y me dije, entonces, *tengo que darle algún pie para su desvelo, no tengo derecho a frustrar este mi-lagro*, y para valirme de lo que me tendía puse a su alcance los desasosigos de rutina, pero no llegué a satisfacerlo. Sobreabundé entonces en viejas historias que nos habían unido en el pasado y que él había sustraído a su memoria. Se sintió muy mal, cosas olvidadas salieron a la superficie de su vida e invadieron sus noches; desatendió a

sus pacientes, paciente él mismo de su desventura por mí removida, y terminó por huir.

Una noche, meses después de haber derrochado como una irresponsable esa oportunidad de mi aislamiento. Ahora sí la angustia pedía a gritos una oreja y yo me arrepentía de haberme distraído con el canto de los pájaros y otras necesidades por el estilo. No me quedaba otra que recurrir a una vieja amiga ahora famosa por haberse dedicado a montar un tinglado terapéutico con psicoanálisis freudiano, budismo Zen y camino Tao, y cuyo éxito reside en *hacer pensar*.

Cuando me encaminaba a la cita en la que ella iba a despertar en mí esa facultad reprimida de *pensar*, con el aditamento de *cambiar* —«pensar para cambiar»—, tenía una fe casi enajenada en sus dotes ya fueran éstos físicos, mentales, exorcísticos u oraculares. Estaba tan mal que evitaba por precaución asomarme al balcón de mi noveno piso. Bastó escucharla para sentir, de inmediato, que me aplicaba una compresa tibia y exhalaba sobre mí un hálito dulzón; tenía una mirada tierna francamente insoportable; la humildad que segregaba no era una expresión de debilidad sino del poder que se atribuía para comprenderme.

No hubo ningún pase mágico: empezó a ordenar, como quien clasifica anuncios del periódico, una lista de «oportunidades» laborales, no sin antes preguntarme, con un tono misterioso y cóm-

plice, pretendiendo que yo le revelase una suerte de vicio oculto, *qué quería realmente hacer en la Argentina, qué era lo que más me interesaba, inquietaba, incitaba, pero de verdad, dijo, qué es lo que quieres hacer*, marcando de tal modo la pregunta que no podía quedar duda de su gravedad. No le contesté al principio, defendiéndome apenas del asedio pero, minutos después, ante una mirada inquisitiva y «profunda» empecé tontamente a enumerar mis méritos profesionales, descubriéndole incluso mis actividades de los años de exilio, que ella no tenía por qué conocer, como si le leyera un *curriculum*, y era éste tan profuso y tan delirante la suma de intereses que alguna vez me habían convocado, que poco a poco mi respuesta se salió de cauce. Imparable, no podía sino desembocar en el equívoco.

Con esfuerzo y luego de una inmersión en mi alma como ante un confesionario, dije que lo que a mí me interesaba era escribir, *fundamentalmente escribir*, dije, sintiéndome desdichada y miserable, queriendo huir cuanto antes y al borde de las lágrimas, pero por buena educación me quedé aún un tiempo con esta amiga de ojos inquietivos que siguió enumerando oportunidades y que ante mi principal interés no supo qué decir; en verdad, cambió de tema, como si en vez de *escribir* yo hubiera respondido *morir* o *matar*. Mi terapeuta ocasional colmaba cualquier medida. No era otro mi deseo: *escribir*, había dicho yo con la inflexión de quien se hace perdonar por

una falta; *escribir*, dije en un susurro, y parece que eso la sobresaltó; escribir no se parece en nada a una decisión laboral, pero ella quiso llevarme a un terreno pragmático hablándome de gente que preparaba textos para campañas de publicidad, de promotores de artistas que trabajaban para *dealers* (así lo dijo). Yo no entendía. ¿Cómo era posible que sólo hubiera podido llevarla, con mi confesión, a semejantes hipótesis sobre mi persona? Ya nos habíamos tomado dos cafés y ella se guía presentándome salidas prácticas, la suya propia, en especial y entre otras, que consistía al presente en un fenomenal aparato para, según sus objetivos, *dar apoyo y estímulo y consecución fáctica* a los deseos más personales y soterrados de sus clientes-pacientes.

Yo ya veía venir el cataclismo, pues iba a intentar decirle de una vez por todas que nunca como en ese instante había sentido hasta qué punto dos personas pueden hablar en y desde distintos sitios, sin descalificar uno ni ensalzar el otro; con prudencia iba a decirle que estábamos hablando en dos planos diferentes y que quizás ella con sus consejos creía, de buena fe, que esos planos tenían algún punto en común, pero —y no se trataba de decepcionarla— que yo no buscaba en términos estrictos un trabajo; todo eso iba a decirle, pero lo reprimí sabiamente, evitándome así la frase típica que suelo oír en labios de mi interlocutor cuando advierte en mí resistencias hacia las soluciones que me presenta: «Y bueno, enton-

ces, ¿qué querés?», lo cual habría significado la ruptura. No le dije nada, me tragué la amarga insatisfacción de estar repiqueando en un espacio sin ecos. Eso sí, ella me condujo a un estado límite; su idea complaciente del mundo me hizo desear con intensidad no estar ya allí, eliminar mediante un pase mágico todo lo que había sucedido ante esa mesa de café, todo lo que había sido dicho; no pude soportar más su voluntad de rescatar en los perdidos de la noche, en los ciegos de los caminos, la supuesta luz que los guiaría hacia su propia verdad y, en una relación mecánica de causa a efecto, el resorte de una actividad laboral remunerada que volvería a colocar a esos marginales del mundo en el mundo. La noche acabó en una náusea seca que sólo tuvo cauce, cuando regresé a mi casa luego de despedirme para siempre de mi amiga, en un golpe gástrico, como era de imaginarse.

ORÁCULOS

Decía antes que hubo un primer exilio hasta fines del 70, luego del golpe del 66, y un segundo desde 1974 a 1986, lo cual hace un total de dieciséis años fuera del país por culpa de golpes, dictaduras y contubernios represivos cívico-militares. La suma no es baja, aun comparándola con el exilio español. Resultan, a la postre, muchos años: admitamos que a los dieciséis años hubiera que descontarles por lo menos tres, porque es cierto que podríamos haber regresado a la Argentina inmediatamente después de la guerra de las Malvinas como hicieron muchos, o después de las elecciones y la restauración de la democracia, como hicieron muchos más, pero de todos modos esos años para cualquier edad fueron significativos. Yo me fui, por ejemplo, al «primer exilio» antes de cumplir veintisiete años; regresé poco antes de cumplir los treinta y uno; me fui de nuevo a los treinta y cuatro y volví a los cuarenta y siete; las épocas volaron como tornados creándose estos repentinos de confusión sobre el paso del

tiempo. Durante esas insanias no era excepcional que trocara hemisferios o distorsionara puntos cardinales. El Oriente se iba al Occidente, el Sur al Septentrión y viceversa y la noción no se corrige con el razonamiento compensatorio de que todo dependía del punto en el que uno estuviera situado.

Esta perspectiva vacilante persistía y se acentuaba por la falta en el Valle de México de las estaciones definidas con claridad en otras latitudes. Y a pesar de que no había un otoño cabal, ni un invierno nítido, el invierno llegaba por obstinación, y se ofrecían en el mercado modas invernales como se habían ofrecido antes colecciones de primavera, verano y otoño, siendo que cuando llueve en el verano hace más frío que en el invierno y que los mediodías en invierno suelen ser francamente tropicales, transitando el habitante por varias estaciones en un mismo día.

Los años no corrían en ese largo paréntesis. Tal vez esta dislocadura fuera consecuencia, o síntoma paralelo, de una desestructuración del exilio mismo, pero nadie se permitía analizar esas cuestiones y a nadie se le ocurría poner en hora el reloj biológico del destierro. El tema fue propuesto por mí al psicólogo que me atendió cuando los dorados atacaron mi organismo; le dije que me desesperaba no cumplir años, que dije la descabellada idea de que el tiempo no transcurría pero que, así como el presente parecía estar detenido, el futuro se hacía extenso e infinito; ya

entonces me daba cuenta de que esta ilusión era en realidad un estancamiento y vaticinaba que cualquier día habría de producirse una cuenta regresiva cuyo monto inicial tendría un desarrollo imprevisible.

En efecto, diez años después de esta intuición imprecisa, en mi primer viaje a Buenos Aires, en un solo segundo, se me agolparon todos los años y el embotellamiento fue tan brutal que me quedé sin respiración. Siempre había pensado que la aparición en cierta literatura escrita por mujeres de la escena del espejo en la que una mujer se mira y verifica el transcurso despiadado de los años y tiene una gran depresión, era uno de los sitios por los que se podía vaciar la escritura, y prometía evitarlo en mi trayecto. Cada vez que leía: «Ella se miró en el espejo», y todo lo que de allí sigue, bordado de sentimientos y de ideologías, dejaba de leer. Y así de prevenida, sin embargo, en el primer viaje a Buenos Aires en 1984, de puro carácter exploratorio e intensamente cargado de negatividad, me vi a mí misma mirándome en el espejo y descubriendo, en un instante, en la piel, los ojos, las comisuras, el ciclón de esos diez años; y no eran arrugas, ni otros signos de decrepitud, era otra cosa, un polvo fino y gris, y por lo mismo macabro, que cubría como si fuera una patina la totalidad de mi figura. Mi imagen había adquirido los tonos sepia de las viejas fotografías, un rubor ceniciento. Podría decir que hasta ese momento revelador incluso yo tenía la sensación

de que la gente había envejecido mucho en la Argentina y que quienes nos habíamos ido, por el contrario, habíamos permanecido iguales, situados en ese paréntesis del no transcurso; he podido ver ahora que esos compatriotas que estuvieron fuera del país, después de dos o tres años de haber regresado, acusan el paso del tiempo como cualquier mortal y que lo acusan más todavía que los de su misma generación que se quedaron. Como si la ilusión del fantástico interregno hubiera sido cobrada por partida doble y estuviéramos condenados a un deterioro mayor. Tal era yo misma reflejada en ese espejo: el abanico estaba plegado y poco a poco se iba abriendo con un efecto multiplicador.

Con el abanico abierto y la conciencia de la falibilidad espacio-temporal, ya no me podía echar atrás; si se presiente el borde, si se llega hasta las fronteras de la resistencia física y moral y si ese estado alcanza su mayor intensidad —reverdece, por así decirlo— en el país propio y después de tantos años de ausencia, entonces, razóné, no se puede soslayar la cuestión e imaginé, como si mi razonamiento eligiera una formulación plástica para operar sobre las circunstancias, una línea que asciende, curva, y luego regresa en círculo sobre sí misma para relanzarse. Ese trazo que me recogería y me despediría fue la idea en movimiento que me sirvió para explicar mi regreso. Sólo así, cumpliendo esa parábola, iba a ser posible seguir existiendo. La imagen obró también

como conjuro: volver, el acto recursivo cuya promesa de repetición infinita no me era extraña puesto que el tiempo no había transcurrido para mí durante el paréntesis mexicano, iba a ser como el beso del príncipe que despierta a la durmiente.

La primera vez que vine a la Argentina fue en 1984. Mi mayor deseo fue que el avión siguiera de largo, que no se detuviera en Ezeiza; después pensé que ese seguir de largo era no volver a pisar el suelo argentino, ni ningún otro suelo. No pensaba entonces en Cindal, un muerto muy remoto, desbordado con generosidad por decenas de otros muertos en los que tenía más motivos para pensar porque en muchos casos eran muy cercanos a mí. Se justificaba que hubiese deseado que el avión siguiera de largo hacia el infinito. Después de diez años de ausencia me quedé un mes. Los primeros días no pude ni asomarme a la calle; me aferré al reducido espacio del cuarto en el que dormía y habría sido para mí imposible vender la agorafobia si el amigo en cuya casa me hospedaba no me hubiese tomado de la mano un día para instarme a salir.

Esa caminata fue por Vicente López hacia Juán. Pasamos frente al mercado municipal, el que antes se emplazaba en la calle, bordeando los muros de la Recoleta, y a pocos metros del café llamado La Biela, viendo cómo estaban de orondos y bellos los gomeros-hules del jardín, rememorando que una vez había visto dormir a un hom-

bre, un linyera, que no Barón rampanfe, en la rama más gruesa de uno de los más viejos; a pocos metros de esa imagen rescatada por la memoria de la fronda del árbol y observando asimismo que abajo mucha gente bebía su café o su té con placidez y bonhomía, a la sombra de ese árbol, no pude controlar los espasmos de la gastritis —caificada de «emocional» en un diagnóstico de 1981— Y, sin decir nada, porque había perdido el reflejo de pedir ayuda, sin que mis labios trasuntaran la inundación de saliva, me tragué, por puro dominio de los sentidos y de los sentimientos, una náusea que cualquier otra persona menos controlada habría sellado con un aullido de dolor, buscando el sinceramiento espontáneo y directo de las náuseas, que es el vómito liso y llano. Pero yo apenas dije que estaba un poco mareada y me senté en un umbral para recuperarme. A partir de ese momento sólo salí de la casa para tareas de reconocimiento: la calle donde viví, la calle donde mataron a Fulano, la plaza donde vi por última vez a Mengano, la plaza desde donde levantaron a Perengano; Fulano, Mengano y Perengano, pobres sustitutos nominales que tiene la lengua española para no nombrar ni connotar y que al no designar sólo enumeran.

«El tiempo cambiaba en redondo», era la idea grabada en el imaginario de quienes leíamos a Dylan Thomas en el último lustro de los cincuenta y en el primero de los sesentas; entregarme a ella era en cierto modo ponerme a salvo, co-

mo si una suerte de mística invocatoria pudiera sacarme del estancamiento y obrar un cambio. Durante todos los años del exilio leía, a diario, el *Yi Ching*, libro de las mutaciones, libro-guía-sacerdote-analista, cuyos beneficios terapéuticos recibía por las mañanas y, en épocas de crisis aguda, dos veces al día, por la mañana y por la noche.

Envuelto en la piel de una vaca amarilla fue la línea que me salió al echar tres dragones con las monedas (los dragones en México son águilas y su contracara, los no-dragones, son soles); el hexagrama era *Ko* (Revolución) y la línea decía: *los cambios deben hacerse sólo cuando no haya otra cosa que hacer. Por ello, al principio es necesario una restricción extrema. Uno debe afirmarse en sí mismo, controlarse. En la dialéctica de los cambios el color amarillo es el justo medio y la vaca es el símbolo de la docilidad. El hexagrama, leído el oráculo cuando ya había que tomar la decisión del regreso, sólo podía provocarme incertidumbre. Decía con nitidez que por el momento había que abstenerse de hacer cosa alguna, ya que toda ofensiva prematura acarreará malos resultados. Siempre he admirado las metáforas guerreras del libro-guía, esa lógica de los enfrentamientos que describe la estructura de las relaciones humanas. Acostumbrada a ser fiel a las indicaciones del hexagrama que me tocara en suerte día a día, en aquella mi primera lectura anterior a la decisión del cambio advertí que la guerra iba a ser intensa. El carácter chino *Ko* significa, en su sentido*

original, la piel de un animal que, en el decurso del tiempo, cambia de piel al mudarse.

Las señales fueron pródigas. Unos meses después me volvió a salir *Ko* y el nueve que me tocó al echar suertes —tres dragones— quería decir: *El gran hombre cambia como un tigre: una piel de tigre, con sus rayas negras claramente visibles sobre fondo amarillo, tiene desde lejos un aspecto característico. Lo mismo sucede con una revolución provocada por un gran hombre: las líneas grandes, claras, se hacen visibles, comprensibles a cualquiera.* Y, eximiéndome de cualquier titubeo, la línea quería decirme: *Por ello, no debe consultar primero el oráculo, ya que consigue el apoyo espontáneo de su pueblo.*

Aunque en términos filosóficos la política del poder y la esfera individual forman unidad en el texto de las mutaciones, hay que saber deslindarlas; pero esta vez el hexagrama se presentó con un sentido unívoco: la revolución lo era todo, para el individuo y para el pueblo. Una nota al pie de página me exaltó. Decía: *Cf. el cuento de Goethe «Das Marchen» en el cual la frase «¡Ha llegado la hora!» se repite tres veces antes de que empiece la gran transformación.*

Tomo tres monedas, sus caras tienen ahora el valor de cinco centavos y las cecas son pumas argentinos —el águila y el sol están vueltas una y brilla el otro lejos de mí—; me concentro, en los cuatro regresos a la Argentina, el primero por un mes en 1984, el segundo por dos meses en 1986,

el tercero por ocho meses en 1987 y el cuarto que empieza con este golpe de monedas; no le formuló una pregunta específica al oráculo, sólo una vaga interrogación general sobre esta nueva etapa. Primer tiro, primera línea, un dragón (puma); segundo, dos pumas; tercero, igual que el anterior; cuarto, un puma; quinto, dos pumas; sexto, dos pumas; advierto que las líneas de los dos triagramas, inferior y superior, son iguales, ninguna es cambiante y, por lo tanto, no se forma un segundo hexagrama. No hay futuro, o nada dice el oráculo más allá de la línea actual; el presente soporta todo el peso, pareciera que siempre ha sido este «ahora» de un largo día. El hexagrama es *Chen*, lo que despierta (estrépito, trueno): representa al hijo mayor, el que toma las reglas con energía y con potencia. Una línea yang crece bajo dos líneas yin y se abre paso hacia arriba. Este movimiento es tan violento que suscita terror. Está simbolizado por el trueno que brota de la tierra y, con su estrépito, causa miedo y temblor.

El estrépito que siembra el miedo a cien millas a la redonda, sin embargo, *no deja caer la cuchara y el cáliz de los sacrificios*. Ha retumbado cuantas veces ha querido en mis oídos; para el libro, es la manifestación de Dios dentro de las profundidades de la tierra, y por ser el ruido de Dios espanta a los hombres. El libro me da otra oportunidad, su dialéctica de pesos y contrapesos esta vez me dice que el miedo de Dios es bueno porque luego de él vienen la alegría y el con-

tento. Y agrega: *Cuando un hombre ha aprendido dentro de su corazón lo que significan el miedo y el temblor, estará a salvo de cualquier pánico producido por influencias exteriores. Que el trueno retumbe y disemine terror cien millas a la redonda: el hombre sigue siendo tan modesto y reverente en espíritu, que no interrumpe el rito del sacrificio y es por eso que no se caen ni el cáliz ni la cucharita.*

ORDEN DEL DÍA

Ningún oráculo dice mejor las cosas por anticipado que la propia decisión de anticiparse. Prever los desenlaces configura también una neurosis de destino; durante todos esos años en los que el tiempo parecía no suceder, había que aferrarse a los hechos y, sobre todo, no eludir ningún recordo, ni saltar ningún hito. Puesto que estábamos excluidos de lo que pasaba en la Argentina, puesto que eran otros los que enterraban, otros los que comían a nuestras mesas, otros los que dormían en nuestras camas, otros los que seguían perteneciendo a ese lugar y a ese presente, y puesto que no podíamos volver y nadie nos reclamaba ni reclamaría por otro lado volver, vivíamos por sustitución, por interpósitas, nos procurábamos un país que estaba a miles de kilómetros de distancia y lo traíamos a la colonia Águilas o a la colonia Tlacopac, a la Calzada del Desierto de los Leones o al Callejón de la Rosa, que así se llaman los barrios y las calles, respectivamente en el tiempo, de nuestras dos moradas colectivas.

En noches y más noches se reunieron allí argentinos, demenciales: con estatutos, representaciones de mayoría y minoría, órdenes del día, libros de actas, organigramas, pedidos de informe, elecciones. Si se calcula que se destinaban para las reuniones unas diez horas semanales, o sea cuarenta horas mensuales y cuatrocientas ochenta anuales, puede inferirse que en diez años de exilio estuvimos reunidos unas cinco mil horas, y esa cifra, desde luego, debe ser duplicada, porque las juntas eran mucho más largas que cualquier promedio; discutir, disentir, sospechar, era el modo de hacer un país de ese limbo argentino que era el exilio, y la misión no admitía límites temporales. Hay incluso que cuadruplicar la cifra, porque otros grupos tenían otras «casas» y allí también las discusiones eran con seguridad interminables en el oficio de la procuración.

Las construcciones verbales eran muchas y variadas, lo que se decía en esas reuniones hasta la madrugada, sea cual fuere la posición defendida, tenía la forma de pirámides escaladas por miles de razonamientos que querían alcanzar la terraza final, la justa, la que por fin sostuviera una propuesta eficaz; los ánimos se encendían pero el espíritu era, en principio, buscar el acuerdo. No tardó en romperse esa falacia de unidad. Ninguna férrea voluntad habría podido evitar las divisiones, y la verdad es que el hecho de que las diferencias afloraran develó la imposibilidad natural de un consenso y sirvió para alimentar las

discrepancias y los alineamientos, condición mínima para cubrir los tiempos del exilio político.

Esas posiciones, dirimidas en un mismo espacio, llegaron a veces a incitarme a una toma de partido. Rechazaba cualquier atisbo de plegaria populista, no me gustaba el tono ponderativo y atildado del discurso «lustral», pero sí me atraían los razonamientos escalonados, cada cual en su estilo, que arrojan una cuerda al auditor y lo dejan subir uno a uno los nudos de la argumentación hasta la cima, sin ahorrarle los vértigos ni los suspensos. De este tipo de discursos había pocos exponentes. La especie consiste en pactar, en principio, con la sospecha compartida del interlocutor, no la sospecha particularizada en una persona o en un acontecimiento, sino entendida como actitud «epistemológica»: el juicio sobre la realidad se apoya en un análisis que el interlocutor, uno o una, es invitado a compartir desde el vamos porque en algún momento anterior ha sabido dar confianza a quien analiza y enjuicia; quien va a remontar el discurso sobre la realidad cuenta con la suspicacia nuestra, nos propone un juego de supuestos indiscernibles para una entenedera vulgar y corriente, nos da la posibilidad de seguirlo sin otro asidero que la cuerda arrojada; no nos da muletas y más bien nos exige que subamos con prestancia, sin denunciar nuestras vacilaciones. Entrar en esa disciplina implica riesgos psicológicos serios porque si uno o una perdiera en el transcurso del ejercicio algún pel-

daño y osara interrogar sobre el tramo suelto, la tensión del conjunto se aflojaría, haciendo peligrar la comunicación. Había argucias para no exponerse a esa minusvalía: posponer, por ejemplo, la pregunta sobre el paso velado a la razón y esperar con paciencia su esclarecimiento a lo largo de la marcha; confiar en la línea general, aligerando las presiones de los puntos parciales con un sentido estratégico, hacer, en última instancia, un esfuerzo de autovaloración del propio juicio comparable en magnitud a la distinción con que el otro nos elegía para explayar su pensamiento.

Era difícil sostener en el exilio estos modos de discurrir que eluden los mensajes directos y obligan a pensar. Solitarios y a contracorriente, quienes los detentaban eran los aguafiestas, tal vez porque daban cuenta de las cuestiones de fondo: la naturaleza del «enemigo» y el sitio que uno o una ocupaba en relación con él —dentro de la férula, en el linde, en sus antípodas, en intersecciones coyunturales, en el doblez, en la contracara, en la filtración perversa—. Este tipo de inteligencia podía detectar, en otra inteligencia, el punto en el que alguna transacción estaba llevándose a cabo. Estructura paranoica al fin de cuentas, una vez que el motor se echaba a andar era imposible pararlo.

Había otros modelos de exponer y de pensar pero el estado de alerta y el pesimismo permitían distinguir las pendientes que llevaban a donde no había que ir. Autocríticas sospechosas en las que

el sujeto, para ejecutar su propósito, atravesaba a la otra margen del río, en una suerte de desprendimiento de la propia identidad, dejando en su lugar a los responsables del error político o estratégico que ahora cuestionaba y que hasta la víspera eran su imagen y semejanza, sin que el observador advirtiera el origen y la trayectoria; hipercríticos del esfuerzo ajeno que siempre consideraban «poco político» el modesto proyecto que se les presentaba; desalentadas, las personas hipercríticas recuperaban una alta idea de sí mismas y dejaban de venir, ahorrándose las largas tentadas hasta la madrugada; maneras de pensar muy celosas que pararon mentes en el rigor extremo de ciertos términos como *aniquilamiento*, *genocidio* y otros que describían la represión militar, y en las desventajas que para ellos representaban, y los expulsaron de las denuncias, abonando ya en los setenta el esquema bicéfalo de los dos demonios.

No podría establecer cuáles fueron los efectos de esa prolongada actividad en la que se pusieron tantas pasiones; no sé en qué parte pudo haber repercutido ese trabajo y tampoco sé mediante cuáles recursos poco a poco se lo fue haciendo desaparecer, lisa y llanamente desaparecer, en los tiempos de recomposición social y política después de la democracia. Y me pregunto dónde está la carga de esa poderosa libido que nos llevaba a estar durante horas y horas en torno a una mesa, ingiriendo litros de café y fumando sin des-

mayo, y dónde está, por ejemplo, la desconfianza que me atacaba, más gozosa que amarga, frente a lo que yo veía como defeciones, qué se hizo de todo ese caudal afectivo que insufló odio y amor a mi vida, qué pasó con las diferencias o con las coincidencias, dónde están las personas cuyos juicios nos hacían reflexionar, dónde quedó el parte que cada semana me transmitía Miguel Ángel Piccato, muerto en el exilio, de las componendas, conciliaciones y rupturas. Esa catedral de la política, sin cimientos territoriales, erigida en México con trabajos forzados, agotados los días y las noches en su emplazamiento, está ahora en brumas; las prácticas que allí se hicieron han sido absorbidas por una piel gruesa y paquidérmica. Y la inteligencia topológica que distribuía los hechos y las circunstancias, captaba las inflexiones de los discursos y discernía el pulso y la tensión de los embates contra la dictadura, no encuentra dónde apoyar su palanca de fuerza; mortecina, se repliega.

«Creo que no soportaría, física y mentalmente, el regreso a Asturias. En el mundo de los recuerdos Asturias permanece como una especie de territorio mitológico. Tú has estado allí... La entrada por el puerto de Pajares es irreal, casi surrealista (sic). No se entra en Asturias, se descende. Lo primero con que uno tropieza son las nubes, que no están sobre la cabeza sino debajo de los pies... Hay que atravesar las nubes para encontrar los valles y las montañas. Todo eso es irreal y así es como permanece en el recuerdo», me dijo Ovidio Gondi.

Republicano, socialista, había llegado a México con el exilio en el 39, a los veintisiete años, y no pensaba regresar a España; no había podido hacerlo en su momento, después de la muerte de Franco, y ahora no quería. Él era subdirector de un semanario fundado en los años cuarentas y desde entonces había estado en esa redacción, en el primer piso de una antigua casa de la Colonia Roma, escribiendo casi toda la revista, pero en

particular una sección llamada «Continente americano» o «América de polo a polo», ya no recuerdo bien; yo me encargaba de «Los otros continentes» que, por descarte, comprendía Asia, África y Europa, un total de ochenta cuartillas de veintiocho líneas de sesenta y cinco golpes por semana, que Gondi aprobaba o desaprobaba con criterios literarios y periodísticos de alto rigor. Yo había heredado el puesto de Andrés Soliz Rada, boliviano exiliado primero en Argentina y después en México desde el golpe militar del 71 que derrocó al general Torres; luego de la famosa huelga de hambre del 78 que marcó el comienzo del final de la dictadura militar en Bolivia, Soliz decidió regresar a su país. Antes de irse me llamó Y, con tono conspirativo, me dijo: «Tienes que aprovechar esta trinchera», y me presentó a Ovidio Gondi.

Estar o no estar en el país, perderlo o recuperarlo, era mi preocupación y ésta era tan fuerte y tan invasora que tuve necesidad de provocar en ella un cambio, o hacer de ella otra figura o, al menos, cotejarla con los exilios que estaban viendo en ese momento, en 1979, mis pares en Europa, y decidí ir a verlos. Hace ocho años o más de esa temeraria empresa y no logro imaginar con cuáles reservas me lancé a ese peregrinar en busca de desterrados, gente muy golpeada que había perdido hijos, que había enviudado o que había sobrevivido a las matanzas por azar. No era volver, pero era marcar el territorio imaginario, no

perder, no dejarse arrebatar los afectos. Me propuse además ir a Asturias, al pueblo de Gondi, regresar en su lugar y contarle todo lo que había visto; aun sabiendo que mi viaje no modificaría su decisión, creí poder devolverle algo de su historia.

Llegué una madrugada desde Madrid a las nieblas asturianas; por Campomanes, La Cobertoria, Ujo, Santullano, Mieres, Ablaña, Olloniego, las nubes salían, en efecto, de nuestras plantas y las ruedas del tren las hacían rodar a empujones hacia el fondo de las barrancas. Desde el compartimiento blanco del tren, aislado de la noche exterior como una cápsula aséptica, vi las primeras brumas que se sucedieron sin interrupción después de los campos castellanos. Allí, atisbando la noche desde la ventanilla no puse en duda el sentido restitutivo de la misión, pero había aparecido la congoja y no estaba segura de que no me ganara la melancolía. Pensaba que ese día, y el siguiente, y los que corrieran durante los dos meses de mi ausencia, Ovidio Gondi imaginaría mi llegada a Oviedo, a las puertas del cielo y, sobre todo, el momento en que estaría a las puertas de Sama de Langreo, captando la humedad límpida del aire, sobreponiéndome a las inevitables sensaciones de extrañamiento. Pensaba que él pensaba en mí, imbuida de un deber y atrapada en una promesa en cuyo cumplimiento la fantasía del retorno habría de plasmarse y abolirse simultáneamente en un juego de delegaciones, yo por

él, él por mí, sin término. Él, en México, temía acaso que yo llegara a desistir pero al mismo tiempo ha de haber deseado que la empresa se frustrara porque de todos modos enviar una representante era el principio de la reconciliación, era bordear el afecto, incluso acariciarlo, y él no iba a regresar a España. Juntos habíamos urdido la hazaña. Yo buscaría en Oviedo a don Manuel Ordax, el único amigo que le quedaba; él me guiaría hasta Sama de Langreo, donde vivía la familia Gondi durante la guerra civil, y de allí iríamos a El Entrego, el pueblo natal de Gondi.

Don Manuel Ordax llevó a cabo los rituales celtas. Decía: «Aquí bebíamos la sidra» y dejaba caer un chorro sobre el piso de aserrín de las cantinas; «aquí era la Casa del Pueblo, que ahora han reabierto»; «aquí, en esta plaza, jugábamos»; «aquí me leyó Ovidio un poema sobre barcos»; «dígame que estuvimos frente a la casa donde él vivió con sus padres», decía. Y así avanzábamos por las calles, doblábamos las esquinas, y él mostraba, señalaba, se situaba en las sucesivas perspectivas y me orientaba hacia lo general y lo particular, lo grande y lo pequeño, pero yo almacenaba en mi memoria de testigo privilegiada mis propios balances, reunía para Gondi mis visiones de un calor fuerte suspendido sobre las copas de los árboles en la plaza, por encima de las casas bajas de Sama, un calor también paralizante sobre los viejos sentados en los bancos, una «prospectiva» de él mismo si no hubiese habido guerra, si su

gente no hubiese sido fusilada, si él no hubiese sido desterrado, en la cual él aparecía junto a esos memoriosos ancianos, en estado de jubilación y de escasa gracia. Y se justificaba entonces la negativa, el no retorno.

Ordax no perdía un instante: empezó a parar a los más viejos y a preguntarles: «¿Conoció usted a Ovidio González Díaz, llamado Gondi por apócope?» Y la gente lo miraba estupefacta y más estupefacta aún cuando abundaba en detalles de la familia Gondi, por doble apócope de González Díaz. Hasta que, por fin, acertó, y la interrogada, esta vez una señora de unos setenta años, de riguroso luto, le dijo que sí, que cómo no iba a conocerlos, que ella era Manolita, viuda de Pepín Carrocera, fusilado a los veintinueve años en el 38, que ella conocía muy bien a don Perfecto González, padre de Ovidio, «lo fusilaron tres años después de terminada la guerra, imagínese», y nos fue llevando por la calle unos metros hasta hacernos entrar en su casa, apremiada por los recuerdos que nosotros le habíamos desbarrancado en su memoria. Y agarra uno, suelta el otro, de a tres y de a cuatro los coloca en abanico, los abre y los junta, como una baraja; no siempre se dan estas ocasiones en una vida viuda, solitaria, con hijos a criar de por vida.

De pronto saca unas fotos de un monedero negro y grande, el mismo que llevaba para sus compras cuando la abordamos. Una está muy ajada, es de cajón Reflex y tiene los bordes denta-

dos; en ella hay un terreno baldío, con una tapia inacabada en el fondo; en la otra, en colores, la tapia ha sido completada y hay una cruz a manera de monumento que no lleva nombre, sólo la palabra PAX. «En ese campo los fusilaron. Al mío lo cogieron con otros treinta y cinco, en los barcos, el 24 de junio», dice la viuda. «El monumento lo hizo el mismo Franco en los cincuentas».

«Para que le cuente a Gondi», el leitmotiv no cesa y ha terminado por cubrir todos los vacíos de la voluntad y de la emoción; la guerra sigue igual, nada ha concluido, él no regresa pero yo he tomado la posta y, sin darme cuenta en ese entonces, cuando el tren baja de las nubes hacia Madrid, yo inicio mi regreso prematuro a la Argentina, en la propia España. «Todo es irreal y es así como permanece en el recuerdo», se obstina en decir Ovidio Gondi.

La alineación de agujeros idénticos a lo largo y a lo ancho y en profundidad de una superficie, con la consistencia mórbida del panal colmado y aun de aquél vacío de cosecha, me producía lo que di en llamar el *efecto celdilla*: la sensación repentina de estar poseída por un deseo biológico irreprimible de morder. Pero, entiéndase, no de morder con dientes, sino con algún otro general dispositivo humano que no está situado en un lugar del cuerpo, sino en los espacios vagos de la llamada mente. Los dientes, en verdad, no se erizaban, ni se estremecían como en la dentera, pero algo en la boca se fundía y se ablandaba, incluidos los dientes, cuando surgía el deseo súbito y la demanda consiguiente de impregnarse o de fusionarse en la superficie enceldillada.

Milojostienelanoche podía llegar a enloquecerme: vasta superficie perforada, esponja que absorbe con su porosidad el entendimiento. La estructura en bloques enceldillados podía no ser extensa y aparecer reducida en cadenas más angos-

tas y a veces con una distribución en hileras de a dos celdas o de pequeños racimos de varias celdas. La flor de lavanda, por ejemplo, distribuye sus cálices a lo largo del tallo; si se la toma entre los dedos con la espiga inclinada hacia la derecha o hacia la izquierda, de perfil, la sensación comienza a insinuarse porque la formación es de granos azulados-cerúleos y es el tacto el que se sobresalta; se gira suavemente el tallo y se lo coloca ante los ojos, de frente; las diminutas bocas negras de las corolas en ramillete apuntan como cañoncitos y entonces surge, inmanejable e imponderable, la tubulífera demanda mordiente y el estremecimiento de escalofrío interior que la acompaña.

Hongos que al nacer son convexos, pero que se ahuecan como embudos a medida que crecen, hongos que crecen en haces y manojos, apezonados (Cf. Juan Tablada) en el centro cuando son jóvenes y que emiten luces fosforescentes por la noche, como «bolas de lumbré»; hongos con casquetes cónicos o en forma de campana, frágiles, con tallos esbeltos y huecos; hongos tembladores con la superficie como lenguas de gato, hongos cuyas celdillas son láminas, hojuelas, niditos o cráteres; hongos surcados y rebordeados, políporos y esporádicos, cuando estaban ante mí, a mis pies o a la altura de la mirada, desencadenaban la misma desesperación cuyo origen indefinido obligaba a apartarse del sitio lo antes posible.

En los periodos de mayor sensibilización a este efecto, la realidad entera se presentaba distri-

buida en módulos enlazados entre sí formando vastas secuencias de materia. De la descripción plausible del interior de una granada china, por ejemplo —paredes blancas, una vez desprendidas las semillas del fruto queda una carne dúctil y elástica con hondonadas y correlativas protuberancias agudas, separando los nidos de implantación— o de la nuez de Castilla, con los meandros y senos de sus circunvoluciones interiores, pasaba a un intento de explicarme los mecanismos con que unas y otras figuraciones se imprimían en mí y me afectaban. Espacios de encaje, cadenas que se aparean, combinatoria incesante de lo cóncavo y lo convexo, de geometrías en las que una línea disparada por el lápiz y al azar sobre el papel se repliega, espontánea, sobre sí misma y convoca a otra a encerrarse en su interior y aun a otra a rodearla y a reproducir, a su vez, con otras líneas quebradas en medio círculo, formaciones similares en un desarrollo creciente, constituían mi manía perpetua de encerrar y de abrir, de fractar y refractar las partículas de lo real.

Un núcleo rodeado por una gran cantidad de subunidades que se comunican —o encierran— por corredores que las ciñen o las liberan era el esquema básico que me dominaba y a través de él dirigía las modelaciones de mi tacto sobre las cosas y mi visión de la pintura y la pericia de mi oído para organizar los sonidos que a él llegaban. Trataba infructuosamente de discernir la índole de mis respuestas a esos ritmos de la estructura,

pero me quedaba en el envoltorio del fenómeno, incapaz de develar su misterio. La sensación se producía, era, por consiguiente, un estado objeto de clasificación dentro de las coordenadas de la especie humana o animal; ¿era acaso sintoma de una patología?; tal vez lo fuera, por la manera en que se negaba a ser descrito más allá o más acá de la metáfora. Muchas veces pregunté a otras personas si a ellas no les provocaba ansias —«dar ansias», el término usado en México para describir el nerviosismo y el desasosiego que producen ciertas situaciones inmanejables, era el apropiado— la disposición en celdas de los panales, pero no encontré a nadie que se hiciera eco de mi inquietud o que simpatizara con mi urgencia por entender lo que me pasaba.

Podría haber buscado el modelo enceldillado en disciplinas diversas, indagar su presencia en la naturaleza y en el arte, pero en ningún sitio habría encontrado el sentido del vértigo que me embargaba cuando aquél se manifestaba. La situación se tornaba persecutoria a medida que descubría que todo lo que me rodeaba estaba cubierto por esa película muelle, aprisionado en ese epitelio elástico y cariocinético, y comencé a intentar que podía quedar atrapada yo también en la obsesión reticular.

En la plancha de sonidos alineados se producen leves desplazamientos, como si en algún ángulo de la masa alguien presionara o introdujera una cuña. Los alvéolos se corren de un lado al

otro, de modo imperceptible, y desde adentro o desde abajo de ese elemento sonoro se suceden levantamientos que luego estallan en pequeños volcanes. Aquí y ahora, en este recinto o unidad constituido por mí misma y mis sentidos, no se produce un *ver*, es decir el ejercicio común de poseer una mirada sobre las cosas, sino una *idea del ver* que no pretende ver sino *oír el ver*, oír una mirada interior o, más que una mirada, una aptitud para armar el tablero radial de la conciencia, sobre el que se prenden, en la ocasión, los sonidos.

La música dispara su materia en radios y la comprime en nudos, como si fuera una enorme bomba respiratoria, a ritmos escandidos ex profeso o a disritmias fuera de la voluntad, en la serie o fuera de la serie. Encerrada en ese espacio que sólo es real en su parcela de virtualidad, más una construcción operativa mental para describir los efectos de la música que un estado físico, ahora *veo lo que oigo*; las ondas se persiguen y las junturas en las que unas y otras se reúnen me ciñen la cabeza o me aprietan el corazón, obligándome a un acompañamiento con el cuerpo. Pero el cuerpo no se mueve, estoy suspendida de él, ingravida, y sin embargo ningún miembro oscila ni tampoco responde a una cadencia de manera evidente. El movimiento, las incisiones del sonido, las secuelas vibratorias en los puntos de intersección deshechos de pronto por las columnas sonoras; el color que se difumina, transparente y cargado de todos sus valores con que las escalas de

la composición se suceden y declinan, todo eso transcurre en el *recinto de ver lo que oigo*, una secreta fábrica, un compartimiento separado del sentir corriente de los cinco sentidos pero que los abarca y subsume en condensaciones por ahora sin nomenclatura.

He pasado mi vida en ese compartimiento de mi persona; en él siempre es de noche y la sucesión del negro al gris indica los tiempos inactivos, a la espera de la luz. Esta se anuncia haciendo pasar de un lado al otro, desde arriba hacia abajo, de este a oeste y de norte a sur y por todos los infinitos puntos cardinales intermedios de mi universo, valga la licencia, destellos blancos y brillantes. Cavidad la noche y cavidad también mi recinto a ojos cerrados, ambos guardan la misma incógnita; una aloja al otro o coincide con él, en una superposición que la célula del ver lo que oigo ajusta a designio. Por el modo en que ese presunto comando de la conciencia se resiste a desnudar su naturaleza, he buscado en él las señales del efecto celdilla; sólo allí, desplegado en ese tablero siempre nocturno, podría alguna vez aparecer la sensación muelle y mordiente y dar cuenta de su manera de operar sobre las ansias.

Librada enteramente a las manifestaciones propias de ese cuerpo que soy yo y las propias de mi recinto, celular por añadidura, distribuido en arcos alveolares como una enorme circunferencia subdividida según sus polos y diámetros, presa por lo tanto de la obsesión geométrica y la ca-

riocinesis sin fin que puede llegar a pulverizar la realidad, buscar allí la respuesta al enigma significaba un riesgo: que por mediaciones perversas o intersticiales del inconsciente, la superficie fundante perforada pudiera de pronto volverse persectoria e incontrolable. Ya de una lejana vigilia que debe haberse producido en los años cincuentas recuerdo que la sensación muelle y pulida de miles de pequeñas cavidades distribuidas en hileras dentro de una caja y dispuestas para la implantación de algo, tal vez de piezas que no llegaba a identificar, cavidades ya vacías de esas piezas, redujo mi persona a un ser minúsculo y asediado, mientras el recinto se agrandaba a su antojo, como si hubiera cobrado una vida propia y amenazante, sin mí pero, paradójicamente, en mí. El compartimiento que me incluía y era yo misma creció más allá de *nuestros* límites, dejándome convertida en un hoyuelo, ocupando el terror todo el espacio.

No podía, pues, entregarme sin reservas a la producción ilimitada de imágenes de mi fábrica oculta. Si bien esas duermevelas no me aportaban una explicación del efecto celdilla, constituían mi alimento principal; esporádicas, se escamoteaban al deseo de sumergirme en ellas y durante largos periodos permanecían (y permanecen) cerradas, bloqueándome la aventura y obligándome a controlar la percepción. Allí sondeaba yo sin embargo, pese al riesgo, alguna escena perdida que pudiese haber configurado el síntoma, quería encon-

trar en el ensueño lo que la razón me negaba y la búsqueda no podía tener otro lugar que el recinto de ojos cerrados para adentro, donde la concentración es máxima y la pérdida de imágenes mínima.

Recordaba otra sensación que se me había producido durante un acceso de alta fiebre, hace unos treinta años: el cuarto donde yo dormía, supuestamente como de costumbre a mi secreta recámara de ensoñación (o de ver lo que oigo o de ver lo que miro con los ojos de la conciencia o de la mente), se fue despegando con lentitud de ella (de la secreta recámara) como si una fuerza ajena lo levantara o, mejor dicho, izara su armazón y la separara, dejando invisibles las paredes, dejándolas sólo «soplo», sin cuerpo, y dejándome, en consecuencia, sin estructura, desestructurándome, lisa y llanamente, desmoronando mi yo y mi yo/recinto.

Esos peligros me acobardaron muchas veces ante la empresa y he evitado sumirme en encierros del tipo caracol; incapaz de manejarlos a discreción y a placer, optaba por la salud mental, como si ésta fuera un camino y el obstáculo celdilla pudiera ser eludido por decisión propia.

Un día, después del regreso a la Argentina, decidí rastrear, a cualquier costo, las zonas prohibidas de la memoria para ubicar el momento en el que la superficie de la celdilla recibe la marca siniestra. Surge una palabra, hacinamiento, pero a ella se le suma un efecto o una acción: la es-

pecie pulula, es proliferante. Y por el corredor estrecho que me deja la conciencia sólo llego a paredes sobrelabradas, a bajorrelieves vastos y densos en los que las salientes y las entrantes parecen llamar al tacto por su morbidez. Pero el tacto se niega a lo que la visión define cada vez más en su verdad: los frisos que se muestran para el reconocimiento son las primeras imágenes por mí vistas y registradas hace más de cuarenta años, en unas fotografías de campos de concentración que archivaban mis padres. Cuerpos amontonados y muertos; cuerpos alineados dentro de fosas, llamas con pertinencia fosarios; entrañas de una cámara de gas expuestas en un corte transversal (la puerta ha sido abierta); columnas de un desfile militar nazi, los cascos redondos vistos desde arriba, encolumnados, en su caja rectangular y cuadrículada. Ese orden instaurado por el terror repele y al mismo tiempo devora; si se lo elude, de cualquier modo triunfa, la cavidad gana la partida.

LA ESPECIE FURTIVA

De una noche de verano, enero o febrero de 1951, ha quedado un vestigio que se emancipa, por así decirlo, de la historia que lo sustenta, y en ese desprendimiento, solo, aislado, se deja reconocer como un signo transeúnte, prendido a otros acontecimientos de mi vida, pero ya sin arraigo posible, como un ánima. La mano de un niño cruza el espacio que separa su cama de la mía, se tiende con audacia en la oscuridad, se lanza al vacío y mi mano de niña está allí para tomarla; las dos manos han tenido que vencer toda adversidad, toda oposición, para recibir y transmitir al mismo tiempo su deseo de unirse. Ese único, fugaz e imperecedero contacto en la noche de ese verano, fruto del azar de una disposición de camas y de niños dentro de camas en un cuarto, al arbitrio de unos adultos, esa unión de las manos que se encontraron y se tuvieron una a la otra produciendo sucesivas iluminaciones interiores, un ardoroso dolor porque en la intensidad misma que la unión provocaba estaba anticipán-

dose la separación, esa ferviente y momentánea fusión fundó para mí, de manera irreversible, la especie furtiva.

La imagen soltó durante todo el día siguiente, y todavía el año y el lustro siguientes, con una pérdida de fuerza y un avance hacia la extinción imparables a lo largo de cuatro decenios más, un resplandor extraño que lastimaba, curiosamente, con más dolor, a medida que se apagaba. Los ojos negros del niño, recuerdo, no me miraron cuando la luz cerró la noche de aquel verano; permanecieron reclusos detrás de sus pestañas como cortinas, y todo quedó en la inminencia de la pérdida. Después, todo lo que ha sucedido a partir de ese primer puente en la noche, en la epifanía del encuentro o en la pesadumbre de la pérdida, ha tenido la resonancia de esa figura: ajeno o ajena a la forma que cobra en mí, el otro o la otra, como el niño, están mudos o ausentes cuando la figura se recrea. La especie se obstinó en reproducirse sobre todo a mi regreso a la Argentina; se manifestaba en evocaciones y era recogida por mi conciencia como un vástago al que no se puede desconocer ni, menos aún, negársele un nombre.

A veces, el puente tendido en la noche apenas entrada en sombras, es mi mirada que atraviesa la calle por el intersticio de unas cortinas semiabiertas; del otro lado está un niño con pantalones a mitad de muslo, medias grises de escuela, zapatos negros abotinados; mira la casa, la recorre con sus ojos oscuros y acuciosos como de

comadreja, después mira a lo lejos el tranvía que no llega, vuelve a mirar la casa y, de pronto, respaldando a mi llamado desde las sombras, se fija exactamente en ese punto de mi sitio de atisbo, se detiene en mi mera pupila y pasa un tranvía, pasa otro tranvía, y él permanece clavado a ese círculo de mi ojo. Apenas mueve una mano, adelanta un pie, como para dar signos de recibir mi mirada que no se ve pero que parece haber establecido con la suya una unión inquebrantable. Alguna vez recorrí los visillos y me dejé ver, y el encuentro fue entonces tan evidente, puesto que él me saludó y sonrió desde su lugar de espera, que alguien nos descubrió desde otra ventana. El temor al castigo, el puente quebrado por un tercero, mi súbita desaparición hacia el interior del cuarto borraron la señal y, sin emisión, el niño de pantalones a medio muslo, que se llamaba Elvino, se alejó de mi vida, se alejó pero vuelve porque, sin saberlo, estaba tocando esa sustancia constitutiva, esa especie hurtada y sigilosa.

Lo furtivo de esa especie tiene una característica: la reunión, el puente nocturno robado al mundo que puede ser tendido a la mañana o a la tarde, pero que no dejará por ello de ser nocturno, es una adquisición para siempre; ese bien no se agota y, en cada renovación, reitera sus efectos. Lo crucé mil veces y lo evoqué otras tantas cuando mi vida se debilitaba, pero se tendió, tenso, en medio arco, con un vacío intermedio infranquea-

ble como nunca había sucedido, una noche del mes de julio de 1987, a pocos meses de mi regreso a Buenos Aires: yo y él, el otro necesario para que la figura se recreara, permanecimos asomados al borde, sin trasponer el espacio intermedio y, por añadidura, el peso de la separación y la pérdida se quedó en mi margen descompensada.

Me di cuenta entonces de que iba a aparecer, como en otros momentos en los que la tierra y el cielo se distancian de mí dejándome desprotegida, otro síntoma, el del desdoblamiento. No tenía que remontarme demasiado en el tiempo para recapturarlo: hacía apenas unos años esa puerta al desamparo había sido abierta y yo, inadvertida, la había atravesado. Me resisto a contarlo, pero la imagen se me impone pertinaz, como si por alguna razón ese episodio tuviera que anteceder en este texto al del extrañamiento referido a la especie furtiva. Era en un hotel, la noche de mi llegada a Londres, dos días antes de unas entrevistas que haríamos con una fotógrafa norteamericana para una revista de México. Ella iba vestida como una excombatiente del Vietnam, con chamarra y pantalones verde olivo y calzaba borceguíes; yo llevaba ropa de algodón en un mes de abril que en realidad era más frío que el peor agosto que yo hubiese conocido en mi vida sureña. En un paseo por Hyde Park yo había caminado con trancos de tero y ella se había desplazado, elástica, con enormes zancadas de ganso; a medida que dábamos un rodeo a distintos núcleos humanos empla-

dos en el parque —islámicos, fundamentalistas, indios o paquistaníes— yo había sentido una progresiva sensación de disminución física, casi una extinción de mi persona caminando esforzadamente detrás de mi colega, quien tenía la enorme ventaja de saber el idioma pero que por ser norteamericana en Inglaterra, minuto a minuto corroboraba que no era entendida por la gente; como si de algún modo, con esa insuficiencia suya, se compensara mi inferioridad en los senderos del Hyde Park.

Alguna gente seguía de cerca, desde una de las banquetas exteriores del paseo, los desplazamientos policiales en torno a la embajada iraní, tomada por terroristas que se habían hecho de rehenes. A lo lejos en el parque vi un grupo de personas alrededor de una enorme bandera mexicana; el paño verde, rojo y blanco ondeaba y ese contoneo suave y patriótico, era como un llamado de amor, estaba dirigido a mí, prófuga e im-pródiga argentina, poseída siempre por la codicia y el deseo irrealizable de ser mexicana. Esa bandera flameando a lo lejos fue mi paño de lágrimas en aquella tarde helada de Hyde Park. Sentí incluso que una leve ventaja me favorecía en relación a la fotógrafa, quien era tan extranjera como yo en México, pero, me dije, una cosa es ser sudamericana en México y una muy diferente ser estadounidense, y me adelanté, segura, hacia la bandera desplegada. Cuál no sería mi horror cuando descubrí que en lugar del águila

posándose en el nopal la bandera tenía en su centro un león imperial, terrible y majestuoso y, además, que quienes rodeaban el símbolo eran habitantes de una lengua para mí desconocida.

Esa revelación, mis desvalorizados pasos a la zaga y mis ropas de algodón en la fría primavera, se había venido preparando durante el viaje: terror y desvalimiento eran los signos de un episodio que había transcurrido en el asiento de atrás, en el avión, unos minutos antes de nuestra escala en una Bermuda. Habíamos visto a una azafata que corría presurosa a un llamado. Sin escándalo, en un acto mudo, acercándose al pasajero que viajaba del lado de la ventanilla, había verificado que estaba muerto; la esposa del viajero tampoco dijo ni una palabra sobre lo que había pasado, no se oyó de sus labios ni una queja o sollozo; ella y la azafata, era de imaginar, habían sellado un pacto de discreción y las buenas maneras dejaban a ese hombre abandonado a su suerte. Cuando aterrizamos, ya estaba esperando una ambulancia en la pista: a la isla perdida llegaba un muerto extranjero.

Cuando llegamos al hotel que se nos había reservado, al traspasar la puerta de mi habitación, vi que sobre una mesa baja, rodeada de sillones, había una charola inmensa con frutas: racimos de uvas, manzanas, peras, ciruelas y naranjas; esta enumeración, sin embargo, no responde a ningún rigor descriptivo; no creo que en ese momento hubiera yo fijado la atención en las espe-

cies de la fuente; pero sí tengo claro que no me atreví a comer ni una sola uva y que, simultánea a esa represión, empecé a pensar y a decirme, y a decir incluso en voz alta, una frase al comienzo meramente indagatoria: «alguien se había suicidado en un hotel en Londres... ¿quién era el que se había suicidado en un hotel en Londres?», como si esperara una respuesta de algún interlocutor presente, en un diálogo de esos que se entablan en los vacíos de comunicación. «Alguien se suicidó en un hotel en Londres», me repetía, «alguien se suicidó en un hotel en Londres» y, para salir de esa frase que aumentaba su valor dentro de mí hasta colmarme, encendí un televisor y apareció en la pantalla una escena de cuento, tal vez *La Cenicienta*, y el color adurznado de esos cuadros y la voz que no cesaba de decirme que alguien se había suicidado en un hotel en Londres me llenaron de terror, y entonces cambié el canal y me encontré con que justo en ese momento se filmaba la recuperación por tropas de elite de la embajada tomada con rehenes por los iraníes, y vi cómo saltaba un comando desde una cornisa a una ventana y la humareda de las granadas que tardaba unos segundos en extinguirse, como flor de muerte, y también me deshice de esa imagen, tratando de recomponer mi lucidez, pero la frase volvía y clamaba por una respuesta. Llamé a la fotógrafa a su habitación, pero ella no podía contactar a mi demanda: no sólo le pedía ayuda, sino que también le preguntaba quién se había suici-

dado en un hotel de Londres. Ella entraba en ese momento con sus enormes zancadas al reino de los sueños, no lograba yo retenerla en su conciencia, y me decía, casi sin voz: «No puedo, no puedo más, no puedo hacer nada por ti, me estoy durmiendo, tomé mis píldoras y ya me hicieron efecto, me voy, me voy», y su voz se iba adelgazando hasta perderse. Vencida yo también, me tendí en la cama y las respuestas comenzaron a encadenarse: yo me había suicidado en un hotel en Londres, yo me suicidé en un hotel en Londres, ella se suicida en un hotel en Londres, y decía estas frases y volvía a decirlas, hasta ver a esa mujer, hasta verme, envuelta en una bata de toalla, junto a una bandeja de frutas que brillaban en la oscuridad y un cuadrante de televisor que tenía reflejos luminicos como de estallidos de granadas, con lejanos golpeteos de ametralladoras en las intermediaciones de Hyde Park y una bandera con un león imperial en su campo medio que ondeaba más allá de cualquier previsión histórica o geográfica. No sé qué restos de mí sobrevivieron de esa larga plegaria musitada en el mismo tono quizás que el susurro de la azafata en los oídos del muerto y de la mujer del muerto en el asiento de atrás del avión.

La especie furtiva con desdoblamiento tiene una construcción discernible: una voz interior, levemente separada de la mía propia, formando una suerte de sonido-aura a su alrededor, me dice, en una circunstancia inesperada, una verdad.

A veces la dice mediante el recurso de la duda, como la planteada en esa creciente demanda acerca de la persona del suicidio en el hotel de Londres. Otras, de una manera directa y punzante, dice, por ejemplo, interrumpiendo un tiempo de bonanza, *no creas que esto va a ser siempre así, tú sabes bien que también está la muerte*, apagándose la palabra *muerte*, por esfuerzo de conciencia, por resistencia moral, desdibujándose casi en el empuje de la razón, pero emergiendo sistemática y cada vez con un delineado más nítido y perfecto: *no creas que todo va a ser siempre así*, en la primera parte de la frase como un simple condicionante que relativiza un estado que se creería perpetuo, una suerte de sabiduría toma de distancia, pero que asesta, en su segunda parte, el golpe de *muerte*, y no deja tiempo para hacerse a un lado, pega fuerte y derriba. Y después, poco a poco, la frase transita hacia una tercera persona, un *ella* que debería saber que no todo va a ser como hasta entonces sino que también está la muerte, *ella* defendiéndose en diferentes usos pronominales, como si le hubiesen hurtado, sin que se diera cuenta, la identidad, saliendo del tú al yo y de allí de nuevo a su *ella*, en un peligroso juego de seducciones que se ignoran una a otra, cada una en su estrategia de sortear la máxima verdad suurrada.

En julio de 1987, la voz se trocó en imagen: un hombre, quizás un artista y, a medida que se definía como persona, cada vez más un músico,

se me presentaba como alguien a quien yo había perdido, pero no me dejaba ver sus rasgos físicos. En mi conciencia o, mejor dicho, en ese sitio fronterizo en el que este tipo de revelaciones tienen lugar y que no se deja penetrar por sondeos de la razón común, él, aparentemente, me había «modelado en un soplo» —ésa era la idea—, y yo me había dejado rodar, por así decirlo, en la forma por ese soplo concebida y me había transformado al antojo de ese pneuma. Ese hombre me miraba desde un escenario, a la derecha de la orquesta, y hacía sonar un bajo, ida y vuelta; su frase escueta me decía que yo lo había perdido y tenía sobre mí el efecto de un derrumbe. Quise razonar, hacer un balance de músicos; busqué al que tocaba el fagot, al de la trompeta, al de los timbales, pero no, el bajo volvía y no se dejaba reconocer pero se imponía como ausente presente, desmoronando toda noción de realidad porque él decía, con sus frases de inframundo, haberme abandonado.

Una vez que yo acepté el dolor de haberlo perdido, ese personaje delineó aún más su existencia real y fue una persona de carne y hueso, con la que yo nunca había tenido ninguna relación, ni siquiera en la más remota fantasía. La historia, en este caso, se había tejido separada de mí y de mi circunstancia, de una manera sigilosa había invadido mi interior, mi mente, mi alma y, de pronto, sin preanuncios, comenzaba a hacerme sufrir y me situaba en la carencia. Se suponía

que yo había estado en una casa una noche, en una plática desprendida, casi sin objetivos y, sobre todo, sin ninguna conciencia de la materia mental, espiritual, libidinal o amorosa que mi interlocutor, sin hacer ruido ni alarde, inculcaba en mí ocupando mis territorios. Sólo meses o años después me daba cuenta, acongojada, de que lo había perdido sin siquiera haberlo atesorado y que era inútil recuperarlo como persona de carne y hueso y menos aún convocar su presencia en acto: sólo podía estar presente en la marca que en mí había dejado, subrepticio y furtivo.

VISITA GUIADA



Pedro, refugiado español pero de difusa nacionalidad, entre francés y centroeuropeo, se «pegó», por así decirlo, en la ocasión a los argentinos, pero pudo haber sido a los uruguayos o a los chilenos, y se hizo del grupo como un propio. Daba la impresión de que él hacía de este modo una suerte de ejercicio de la sensibilidad, es decir, una puesta a prueba de los viejos traumatismos que marcaban su existencia; ponía de nuevo a funcionar un sistema de reflejos de solidaridad y de fusión con los marginados en el que, era de suponer, había sido formado desde niño.

Él no decía cuál era la historia que había hecho de él un ser susceptible y obsesivo, pero se sabía que a los siete años, en plena guerra, sus padres tuvieron que salir precipitadamente de París durante la ocupación porque su tarea de socorro a refugiados los había puesto en la mira de los alemanes. La madre y el hijo por un lado y el padre por el otro dejaron la ciudad una madrugada. Los dos primeros fueron subidos a un auto-

bús que bajó hacia el sur por carreteras infestadas de controles. En uno de los altos junto a un bosque, la madre se ofreció con otros a bajar hasta el río para buscar agua. El niño vio que su madre se alejaba por un sendero y ha de haber retenido que los rayos del sol la alcanzaban mientras su figura desaparecía. Unos minutos después, cuando los que permanecieron no habían tenido tiempo todavía de impacientarse por la tardanza, un avión alemán escupió unas ráfagas sobre la carretera; el reguero no fue fulminante, pero el choffer se amedrentó, lanzándose hacia el sur con los que habían quedado y dejando abandonados a los que habían ido por el agua.

El niño que siguió al sur fue internado en un campo para refugiados huérfanos, él sin serlo; «encolumnado» (situación concentracionaria típica), se sometió a los dictados de sus tutores alemanes: formó fila para recibir su escudilla, para ir al baño, para salir al patio de recreo, para atravesar el pueblo hasta los baños públicos. Una de estas veces, apenas iniciada la marcha por las calles, se corrió de la hilera, hizo un giro a la derecha y se metió en una casa; la columna siguió adelante sin que nadie advirtiera su ausencia.

Recogido por los habitantes de esa casa, su nombre empezó a estar encolumnado en las listas de quienes buscaban y en las de quienes encontraban y varios meses después, cuando las selcuelas de las desapariciones eran ya irreparables, la madre encontró al hijo, mudo, pálido, desen-

cajado por la pérdida, incapaz de haber asimilado ninguna de las explicaciones que sus protectores le hacían para contentarlo. Tiempo después, no dos o tres días, ni unas semanas, sino varios meses más tarde, madre y niño tomaron un tren para alcanzar, fuera como fuese, un barco que salía para México, sin saber nada del padre faltante; en medio de la noche el convoy se detuvo en una estación en medio del campo, y esta vez Pedro descendió con su madre a buscar agua. Se encolumnaron para recibirla y cuál no sería su sorpresa ni cuán descomunal sería: entre los que repartían el agua estaba el padre. Casi nunca se producen encuentros tan perfectos ni nunca es tan perfecta la figura del desvío: la línea de la carretera, el sesgo hacia el bosque, las hileras de aviones alemanes, las ráfagas que de allí se desprendieron, la madre desprendida del vehículo, la línea que sigue al sur, la columna por el pueblo hacia los baños públicos, el niño que se aparta, la reunión de madre e hijo, la serie continuada en el tren, la cola para recibir el agua, el padre que cierra el ciclo. Pero el aparente final feliz, la reunión familiar, no logró de todos modos y contra cualquier previsión, mitigar los daños en el niño, ni en el padre, ni, sobre todo, en la madre. Pedro se pasó la vida esperando a su madre que había ido por el agua y ella buscando a su hijo que siguió al sur.

Pedro se unió a los argentinos de manera regular y sistemática; vivía como todo paria, esta-

bilizado en su vacío, dispuesto a regenerarlo toda vez que éste podía ser llenado por alguna expectativa; encontraba a cada instante esa posibilidad de restablecerlo porque no dejaba de corregir y de rectificar, nada estaba nunca completo para él, nada era perfecto ni justo, y así se pasaba diciendo *no* al que afirmaba, diciendo *sí* al que negaba, poniendo en el centro lo que estaba corriendo hacia la izquierda o hacia la derecha, buscando siempre el error o la falta en lo que caía ante sus ojos o entre sus manos y, sobre todo, convirtiendo esas características en elementos contrarios a una inserción fluida en el mundo. Correr la línea, reubicar el punto, tender de lado a lado sobre el campo de la realidad perdida y no recuperada paños subsanatorios, cruzar la línea de lado a lado de la gran boca, puede llevar a la manía, a la locura o al arte, o a las tres cosas juntas. Él tenía la suerte de ser un artista.

Tal vez se unía a nosotros porque la reproducción del vacío era el estado propio del exilio: carencia, compensación de la carencia; desnudez y arropamiento, mutilación y prótesis, y nuestro exilio era, por así decirlo, fresquito, recién estrenado, receptivo, por lo tanto, a la veterana experiencia española y, al mismo tiempo, para el amigo español, un campo fértil para el ejercicio de la faltancia. Por las mismas razones que él se acercaba a nosotros, nos acercábamos nosotros a otros pares del destierro y, arrancando desde muy lejos en la cronología exiliar, nos uníamos a gua-

temaltecos y de ahí en más hasta llegar a chilenos o uruguayos. En nuestro caso en particular, el mío y el de los míos, el modelo máximo de la mayor tragedia y del destierro más dramáticamente interrumpido fue León Trotsky, y a él nos adherimos casi sin advertirlo, aunque intuyendo que sólo en los límites extremos se podía apresar algún sentido, la clave de la condición que nos incluía.

Es sabido que todo argentino de izquierda y, podría decirse, todo individuo universal con una mediana definición socialista, no deja de ir a la casa de León Trotsky, en la calle Viena de Coyoacán, y no se sentirá tranquilo hasta no haber ido a ella y recorrido esas habitaciones señaladas por el ascetismo, la revolución y la muerte, en las que se respira una de las atmósferas más melancólicas de la tierra. Ir de visita a la casa de León Trotsky es una especie de ritual iniciático y debe creerse que sólo en ese lugar cobra un alcance histórico y colectivo la suerte personal.

Fuimos a la casa de León Trotsky en noviembre de 1974, recién llegados a México; volvimos en enero de 1975, una vez más en marzo de ese año y luego cada dos o tres meses durante casi un lustro, cumpliendo diversas ceremonias en esa casa: la primera vez pusimos, los míos y yo, nuevas firmas en un libro de visitas que después habría de ser nutrido por decenas de inscripciones y consignas estampadas por otros argentinos que llegaban a México y firmaban un pacto, como

nosotros, sin saberlo, con el más alto desterrado y con su vulnerabilidad.

Íbamos los sábados o los domingos, jalábamos el cordón de una campana que no se veía y entonces aparecía en la puerta algún militante —durante cierto tiempo fue un argentino— que vivía allí y se ocupaba de atender la casa-museo. Nos sentábamos junto a las tumbas de León Dávidovich y de su mujer, Natalia Sedova, cubiertas de violetas florecidas o de trebolares frondosos según la época del año. Llevábamos al perro; uno de nosotros se quedaba con él mientras los demás entrábamos en la casa; primero hojeábamos los periódicos en distintas lenguas que anunciaban, en grandes titulares, el asesinato; leíamos y releíamos cada vez esas páginas que en las primeras vitas estaban al descubierto y que después fueron protegidas por unos plásticos transparentes, y cada vez que las recorriamos se reiteraba para nosotros la tragedia; la leíamos como se lee a Shakespeare, sabiendo de antemano los desenlaces, pero con una intensa angustia, como si acabáramos de enterarnos de la noticia. De ese cuarto pasábamos al siguiente, en el cual había una mesa con sus sillas de paja y unos restos —o quizás fuera todo lo que había en su momento, si se tiene en cuenta la austeridad de los Trotsky— de otro mobiliario propio de una cocina comedor, incluidos algunos cacharros mexicanos. Podíamos imaginarnos a la gente reunida en torno de esa mesa y recrear la atmósfera de finales de los trein-

tas, entre las cinco y las seis de la tarde de un día cualquiera, el té servido y anunciado por Natalia Sedova a quienes estuvieran en la casa en ese momento.

La siguiente habitación, unida al comedor por una puerta, era el despacho de Trotsky, cubierto el escritorio todas las veces que fuimos también con un plástico transparente que dejaba ver sus anteojos, sus papeles, un antiguo grabador a cilindros, un teléfono; ese escritorio sobre el que fue golpeado y sobre el que cayó, en ese crimen tantas veces reconstruido en las fojas policiales y en la memoria de la humanidad, sin exagerar. Después pasábamos al dormitorio, con las camas tal cual como estaban en aquel momento, librerías repletas de libros, en ruso y otras lenguas; las paredes con los impactos de la ráfaga de ametralladora que dispararon Siqueiros y su banda, la cual, podía uno imaginarse, obligó a los Trotsky a arrojarse al piso, junto a las camas. Luego atravesábamos la última puerta de unión, como si enlazáramos una a una las estaciones de un ciclo temporal, y nos deteníamos a evaluar la magnitud del acoso, pues la puerta era blindada; conducía a la habitación del nieto de León Trotsky y su apertura era menor que la de las otras puertas; hacia la derecha, en la sala de baño, en una especie de vestidor, siempre podíamos ver y tocar unas prendas de los Trotsky, abandonadas en ese ropero sin puertas, dejadas, sin más, en su tumba natural.

A medida que pasábamos de una pieza a otra íbamos verificando cada señal en su sitio, aparentemente los rastros de Trotsky seguían siendo los mismos para nuestra mirada y nuestro tacto; pero si repetíamos el recorrido en el mismo día o en una posterior visita, siempre surgía un detalle nuevo. En esa casa que si impresiona es por lo que no tiene, por su despojo y sequedad, por su absoluto rigor militante, para decirlo de manera apropiada, las cosas crecían y se multiplicaban, los sentidos proliferaban y se prendían a un ángulo de un cuarto, a un papel, a un lomo de libro, a la decadente vida y a la exaltada muerte de la atmósfera de ese lugar.

Las visitas a la casa de L. T. duraban bastante. Caíamos en la cuenta de que habían transcurrido más de treinta o cuarenta minutos en el interior de la casa, sin contar el tiempo que nos quedábamos en el jardín con nuestro perro y los niños junto a las antiguas conejeras o a la vera de las tumbas sobre las que flameaba la bandera roja con hoz y martillo, y cuando volvíamos a casa se había hecho tarde: eran esos finales de domingo recoletos, con una perspectiva de tiempo grisáceo y horas que aprietan el corazón, porque la impregnación que esa historia creaba en nosotros, sin que aflorara a la conciencia, una densa fusión de nostalgias.

Ha transcurrido mucho tiempo desde aquellas visitas y revisarlas me permite ver con más nitidez ahora que entonces hasta qué punto la figu-

ra de L. T. fue tutelar, con cuánta fuerza selló con su sentido propio las fisuras por las que habría podido escaparse, precisamente, el sentido. No se trató, en esta «convivencia» con él, de una asimilación de carácter representativo: no hubo una especialidad, ni tampoco una inmersión en términos partidarios, proceso que habría culminado, de manera razonable, en una escueta adhesión a la causa de la Cuarta Internacional; ni tampoco hubo culto, ni revisión, ni se rectificó nada histórico en estos actos. Sencillamente L. T. fue convertido en alguien de los míos, un entrañable que fue ganando nuestra conciencia, nuestros días laborales y festivos, los miércoles y los viernes, los sábados y los domingos de aquel transcurso de exilio.

Una noche, a altas horas, mi hija, que entonces tenía ocho o nueve años, se despertó acostada, en dos o tres ocasiones, por la misma pesadilla y cada vez que fuimos a socorrerla nos decía lo mismo: *Sueño que no podemos salir de la casa de Trotsky*. El sueño y la frase se repitieron varias noches durante varios meses. *Soñé que estábamos todos en la casa de Trotsky, con el perro, y que no podíamos salir*, era el leitmotiv y, pensábamos entonces, antes de que el vértigo nos tragara, que la frase condensaba la historia y el destino de la izquierda en los últimos cuarenta años, nuestra historia y nuestro destino.

No era original la atracción por la casa de L. T. ni sus consecuencias tampoco: Carlos Ábalo, otro exiliado, había vivido hacia unos quince años

en México, y todos los días, movido también por una fijación semejante, iba a esa casa y se quedaba horas; se conocía de memoria todo el archivo de prensa y había incluso intentado que lo designaran guardián del sitio, ya convertido entonces en museo. Por las tardes se subía a la torreta de vigilancia del bunker, palabra fuerte con la que designaba la casa que habría querido para su vivienda, y que resonaba con un golpe seco y mortífero, a contemplar el horizonte entre los edificios y los árboles de Coyoacán, imbuído de la tristeza vespertina de cualquier vigía en su atalaya. Esa compenetración con el personaje y su ámbito, proverbial en todos los revolucionarios de la especie, impregnó la voluntad y el intelecto de C. A. y lo llevó a una serie de búsquedas y crisis a lo largo de los años de su militancia en las filas del trotskismo y, con el tiempo, al exilio.

Las visitas a la calle Viena se espaciaron; ya no iban los niños ni el perro. Había que despojar a esas incursiones del carácter de visita al cementerio y evitar, asimismo, un segundo tramo que solía completarlas. Esos paseos tenían una parte anexa, una suerte de segundo movimiento, en cierto modo compensatorio, y era llegar hasta la casa de Frida Kahlo, en la que ella y Diego Rivera habían vivido una época, sin saber al principio que los Trotsky residieron también allí, pese a que ninguna referencia lo consignase, y que allí se llevaron a cabo las sesiones del tribunal Dewey. Esta casa museo, detenida también en el tiempo,

con los objetos de una gente y el ánimo de esa gente aún presente en el sitio, con muebles y cosas cargadas de las vibraciones de su energía, tenían algo siniestro. No sé por qué habré repetido tantas veces ese «paseo» por su jardín y sus recámaras, hasta concluir en el taller de Frida y en el horrible retrato de Stalin que permanece en su caballete, si no fue también para buscar las trazas de mi fundación, por así decirlo: guerra de España, guerra mundial, nazismo, campos de concentración, y también stalinismo, policías secretas, confesiones abyectas, derrotas y esperanzas y ese halo de aquellas décadas en las que nací y crecí.

Cada vez que yo entraba en esas casas, la primera de la calle Viena, la segunda de la calle de Allende, las dos en Coyoacán, sentía que ingresaba en una muy lejana e imaginaria casa «paterna» que, saliendo las décadas, transmigraba para cobijarme.

CASAS

11



No podíamos salir de la casa de León Trotsky y, entretanto, del mismo modo en que por una suerte de ablación extraña no había logrado ponerme una prenda mía legítima, no aparecía en mí la voluntad de hacerme de una casa o, mejor dicho, de hacer mía la casa que ocupaba. Este deseo obliterado causaba la sensación de vivir, desde siempre, en una provisoriedad total, sin arraigo a los sitios, sin fijación en los objetos, desposeída de esa lógica de la apropiación común a los humanos por razones que no lograba entender. Por más que me esforzara en quedarme en los lugares en los que me tocaba vivir, siempre me estaba yendo; había un plazo interno de partida que no me dejaba margen para instalarme; este plazo era permanentemente prorrogado, puesto que en muchos sitios me quedaba largo tiempo, y no significaba la inacción: llegaba, me ubicaba con facilidad; no pasaban unas horas y yo ya estaba acomodando las mesas, las sillas, poniendo algo en las paredes, en los cajones, en los estantes, pero

pese a esa adecuación instantánea, algo misterioso me impedía sentir que *allí estaba*, que ese espacio en orden era mi casa.

Una vez me arrebató el sueño y la vigilia una angustia bien precisa que se delimitaba —como casi siempre— en una frase. Esta frase era, en la circunstancia: *Nada de lo que me rodea me pertenece*. Y, en efecto, miraba los muebles, las camas, los libros, y tenía una comprensión clarísima e irrefutable de que nada de lo que había en esa casa era mío. No podía desprenderme de la angustia y por más que tocara los objetos diciendo en voz alta *esto es mío* y ejercitara el sentido de la posesión, nada sucedía. Los míos tampoco eran sentidos por mí como míos y sobre todo los sentía menos míos cuando intentaban convencerme de que todo lo que estaba allí era mío y de ellos, era de todos nosotros y había sido adquirido con el esfuerzo y la existencia de todos, pero no lograban rescatarme del extrañamiento. Aun cuando afincara, plantara, amueblara u ordenara cosas en sitios, aun cuando rellenara un recinto conmigo y con mis objetos, siempre tenía ese sentimiento de que nada me pertenecía y de que todo era provisorio.

Decenas de anécdotas referían el mismo estado precario y desarraigado, y cuando se las conté a una analista, fuera de tratamiento, como de costumbre, ella no me dio ninguna solución. Sólo me dijo, como si precisara un estadio dentro de una evolución, que a esta altura de mi vida ya se podía decir, sin margen de error, que esa vida

precaria y provisorio era tal vez *la que correspondía a la forma de mi deseo*, frase que he acariciado desde entonces y que me ha permitido ser según la forma de mi deseo, aprovechándome de la noción fatalista de destino que esa frase implica. A partir de ese momento, quizás, la casa provisorio en la que había vivido —sea cual fuere su lugar geográfico—, la casa que me contenía y contenía mi ser, mi estar, mi andar, *se plantó* en este mundo y se hizo de bases anchas: fue una suerte de plataforma de lanzamiento.

Las casas soñadas en pesadillas no se iban, sin embargo, con la bella frase-paliativo: la casa de mi infancia en Córdoba aparecía en mis sueños, perforada de roperos sin salida en los que era atrapada en medio de las fricciones de la seda, el algodón o la lana. En una de sus habitaciones más remotas y desde mi cuna yo miraba el juego de luces y sombras de la siesta y sentía pavor; en otra, más cercana en el tiempo, veía desde mi cama un espejo en el que se reflejaban unos ojos de alguien situado a mis espaldas, como ángel de la guarda, y de nada valía entonces la oración pidiendo dulce compañía rezada antes de dormir. Soñé que en la cocina de esa casa había una gran jaula colgando del techo en la que revoloteaban unos pájaros; la jaula no tenía piso, pero los pájaros chocaban contra los barrotes y no atinaban a huir, condenados a su prisión.

La casa reduplicaba sus espacios, sus paredes se iban hacia arriba y el techo se ahuecaba hacia un embudo invertido por el que mis mejores energías se escapaban. Presa en esa casa, todos mis sueños me llevaban a ella o me sacaban de ella en sucesivas recolocaciones y yo, como en la pesadilla de mi hija, no podía salir de esa casa: ella era una gran esfera en cuyo interior estaba condenada a rodar para la eternidad; ella fue ataúd, barco, paraíso aéreo.

Después la cuestión fue pensar en la casa del regreso, la que habríamos de ocupar en la Argentina. Entonces apenas se hizo evidente, después de trece años, que en 1974 habíamos perdido nuestra casa en Buenos Aires, que esa casa llevaba a evocar, además, todas las casas anteriores que habíamos abandonado, y la trashuman-cia y el despojo aparecieron entonces por primera vez en toda su magnitud, como datos de la realidad hasta ese momento ignorados. No quedaba ningún mueble; no se había podido localizar a la distancia ninguna cobija, ni sábana, ni espejo, ni alfombra, ni cuchillo, y sólo se sabía que una docena de baúles guardaban nuestros libros y papeles.

En las nuevas pesadillas se erigió la casa futura: siempre era inconclusa, sus cuartos siempre tenían puertas que daban a otros recintos aún sin explorar pero que alguna vez serían incorporados, y esa casa posible, más allá de sus muros verdaderos, crecía, invitándome a recorrer sus pasi-

llos oscuros y a subir escaleras que de repente se tronchaban, como las galerías de la existencia misma, y las habitaciones quedaban entonces aisladas, fuera de orden y de serie, pero eran atractivas pues se suponía que en ellas estarían los objetos y los muebles perdidos.

La casa que comprábamos era emplazada en el despoblado de mi inconsciente sobre un terreno grande y tenía alas promisorias, hacia el este o el oeste, plegadas transitoriamente a la espera de ampliaciones. En el sueño se anunciaba un más allá en cada rincón, y la promesa de esa vastedad era tan acongojante como gozosa. La primera de esas viviendas soñadas estaba en un recodo umbroso, que no sombrío, en una calle cerrada, de edificios viejos; era de altos y de cantera rosada. La segunda estaba en el corazón de una manzana y sus espacios clausurados, una vez abiertos, daban al vacío. Pero llegó el momento en que la casa forjada en la fantasía cobró realidad. La casa ya estaba, era esta vez un departamento que habríamos de ocupar a nuestro regreso a la Argentina, había sido adquirida, se salía del sueño y del proyecto. No obstante, la soñé y una fuerza recurrente volvió a configurar en mi pesadilla la reiterada estructura modular: las habitaciones inexploradas sólo contenían espanto y ese espanto crecía a medida que se acercaba el momento de habitarlas. Aún ahora, después de años de vivir en ella, todavía descubro al despertar que he estado atenta a los ruidos difusos y

acolchonados de una vida secreta detrás de una puerta, o que he percibido llamadas desde un espacio entre muro y alcoba, un entremedio que da cuenta de otra realidad.

EMBAJADA

el
apto
coo
luna
frudo

Por las calles de Córdoba se pasea el general Menéndez, esta frase en el relato de alguien que regresaba de la Argentina produjo en mí una fuerte conmoción que me encegueció y ensordeció: por primera vez en años de exilio sentí que me envolvía, desde muy lejos, aun desde que me fui de Córdoba en los sesenta, una categoría global y sintética que incluía, en blancos, negros y grises, toda mi historia. El relator había agregado: *y sin guaruras*, término que designa en México a los guardaespaldas. *El general Menéndez se pasea por las calles de Córdoba, y sin guaruras*, decía todo. ¿Cómo podía pasearse el general Menéndez por las calles de Córdoba cuando ya se había votado y la condena a los militares corría sin trabas por todo el país?

El general Menéndez paseaba por mi ciudad y con su avance por las calles desplazaba, apartaba, por no decir eliminaba, el andar de mi padre. No había lugar para los dos andares. Mi padre avanzaba por las calles como un barco, sereno, sin tre-

pidaciones, rápido no por prisa sino por hábito de ir raudo. La imagen ominosa del general con o sin séquito por 9 de Julio hasta Olmos y después por Colón, su ingreso en el edificio del Jockey Club ante la pasividad de todo el mundo, y que venía a sustituir de modo tan grotesco e intimidante la imagen de mi padre, era una síntesis de la Argentina y no sólo de la Argentina del terror que creíamos terminada, sino de una Argentina actual y permanente. La imagen contrastante que la frase convocaba empezó a perseguirme: una escena que se borra, que borró la muerte: mi padre por las calles de Córdoba, deteniéndose en varias ocasiones durante el trayecto para saludar y dejarse saludar por la gente, mientras nosotros, sus hijos, íbamos unos metros detrás, a la zaga de sus pasos veloces. Y una segunda escena, la del general, cuya ferocidad me provocaba descargas de adrenalina y el dolor de la gastritis emocional que me había producido, precisamente, la muerte de mi padre en Córdoba, dos años antes, estando yo ausente a más de diez mil kilómetros al norte.

Había algunas maneras de descargar el odio y la insatisfacción cuando imágenes como las descritas nos asediaban. Una de ellas era ir a la embajada argentina, entonces en el Paseo de la Reforma, en su tramo de Lomas, desplegar unas mantas con inscripciones contra los militares y, desde allí, parados en el área central o camellón

del boulevard, gritar insultos o hacer ademanes hostiles. La casa siempre estaba cerrada, pero se adivinaba la presencia de personas por algún movimiento de cortinas o un ruido que se dejaba oír desde el interior; la vociferación arreciaba cuando estas señales eran percibidas pues se suponía que éramos fotografiados con disciplina y rigor.

Poco numeroso y de una composición muy variada, pues las familias iban enteras y sentaban a sus niños en el borde del camellón, el grupo era contemplado con extrañeza por los mexicanos que pasaban en sus autos, gente de clase acomodada que tenía el hábito de ver manifestaciones populares, pero que no entendía los clamores de esas personas en su mayoría blancas y rubias, casi sus semejantes, lanzando amenazas y vaticinando el final de los militares. Entre ese público siempre estaba —y su imagen debe haber quedado registrada en las fotos que tomaban los diplomáticos de la dictadura, encarrerados o de turno—, Clara Gerstel, quien se paraba en la primera hilera, en medio de los niños, y sacaba de su bolsa las dos únicas fotos que le habían quedado de sus dos hijos desaparecidos; eran muy pequeñas, tamaño carné y apenas podía sostenerlas entre el índice y el pulgar de sus manos, pero las blandía sin desfallecer, en la misma posición y en silencio, mostrándolas a las miradas ocultas que se agazapaban detrás de las ventanas de la embajada.

Otra madre, Laura Bonaparte, llevaba sendos carteles por sus hijos, yernos, hijas y nueras desa-


parecidos y por su marido muerto en la tortura, y eran tantos sus muertos que tenía que sostenerlos por turno de a uno o distribuir sus retratos entre seis personas, hasta que optó por poner una sola gran pancarta con el nombre de toda su familia exterminada. Ella también ha de haber sido una extraña figura para la gente que subía a las Lomas en sus automóviles, y las molestias que provocaba en el tránsito nuestro mitin se han de haber disipado ante la desmesura: una mujer alta, bella, inmóvil, encuadrada por otros, en el centro de una tragedia, desafiando la fotografía que se nos hurtaba desde el interior de la embajada. Estas madres protagonizaron uno de los hechos políticos en los años finales del régimen militar: se encadenaron a unas columnas de la sede consular argentina, en un acto límite de protesta, justo el día de las elecciones, cuando tuvimos que ir para hacer sellar nuestros pasaportes, en una suerte de sùbita, ridícula legalidad formal.

Esos años depredatorios, que pasaron como tropel, fueron ablandando o endureciendo el corazón y la voluntad de muchos, siendo una y otra cosa, el ablandarse y el endurecerse, los signos de la vulnerabilidad de nuestras emociones. Los actos ante la embajada eran obviamente catárticos, pero resultaban a la larga patéticos recursos; de año a año o de semestre a semestre, esa descarga y la ilusión de que arremetíamos contra la dictadura fueron un ritual político que compensó la falta, por ausencia, de una práctica política efec-

tiva. Sin embargo, no cesaba el impulso gregario de la reclamación, y ése fue uno de los reflejos que permanecieron sanos en muchos argentinos que regresaron a la Argentina. Como si cumplieran una promesa ineludible, y por necesidad de una sanción aprobatoria, todos se encaminaron en sus primeros, segundos y definitivos regresos, a la Plaza de Mayo, a marchar con las Madres, y fue en ese sitio, el lugar por antonomasia de la polis y de la tragedia de la polis, donde muchos que habían tomado distintos rumbos de destierro se encontraron y así se podía ver a gente que venía del Brasil abrazarse con gente de España, Suecia o Venezuela. Entonces comenzaba —y en dos o tres vueltas a la plaza no podía concluir— el largo relato de lo que había pasado en esos años y el reconocimiento del otro, ese par por destierro, mutante entre los propios nacionales que se habían quedado en el país.

Después, hay que decirlo, cuando se produjo la integración a la que se aspiraba, el satisfactorio *estar*, algo donoso e imperfecto que el país ofrecía, el lugar de la polis fue desapareciendo poco a poco del campo del deseo. Se ablandó y se ablanda el aguijón con el que se pretendía incidir, el que permitiría vengarse del enemigo, y no queda otra intención que ocupar el sitio reconquistado.

CONTENEDOR



Por alguna grieta insospechada se cuela, en un vaciadero sin fondo, la sustancia que definía al desterrado como un argentino. Cuando se piensa que el exiliado regresa a su tierra y es recibido por esa madre que malamente lo desterró, se tiene una idea por lo general errónea acerca de la índole del recibimiento: no hay ninguna norma que prescriba la bienvenida, y si ésta se expresara como un buen deseo a quien regresa, así, sin más, sólo sería una formalidad. El exiliado sabe por anticipado que le va a ser difícil «adaptarse», término común que ya al llegar al país de exilio estaba presente en todas las conversaciones en las que, por angustia o por afán de simplificar, se trataba de definir la nueva situación. Preguntarle a alguien si se adapta es un lugar común de toda una clase social que busca tranquilizarse. Siempre me molestó que me hicieran esa pregunta, y me molestó aún más que me preguntaran: «Y los niños, ¿se adaptan?», porque se me figuraba que uno era considerado como una masilla dúctil que se ple-

gaba a las circunstancias con sólo ablandarse. La pregunta es anodina, pero pocas veces se tiene la fuerza de rebatirla con un exabrupto o una negativa a responderla, y todos los exiliados al llegar al país de adopción y después al propio hemos tenido que empezar por decir: «Bueno, al principio yo y los míos, etcétera...», dividiendo en franjas temporales un desarrollo que, por su dramatismo, no admitía recortes. Y cada cual hacía su cuento: había un antes, de integración deficiente, y luego una mejoría. Con ese esquema el interlocutor curioso entendía sólo lo que necesitaba entender, nunca más allá, y la conversación podía proseguir o cesar sin dejar ninguna marca.

Quien regresa está obligado a dividir en tiempos e intensidades un transcurso: «Al comienzo fue duro [...] pero después uno se va acomodando», y cuando termina de decir esa frase, o esa construcción que refiere un avance y un retroceso, un estar mal y un estar bien, sabe que se ha dejado atrapar en la insignificancia, se ha adaptado al requerimiento, se ha adaptado a un medio y, siendo un elemento extraño a ese medio, ha tenido que ocultar la ajenidad mediante la estratagemas de la división en etapas; habrá, pues, un tiempo futuro de adaptación en el que todo se ordenará de manera satisfactoria.

A los que se fueron, el país no podría acogerlos como hijos pródigos; no hay una práctica en ese sentido: nunca una persona, organismo o institución ha tenido la costumbre de considerar al

ausente, al enajenado o al prófugo de la realidad, menos aún podría nadie hacer un gesto para entender la condición psicológica del desterrado; éste será siempre un inadaptado individual y social, y su vida afectiva, como la del preso, el enfermo o el alienado, mantendrá sus circuitos lastimados y sus quemaduras no se restañarán con el simple retorno. Para el que regresa, el país no es continente y de nada valdrá que pretenda confundirse en las estructuras permanentes; no hay caja, no hay casa donde meterse.

metefora
caja
La sensación de extranjería *caja* salta al que regresa, es como si la persona estuviera envuelta, toda ella, su físico y su psiquis, de una membrana que la separa del mundo. Esta membrana produce un efecto de mediación: las cosas no vuelven a tener el peso y la densidad normales que otrora tenían y guardan sus propias distancias respecto del sujeto en cuestión, mutante en la estructura. La alteración se manifiesta en las nociones espaciales, en el ordenamiento mental de los ritmos de la ciudad, en la percepción de las actitudes de la gente en la calle y en las respuestas que en cada caso tiene que dar el individuo para no entorpecer ni chocar. La idea que se tenía sobre el aire, el viento, la lluvia, el canto de los pájaros, ha sufrido una transformación en los años de ausencia y todo se ofrece, cuando se tiene la mejor suerte, con un aura desconocida e inaugural, pero todo puede también echarse a perder y ser, además de distante, ajeno.

Hay un largo período en los retornos, el de la evocación, pautado por señales que se producen a cada paso, como si una masa de significaciones hubiese estado a la espera de quien la excitara para desencadenarse, irrefrenable. Se sale a la calle en estado de memoria, ya sea que se la bloquee o se la deje en libertad de prenderse a los datos de la realidad. Es muy difícil preservar ese material de las generales de la ley y singularizarlo: hay retornantes que vuelven al barrio y suspiran, retornantes que reconocen, gozosos, antiguos lugares en los que su vida transcurrió y quieren hablar a toda costa de sus sensaciones, retornantes que se quedan paralizados ante un olor o un sabor recuperados y se tientan con la imagen literaria que ha sabido clasificar esos instantes privilegiados para toda eternidad, retornantes que endilgan a los demás su carga memoriosa pero que se impacientan cuando uno de sus semejantes quiere hacer su propio ejercicio de recuperación.

Se habla del contenedor que llega, del *contai-ner* que se guardaba para la reinstalación y adaptación, pero también de los baúles que resistieron a varios embates: el de la rapiña de los represores y el del botín cobrado por quienes se hicieron cargo buenamente de esos bienes. Las conversaciones están plagadas de baúles que se abren y de descubrimientos insólitos siempre significativos, como no puede ser de otro modo teniendo en cuenta que la vida se ha agolpado en ellos condensando su potencial revelador.

Entre nosotros, los míos y yo, también hubo baúles-féretros o cajas de Pandora. Había habido un primer baúl enviado a México con efectos personalísimos, las fotos familiares, gran faltante en muchos otros baúles de los que he oído hablar y origen de desajustes psicológicos suplementarios. Los baúles que no se movieron del país fueron trasladados de depósito en depósito, creando inconvenientes a las personas de buena voluntad que se habían ocupado de salvarlos: un día cayó el Ejército y los esculcó, creyendo que contenían armas; sólo tenían papeles inexpurgados y, pese a las explicaciones, nuestros amigos fueron sometidos a interrogatorios y a presiones que los obligaron a salir del país por un tiempo. Pero los baúles siguieron en sus bodegas, esperando.

Los abrí a mi regreso a la Argentina. Muchas semanas después comencé a sentir los efectos de ese acto: pesadillas, sensación de vaciamiento, vértigos; los mensajes que recibía al abrirlos poco a poco comenzaban a segregarse dosis de angustia. Digo que eran los baúles, porque el inconsciente trabajó sin parar y cobró la forma, si así puede decirse, de una caverna de la especie humana, con fondos y trasfondos que se hurtaban a la conciencia jugándole pasadas mortíferas; presa de los sentimientos más primarios, que son de terror ante lo inesperado y también de terror ante lo vivido, me resistía, sin conseguirlo, a la imagen que predominaba: una caja abierta que deja ver o salir una realidad pululante.

Uno de los episodios más cargados de mi primer viaje exploratorio a la Argentina se inició con un impulso irreprimible: pasar por mi escuela primaria, en Córdoba. Justo a esa hora salían los niños del turno de la tarde y, en una suerte de desdoblamiento enfermo y de cualquier manera patético, creí ser uno de ellos, me encolumné para avanzar en fila, y en ese breve y enajenado trayecto, que debe haber durado segundos, el tiempo volvió a 1947. La realidad suele acompañar estas alucinaciones tornando verosímil lo que está muy lejos de serlo. Cuando los niños y niñas ya se habían ido, desparramándose por la plaza Colón y las veredas hacia Alberdi y hacia el centro, tuve un esbozo de pánico. Apenas recuperaba mi identidad, que había quedado casi reducida a cero con el golpe de memoria, cuando vi bajar por la escalera del colegio, bien plantada, con pretensiones de ser escalinata, a una mujer canosa que se me acercó, llamándome por mi nombre; yo le respondí de igual manera, por su nombre. Era la señorita Olga Díaz, mi maestra de cuarto grado. Ni ella ni yo hablamos de cuestiones temporales, evidentemente ella no se había sorprendido por el encuentro de las dos generaciones, ni se había inmutado por el presente absoluto en el que creía hablarme y estar. Muy confundida, la dejé alejarse y subí al primer piso; en el primer recodo hacia la derecha de un pasillo, me asomé a una ventana. En el patio estaba el mismo palo borracho tantas veces visto y no siempre admirado como

se lo merecía; sentí que algo muy fuerte me requería a mis espaldas, una presión en la nuca que me obligó a volver la cabeza: del aula de primer año de la secundaria salía en ese instante, a esa hora solitaria y abandonada como sólo pueden serlo las escuelas cuando se van los alumnos, una de mis antiguas compañeras, ahora maestra. Me preguntó qué hacía yo allí, como si me hubiese descubierto en un ritual profanatorio. Hasta reconocer yo que ella no venía de otro mundo y que yo, a mi vez, estaba en este mundo, transcurrió un tiempo mortal, de muerte.

Esa incursión en los años cincuenta abrió a mi entendimiento algunas escenas cuyo carácter fundamental podría haber sido útil en mi utópico tratamiento psicológico. Ese recorrido por los pasillos de la escuela, con las aulas desiertas, los mismos pupitres con sus tinteros de porcelana sobre la derecha y su compartimiento inferior resguardando mi secreta vida de infancia, la misma sala de geografía con sus mapas raídos y su globo terráqueo sobado y brillante, el salón de láminas, el de música o la enfermería, me permitió recuperar una escena esfumada por sucesivas veladuras en sueños y pesadillas, pero para mí consitutiva. Es mi primer día de clase de la escuela primaria y mi tía abuela Berta Zeballos me lleva en el tranvía; recorremos cerca de treinta cuadras, desde el barrio General Paz hasta barrio Alberdi. Su mano no me abandona, pero hay un momento en que tiene que dejarme. Los niños y niñas es-

tán ya formados en el patio del palo borracho, es-
perando entrar en las aulas; cuando ella se va yo
no he logrado encolumnarme en ninguna hilera.
No tomo distancia, no avanzo hacia la clase co-
mo el resto, no pertenezco a ninguna de las filas,
me voy quedando sola y me quedo finalmente so-
la mientras todo el mundo desaparece hacia el in-
terior. Una maestra advierte mi presencia y me
pregunta mi nombre; no estoy en su lista; llama
a otra maestra, pero ésta tampoco me tiene en la
suya; la palabra inscripción domina en ese ir y ve-
nir confuso hasta que el sentido común se impo-
ne y una de ellas me anota en un folio. Quedo en
una nómina, en un grado, en una sección, por
puro azar: cuando entro en el aula, rezagada, ya
todos los alumnos están sentados en sus bancos,
rígidos, comiéndose tal vez como yo su propio te-
rror, o su propio deslumbramiento, pero es el
mío el que para mí cuenta, es su marca en mí lo
que se registra y va a perdurar hasta esa visita a
mi regreso del exilio. No estoy en las listas, y no
ha sido esta condición ni enaltecedora ni degra-
dante, ha sido simplemente estructurante.

Era bastante inexplicable que las páginas es-
porádicas que yo escribía fueran textos llamados
eróticos. Aun cuando algunas veces no rozaban la
cuestión amorosa y andaban a la deriva de otras
motivaciones, mis escritos volvían a lo erótico;
había en ellos una morosa flotación en un ele-
mento espeso o, si se cambiaba al signo aéreo pa-
ra describirlos, era muy difícil respirar en esos
textos y poco a poco, a medida que los escribía y
después los leía, me encerraban en espacios de los
que me costaba salir.

Siempre creí que mi relación con la escritura
y con la literatura en términos generales no era
de entrega total; a decir verdad, no he pretendi-
do vestirme con esa ropa ni pertenecer a ese ves-
tuario de la literatura, aunque, paradójicamente,
haya sido allí donde encontrara mi ganapán. Pe-
ro la realidad se ha encargado de desmentir esa
aseveración: los libros que leo me chupan la mé-
dula y las emociones; en el momento en que los

me
lo
contes
no
debo
que
de
de
de
de
de
de

leo, el mundo que poco a poco se me revela me somete a sus leyes y se apodera de mí.

No es la historia en sí de esos libros de literatura lo que me transporta y enajena, cuando el libro lo merece, sino las atmósferas en las que me compromete sin yo haberlas buscado. No recuerdo lo que he leído, de un día para otro se borra de mi conciencia y siempre tengo que retomar desde el inicio del libro, en una ida y vuelta costósima en tiempo y atención. Los libros que he leído se puede decir que los he leído tantas veces como días en los que suspendí y reinicié la lectura, con otra deficiencia o peculiaridad suplementaria, que los leo como si los leyera en voz alta, lo cual significa muchas horas de lectura. Esto permite deducir que he leído muchos menos libros de los que se supone tendría que haber leído por haber elegido la literatura como mi campo de interés predominante.

Tomo un libro, por ejemplo, un libro de filosofía que me he empeñado en leer como exigencia intelectual, y creo que no voy a poder sobrellevar su complejidad, pero me obstino, voy y vengo, retrocedo cuantas veces lo creo necesario y, de manera sigilosa el libro va ocupando toda mi persona, como si por artes desconocidas se acoplara perfectamente a mí e iluminara, con potencia inimaginable antes del proceso, mi entendedera. Así, plena y cumplida, me creo yo poseedora por unos instantes del saber universal que ese libro suponía conferirme, pero cuanto más

ocupada me siento por el libro, cuanta más riqueza espiritual me parece haber acumulado, menos logro *repetir*, aun para un interlocutor ficticio, lo que el libro contiene. El sentimiento del saber, la luz del conocimiento, han sido efímeros para mí en relación con los libros; sin embargo, no puedo sacar conclusiones denigratorias de ese hecho: decirme, por ejemplo, que no llego a comprender sería una inferencia falsa, puesto que por ráfagas la inteligencia del libro me arroja a zonas de verdadera revelación, aunque después me devuelva a una parcela estrecha de entendimiento.

Condenada a mantener una relación secreta y casi confidente con las obras de la inteligencia, pero sin poder valerme de ellas como instrumentos de contradicción o de integración en el mundo de las ideas, me limito a dejar que esa materia intelectual se deposite en mí y decante en mí aun que sea la arenilla más leve, sin otra intención que la de dejarme alimentar por el calor que irradia. Deficitaria, mi apropiación intelectual se produce por bocados; cuando muero el conjunto, las partes se me escamotean; cuando me detengo en las partes, el conjunto se vuelve borroso y así ando, a los tanteos, soltando o recuperando lo que capto, atesorando apenas los fondos de la gran caldera.

He tratado, en diferentes momentos de mi vida y obligada por las circunstancias, de insistir en ciertos ejercicios de carácter intelectual y formativo, y los resultados no varían: cuando hago mío

el conocimiento, una distracción, algo así como un llamado de sirenas, me sustrae de los modos formales en los que suele forjarse el conocimiento y transito por un territorio impracticable, y lo que debería leer para saber se vuelve cada vez más brumoso, mientras que lo que está al costado, por encima o por debajo del texto, sin posiciones jerárquicas, comienza a cobrar nitidez y a hacerse de un brillo, desplazando a las sombras los datos que hacen al conocimiento sin más, el que se adquiere y se trasmite. Lo intersticial, una segunda o tercera piel de lo escrito, me saca del meollo del saber, y lo que sé, lo que me propongo conocer, no es lo que podría ser exhibido cómo una adquisición, ni siquiera como una acumulación intelectual. Correlativamente, la memoria sobre lo leído circunscribe dentro de claustrros de censura aquello que podría ser la materia intercambiable en un diálogo con cualquier especialista en el campo: si yo quisiera hacer gala de recordar algún fragmento de novela o citar un verso, naufragaría en un baluceo, o hablaría de otra cosa creyendo que hablo en particular de algo, en un bloqueo peligroso y sin salida.

Esto ha sido para mí una minusvalía porque el universo de formalizaciones tiene asideros manifiestos de los cuales aferrarse y si uno toma el que no corresponde desbarata la construcción, o hace otra, y se va quedando cada vez más desprotegido. Por eso admiro tanto la cualidad de muchos intelectuales, hombres y mujeres, que plasman

ideas, las esculpen a golpe de inteligencia, siguen un desarrollo y el orden se les va dando solito, por práctica del espíritu, por experiencia discursiva, y soy capaz de quedarme horas acariciando esas facultades de las que carezco.

Para sobrevivir en el mundo de la literatura, puesto que ahí, por razones de carrera y profesión fui situada desde muy niña, al principio me esforzaba en adquirir los instrumentos más corrientes, los cuales me habrían permitido, de obtenerlos, dar clases, dictar cursos, decir conferencias, investigar, y todas las demás funciones de la adquisición y la impartición que son propias del campo literario. No cejé en la empresa e inicié durante el exilio, con unos amigos, la lectura de la *Fenomenología del Espíritu*, de Hegel. Esos tomos, traducidos al francés por Jean Hyppolite, habían caído en mis manos por consejo de un conocedor; en una librería en París, le pregunté qué libro compraría él si sólo tuviera los escasos francos que yo tenía y pensara privarse de cualquier otro libro durante los próximos treinta años. No se sorprendió por la pregunta, la oyó como si yo le estuviera preguntando qué modelo de traje o de vestido me tendría que comprar para varios años, sin que los cambios de la moda invalidaran la elección. Y dijo, con certeza: *La Fenomenología*. Agregó un texto voluminoso de comentarios del mismo Jean Hyppolite, haciéndome gastar todo lo que llevaba y pensando tal vez en treinta y cinco años de lectura.

Comenzamos a leer y a transitar los treinta años con mis amigos mexicanos. Leíamos la traducción francesa y de manera casi simultánea recurríamos a la versión castellana del Fondo de Cultura. Leíamos en dos libros e íbamos después al tercero, al de Hyppolite. Las sesiones empezaban a las cuatro de la tarde de los lunes y a las siete de la tarde de los miércoles, dejando reposar el libro de miércoles a lunes, cuatro días durante los cuales volvíamos a él en cualquier momento para hacer algunas corroboraciones o para ejercitarnos en la comprensión. Ninguno de los tres poseía ningún saber, éramos tan cándidos como imprudentemente astutos porque de pronto, sin tener competencia para asimilar el texto, cada uno por su lado creía entender todo.

El texto se nos escapaba y se nos entregaba con alternancias; había lecturas en las que entrábamos en él y salíamos de él como delfines en el mar, regocijándonos con estas inmersiones y acrobacias, convencidos de que asíamos la quintaesencia; pero a veces el fragmento elegido era como una roca de laderas inabordable por las que resbalábamos hasta caer en la estolidez y el vacío. La lectura era *de otra cosa*, era una especie de droga que nos remontaba y hacía volar; frase a frase agarrábamos materialmente las palabras y no sé por qué extraño poder esas palabras, más allá del concepto, asidas en su puro decir, nos producían una profunda congoja. En esas tardes pasábamos de un desfiladero a otro de la gran ro-

ca y la sustancia que palpábamos era el dolor del descubrimiento. No habíamos traspuesto las primeras cincuenta páginas de la *Fenomenología*, sin contar las remisiones a Hyppolite, pero tengo la impresión de que esas sesiones fueron ceremonias a nuestra medida de una intensa revelación del Espíritu, una epifanía «filosófica» luego de la cual pudimos llegar, de una manera irreplicable, al conocimiento, a *un* conocimiento.

Suele homologarse la tarea de tejer, es decir, de pasar una trama cruzando una urdimbre, o la de coser y bordar, es decir las labores de aguja, con la escritura. La comparación se agota pronto, a menos que se intente sustentarla con otros argumentos. Creo que lo que acerca a las dos tareas es el hecho de que tejer —para elegir una de ellas—, al igual que escribir, se emprenden en lugares apartados y distintos de los de otras tareas. Hay un grado de abstracción tal en la labor textil que durante el tiempo de tejer, podría decirse, la persona desaparece del transcurso natural de cualquier ser en el tiempo; lo que se capta en esos momentos de corte o de distanciamiento es una vibración muy lejana del mundo, una casi imperceptible señal que sólo sirve para marcar que ese mundo existe, pero que el tejedor o la tejedora se han alejado de él. El cuerpo está agachado sobre el telar, las manos van y vienen de derecha a izquierda, los dedos abren la calada, la

mirada se desplaza de un punto a otro de la tela, y una serie de otros signos delatan la presencia del tejedor o la tejedora y su devota dedicación a lo que hace. Sin embargo, no está allí, porque el acto de pasar la trama lo ha disparado a una dimensión que no tiene nada que ver con el acto que ejecuta, aunque sea su consecuencia. La labor va quedando, es cierto, es el resultado de una marcha sobre la urdimbre, pero lo que ha sucedido para que el hilo fuera ocupando el vacío hasta constituir la tela no guarda relación con ninguna «realidad».

Del mismo modo, no se escribe ni se pinta lo que se ve, se oye, se huele o se siente, ni tampoco se escribe en el lugar donde esas acciones de oír, ver o sentir se ejecutan, y ha sido para mí un escollo y, en cierto sentido durante años una parálisis, no admitir el carácter separado de la dimensión de la escritura o del tejido, labores que llevé a cabo, la primera con menos entrega que la segunda, en el tiempo del exilio.

Esos compartimientos secretos y deshabitados, tierra de nadie, a los que se llega cuando se quiere escribir, o cuando se quiere descubrir y entender un texto como la *Fenomenología*, difieren sin embargo de los paraísos que se rozan con el vuelo textil, son, incluso, a medida que trato de precisarlos, de signo opuesto, porque en el recinto de lo textil hay una suerte de felicidad del no-ser y del no-estar, mientras que en el de lo textual (al que se llega cuando se escribe o se piensa) só-


lo se recoge desventura; y no desventura como un sentimiento personal, sino como expresión de una desnudez fundamental: no saber, no poder llenar el vacío, no abarcar lo universal.

Las lecturas que lo ponen a uno o a una en ese estado de riesgo suelen contarse con los dedos de la mano, y más aún cuando quien lee es alguien como yo que ha leído poco leyendo mucho. La noción de desnudez y de desprotección no se produce con un libro entero, ni siquiera con un capítulo de libro, sino que puede surgir en una sola frase, y ni siquiera en una frase, sino en el sedimento que esa frase deja a su paso, en la fragancia que arroja donde es dicha, y eso es precisamente lo que yo recogía y recojo de las lecturas, la conciencia reducida de haber sido acorralada por el texto a una situación «de absoluto», aunque esta palabra tenga un alto costo referencial.

Durante el exilio escribí textos eróticos pero no porque buscara escribirlos, ellos se ponían sobre el papel y se encadenaban con bastante soltura, sin yo convocarlos. A veces eran cuentos y casi siempre simplemente relatos, y no estaban escritos como se escribe literatura, así como la *Fenomenología* no era leída como si se tratara de un texto filosófico. Si a veces escribo sobre arte no soy crítica de arte, si se me ocurre pensar en términos políticos no pienso que pueda ser por ello política, si tejo en un telar no soy por eso una artista plástica, nada hago, pues, en su justo centro, no estoy en ninguna parte, y el único sitio al que

aspiro alguna vez volver es ese que se hizo realidad, instantáneo, cuando tres subrepticios iniciamos los treinta años de la lectura de Hegel, y que ha de ser el sitio del Espíritu.

INTEMPERIE



Un hombre vive y duerme en una plaza. Apenas se mueve unos metros, no más de treinta o cincuenta a la redonda. Él no tiene urgencias y seguramente me ve todos los días cuando salgo a pasear a mi perro y no puede imaginarse lo que a mí me sucede sólo por el hecho de saber que él está allí, clavado en su decisión de vivir a la intemperie mientras yo me desplazo por mi casa, por mi balcón o mi terraza; mientras yo ando por la ciudad en colectivo, a pie o en taxis, muy cerca de él y a veces sin que me vea, a unos escasos diez o veinte metros en mi vehículo o haciendo uso de mis piernas, sin ninguna solución de continuidad y tampoco sin soluciones para su decisión de intemperie; él está sentado en su banco, con la cara apuntando a la salida del sol por las mañanas hacia el Palacio Pizzurno y dando la espalda al crepúsculo que se produce todas las tardes hacia Paraguay en dirección a Riobamba. Él está sentado siempre en su banco y si se levanta a veces para acercarse al cesto de la basura que cuelga de un

de
viento
pene
de
nue
cose

árbol, o se apoya para orinar en otro árbol (el que constituye su hito hacia Callao), se sabe que esa distracción del caminar será transitoria. Él va a volver, no dejará su sitio.

El 10 de febrero de 1988 estaba. Sentado sobre el costado derecho del banco, según mi punto de vista, se agachaba y escribía sobre un cuaderno, se diría un álbum, apoyado en sus rodillas. El 11 y el 12 y el 15 de febrero seguía allí sentado escribiendo sobre las rodillas; entre las siete y las ocho él veía la salida del sol por sobre los árboles de la plaza escribiendo, así saludaba la llegada del día, y se podía suponer que antes había buscado agua en el bebedero, un escuálido chorrillo, según pude comprobar cuando este hombre empezó a preocuparme y quise saber cuáles eran sus reservas de vida más elementales.

Durante una semana lo vi mirar por encima de sus anteojos apenas dos veces, su abstracción en los papeles era sostenida, permanente, nada lo desviaba del interés supremo de dejar correr su mano en una escritura muy cercana a la cabeza, como si este hombre pensara con los ojos y creyera que cuanto más los acercara al papel mayor convencimiento habría de lograr sobre la materialidad de sus pensamientos. Sus ideas caían sobre el papel segregadas por el cuerpo encorvado y dócil a la ley de gravedad y, sin resistencias, la escritura parecía ordenarse en líneas imaginarias.

Me sentaba en un banco no muy distante, sostenía el marco de esa escena del hombre confren-

te amplia, prolongada en una calvicie hacia la nuca, con mechones a los costados como sucede con este tipo de calvos que no ocultan su calvicie. Ese marco que encerraba a ese hombre me había costado conseguirlo, no siempre los bancos que permitían el encuadre estaban libres y, además, tenía que considerar mi ubicación lejos de los guardianes, a causa del perro, cuya entrada en la plaza está prohibida por ordenanza municipal, y es un perro el mío indisoluble porque tira de la cuerda, se excita con señuelos imaginarios y pretende conquistar la caza arcaica de su especie. Día a día he observado a este hombre durante todo febrero y parte de marzo, y siempre estaba a punto de preguntarle quién era, qué hacía, el porqué de su circunstancia de escritor a la buena o bella estrella, y poco a poco esa curiosidad comenzó a ser persecutoria y no ha cesado de serlo en estos largos meses, sólo que la persecución fue atravesando estadios perfectamente delimitados, como si se hubiera ido construyendo una estructura propia, con variables de una intensa diversidad afectiva o sentimental.

Preparé modos de abordarlo y el más ajustado se convertía de pronto en una hilacha, nunca llegaba a formular la pregunta que diera cuenta de la altura y el dramatismo de la situación. No me pareció nunca nada normal ver a este hombre en su banco por las mañanas casi desparezándose ante la llegada del día, y menos aún me pareció un hecho corriente verlo cubierto con un

enorme plástico los días de las tempestades que asolaban e inundaban poblaciones y cuyo efecto en las plazas, con ráfagas de viento y de lluvia, causaban no menos confusión y desamparo en los paseantes. Esas tormentas con sus frentes desplegados por encima de los techos y desde el río, con oleadas y huracanes, golpeaban en las ventanas de mi torre y arrojaban hilos (progresivamente ríos) de agua por los intersticios de vidrios mal sellados, y yo me pasaba las horas sopando con trapos y toallas los charcos que se formaban en la sala, mientras el hombre luchaba sólo con su cuerpo contra el ojo desatado de la tormenta.

Me esfuerzo en establecer cronologías y me desgasta tratar de recordar en qué fechas sucedían las instantáneas variantes en la vida a la intemperie del hombre de la plaza y establecer cuándo sucedieron cambios en mi relación con la escena que él dramatizaba. Ese registro, siempre me lo dije, tendría que haber sido cotidiano, pero la idea de un diario minucioso en el que apuntara mis observaciones sobre el hombre me parecía de una grandilocuencia y de una veleidad que tampoco condecían con la circunstancia. Sólo ahora, a varios meses de esos acontecimientos, puedo intentar ordenarlos por escrito.

Los sobresaltos fueron muchos: una mañana vi que sólo estaban *sus cosas* (una valija de tela roja a cuadros, una caja, bolsas de plástico cargadas, una cobija), pero de él ni señal; abarcando con la mirada todo el horizonte, desde la esquina de Ro-

dríguez Peña y Paraguay, no se veía rastro suyo, ni siquiera lograba forjarse la posibilidad de que fuera confundido con algún otro transeúnte; nada, no se veía a nadie, ni esforzándose por distinguirlo el hombre aparecía en la escena amplia, y en la escena reducida de su banco-centro-del-universo sólo se veían sus petates, expuestos allí al aire fresco, con bandadas de palomas que en vuelos rasantes se lanzaban sobre montañas de pan, y la obstinada persistencia de mi mirada peinando entre árbol y árbol, entre gente y gente, hacia Charcas, hacia Callao, sin dar un paso porque únicamente inmóvil podía retener el lugar por mí conocido del hombre y registrar con mi mirada en redondo su ubicación excepcional como ausente. Me fui sin haberlo visto, luego de dar una vuelta a todo el perímetro de la plaza mayor, logrando múltiples puntos de mira y descartando de manera vertiginosa una a una las diferentes presencias que mis ojos captaban y retenían. Por Rodríguez Peña fui hasta Charcas, por ésta doblé a la izquierda hasta Callao y luego nuevamente a la izquierda, siguiendo hasta Paraguay y pasando por detrás del banco que en el punto inicial de mi incertidumbre había estado a una distancia aproximada de unos cien metros de mí y ahora estaba apenas a unos cinco metros, y pude ver no sólo que él no estaba, sino que era capaz de ausentarse dejando sus cosas a la buena de Dios e irse a algún sitio que su vida pública no me permitía imaginar. Cruzé Paraguay, avancé por ésta

hacia Rodríguez Peña, desandando todo lo recorrido, cuando, al dar vuelta a la esquina, con la intención de ir hasta Córdoba, me topé con el hombre de frente; él venía por el medio de la vereda y casi chocamos en el cruce; él prosiguió y atravesó la calle y la plaza en semidiagonal hasta su banco; para asistir a estas evoluciones tuve que instalarme en un punto fijo, haciéndome la distraída con algo atinente al perro, hasta comprobar que se sentaba en el banco, recuperaba sus papeles apoyándolos sobre las rodillas y dejaba caer de nuevo, como de costumbre, su escritura desde los anteojos y, a través de sus anteojos, de su cabeza.

En las mañanas de verano hubo que empezar el día más temprano, no permitir que la invasión del calor, de la gente, del tráfico, cubriera todo el espacio e impidiera caminar o apenas respirar. El comienzo de la jornada en Buenos Aires es como una cascada que se precipita por encima de cualquier esclusa; ni el frío ni el calor, ni el viento ni la lluvia son diques para esa paulatina y de pronto consumada saturación del ambiente, y lo que se desencadena multiplicado hasta ser legión parece conocer su ciclo, tener conciencia de sus ritmos de expulsión y retención, como un organismo biológico. El año es eso, las estaciones son eso; los mediodías, las tardes y las noches no son sino esa profusa y desesperada respuesta de esa legión o de esa masa a las leyes del tiempo y, paradójicamente, la inconsciencia de su finitud que

persiste en tener. En esos ciclos de minuto en minuto, que son de hora en hora y de día en día para cualquier mortal, la posición del hombre de la plaza en el universo no podía ser, por lógica, igual a la de los demás. Vivir a la intemperie no depara las satisfacciones ni los desengaños de lo que se cumple o no se cumple en el transcurso; en ese estado de intemperie no hay los pequeños cierres que clausuran, en tareas concretas o prácticas, períodos de tiempo; no se abren ni se vencen contratos, no se llega a hora ni se tiene horario de salida, no se acumulan beneficio ni pérdida, no hay plazos fijos, ni alzas ni bajas, no se camina por un circuito con postas, no se pagan peajes ni se tiene derecho de piso, y sería infinito enumerar todo lo que no se acaba, no se cumple ni tiene lugar en el lugar de la intemperie.

Tenía miedo de abordarlo; pensaba, a mediados de febrero, no sin pesar, que la crudeza de mi soledad se correspondía con mi creciente y obsesiva preocupación por este hombre. Al despertarme, apenas detectado el vacío en el plexo, el no menos vacío de persona en mi cama y el para mí feroz comienzo del día —siempre me pareció incoherente el verso de Dylan Thomas en el que aconseja al lector: «odia, odia feroz el fin de la jornada»—, iniciaba mi estrategia de pequeños «cierres» y recomienzos, fundamentalmente desplegada en tareas precisas que se iban sucediendo, voraces y ferozes, a lo largo del día. Hacer cosas es una manera de vivir; esto puede parecer

obvio, pero no lo es tanto para gente que pliega y despliega la existencia como si fuera de papel, y la va plegando cada vez más chiquito, hasta no dejar más que un listón delgado donde pararse. Desde allí, esa gente emprende el movimiento contrario, el despliegue y, de abanico abierto a abanico cerrado, de tarea empezada a tarea concluida, el día pasa, entre tiempos de maceración y de cocción, tiempos de despertar y de dormir; tiempo de esperar el tránsito del sol de un ángulo al otro de la estancia y de seguirlo o de evadirlo: desplegar en ancho y plegar en angosto añejan la angustia y nada más que eso. Pero si no hay labores, si los plegamientos se hacen sobre el puro ser y el ausente hacer, el contacto con el universo ha de ser descarnado y quemante. Y así me imaginaba el transcurso del día del hombre, su mente sólo ocupada por la sucesión sobre la página, ajena a los dobleces de lo cotidiano. Eso era lo que yo suponía, pero era muy distinto lo que pasaba, porque por más que él creyera que se había desprendido de esas pequeñas metas —la meta más grande me era desconocida— estaba sometido a ineludibles rutinas: ir del banco al basurero, del basurero al bebedero escualdo, ausentarse a ese sitio por mí también desconocido y regresar a su banco, hacer trayectos erráticos en el perímetro de la plaza como buscando algo, probablemente cigarrillos caídos, y no mucho más durante los cuarenta y cinco minutos aproximados de mi observación.

Otro de los sobresaltos que me provocó el hombre fue en realidad un espejismo, de esos que suelen sucederme en mis observaciones callejeras, cuando el estado de flotación en el que sobrenado trastorna mis sentidos y me lleva a ver cosas que no son. Llegué a la plaza a las siete y cuarto y caminé unos quince minutos, habiendo advertido que el hombre aún dormía. Di una vuelta a la plaza en el sentido contrario al de las agujas del reloj, una vez cumplida esa vuelta di otra en el sentido de esas agujas; di todavía una tercera vuelta y el hombre seguía durmiendo. A todo esto ya eran las ocho de la mañana y el ruido era intenso, con bocinas, pájaros, bullicios de diversa índole, y era espesa la densidad de humanos y animales atareados en sus asuntos: pasar, circular, dar vuelta, recoger, correr, hacer flexiones, pasear perros los unos, acompañar hombre o mujer, en condición de perro, los otros. En la ciudad sin calma el hombre seguía durmiendo; podría estar muerto, pensé, o haberse desvanecido en sueños, o acaso podría estar durmiendo más de la cuenta por resaca de traspasos o por debilidad. Cuando emprendía el penúltimo tramo de mis secuencias por manzana, casi al final de ese tramo, justo donde está situado el banco de marras con el hombre durmiendo, lo vi atravesar en diagonal la plaza, como si viniera de Paraguay y Rodríguez Peña; venía con pasos ágiles, pero con el cuerpo medio vencido, que ésa es su postura contradictoria, reconocible a la distancia: camina como cualquier

sano mortal, pero encorvado. En el banco seguía un hombre, otro hombre, durmiendo, pero él vino y deshizo de manera drástica mi idea de las cosas, con un ademán convencido y casi ufano arrancó la cobija —estábamos ya a fines de marzo— y desbarató la figura del hombre que yacía debajo, la hizo desaparecer ante mis ojos atónitos, y se puso a doblar, meticuloso, con un cuidado y una precisión geométricos, la cobija y los otros elementos de su cama, quizás una segunda cobija, un hule que servía de base, unas ropas y, después que hubo plegado sus posesiones, las metió dentro de una bolsa y se sentó en el banco.

Durante febrero y la primera quincena de marzo, antes de las tormentas, el hombre ha de haber soportado la canícula del verano refrescándose apenas con el chorrillo de agua del bebedero municipal o, quizás, una que otra ablución matutina tiene que haberle sido ofrecida por la mujer de la escultura que, inclinada y desnuda, deja caer un hilo mínimo de su cántaro, el cual forma un charco dentro de la fuente, y cuyas aguas no siempre brotan. La lluvia en la tarde húmeda y calcinante ha de haber sido en febrero, cuando se produjo, una bendición para el hombre; a la primera gota, la gente corre y desahoga y él se refugia, paradójicamente, entre las cortinas de agua, clave de su soledad y de su autosuficiencia.

Pensaba entonces que el placero, que había hecho sonar su silbato una sola vez cuando me

vio entrar el primer día en la plaza, pero que después se olvidó de mí y de mi perro y nos dejó estar por inercia, pensaba entonces que el placero debía tener alguna información sobre el hombre, pero no podía interrogarlo porque habría puesto en evidencia mi infracción al código municipal; pensaba también que los vecinos que se asoman a sus ventanas sobre Callao veían día a día los movimientos o la inmovilidad del hombre y que quizás se preguntaban sobre su suerte y le forjaban soluciones ilusorias, cada vez más ilusorias, teniendo en cuenta las limitaciones que tiene todo el mundo de comunicarse y el temor de quedar pegado al otro por el mero hecho de comunicarse.

Los que todos los días atraviesan la plaza, y aun los que tienen tareas específicas en el recinto de la plaza, no tendrían por otro lado la ocurrencia de acercarse a un hombre sentado en un banco o en una banca, quien, además de ser un presunto *linyera*, escribe sobre sus rodillas tal vez un libro, o una partitura, y la curiosidad ha de ser necesariamente postergada en beneficio de la conjetura sin fin. No podía saber cuál era el vínculo de ese hombre con los otros que estaban a la intemperie: había un *señor mayor*, de unos sesenta o más años, con un traje de verano completo, corbata inclusive, que hizo de un banco su vivienda a mediados también de febrero y que algunas veces sacaba de una bolsa (siempre una bolsa, la bolsa es el gran significante de la intemperie) una que otra fruta,

un racimo, por ejemplo, y lavaba las uvas una a una en el chorrillo del bebedero, donde antes había bebido el otro hombre que era por mí considerado el *principal* de esa plaza por la perduración de su empeño en vivir a cielo descubierto sin techo ni otro reparo alguno, y luego de lavar las uvas se las comía, quitándole las semillas que, en un ciclo prodigioso, ofrecía a las palomas o a los otros pájaros, que a su vez se iban a beber al bebedero, muy campantes: ese señor trajeado en verano y más trajeado aún cuando empezaron los días otoñales, tenía una caja de cartón bastante voluminosa que dificultosamente trasladaba de banco a banco; un mediodía lo vi en el colectivo 109, se bajó junto conmigo en la parada de Montevideo y se fue con su caja camino a su sede, trastabillando en varias ocasiones porque esa caja no tenía asa, ni llevarla a costas tenía tampoco asidero, pero ahí andaba el hombre *secundario* empecinado en su transporte. Días más tarde observé que este hombre secundario depositaba su caja debajo del banco del hombre principal, lo cual me reveló que éste en realidad tenía una bodega colectiva en la que todos los vagabundos guardaban sus bultos. Todo el tiempo pensaba además en *Ironweed* de William Kennedy, pero no tenía conmigo la novela para ver qué tipo de situaciones comunes hermanaban a los indigentes de Albany, estado de Nueva York, con los de la plaza Rodríguez Peña, y sólo tenía muy presente la instancia del desafío, una fiereza interior que convence al habitante de la intemperie

rie de la pertinencia de sus actos, que lo guía en sus pasos cotidianos, en esas efímeras metas que van cumpliéndose segundo a segundo.

El interés por el hombre de la plaza me ponía, sin yo quererlo, en un estado de excepción o, por lo menos, de emergencia; producía en mí una emoción literaria en el sentido más lato, la que se siente cuando en un texto uno se tropieza con una revelación contundente acerca del ser, y esa revelación, erigida como un límite, ensancha la conciencia del desamparo y afina la percepción sobre la muerte, sobre el sentido de la muerte. Todo el primer haz de páginas de este relato, hasta el momento en que empiezo a hablar del hombre de la plaza, guardaba una estrecha relación con mi regreso a la Argentina; escrito en Buenos Aires, casi siempre a partir de las diez de la mañana y luego de regresar de la plaza, con el perro agotado y desagotado, fue proseguido en México, en un viaje por dos meses; de pronto, el escrito se detuvo, en coincidencia con la preocupación por el hombre. No podía continuar porque la aparición de ese interés me obligaba a seleccionar los estados legítimos de paranoia personal para evitar confusiones. No sabía cuál era mi intemperie y no podía saber por lo tanto cuál era la suya y, además, esa inquietud por su presunta decisión de intemperie se ofrecía con tanta naturalidad para la escritura que entré a sospechar de ella, no fuera a ser ahora que convirtiera la intemperie inclemente del hombre en un tema literario, cuan-

do mi decisión había sido hacer de este relato una catarsis despojada de toda vanidad.

No fuera a ser tampoco que ahora encontrara el tema-llave, por otro lado tantas veces ganzúa para infinitas puertas narrativas; no quería, por consiguiente, dejar que el hombre fuera tema, o tópico, y menos objeto. Pese a estas restricciones, muchas veces en la plaza sentí el ramalazo del texto, como si un impulso creciente se apoderara de mi plexo y de mi disposición a la palabra escrita, empujándome, rogándome casi, que pusiera por escrito la noción de ensanchamiento metafísico que me producía la certeza con que el hombre doblaba las cobijas a la vera del árbol y, sobre todo, el silencio cargado que rodeaba ese banco cuando él se volcaba, de la cabeza al papel, a las tareas de la escritura; la escena clamaba por ser escrita, no tenía más que apoyar a mi vez unas hojas sobre las rodillas y dejar decir sin más lo que ese hombre me decía enmarcado en su lugar; la despiadada claridad de esa imagen venía ya escrita, pero yo me negaba a traducirla.

No sé si estos ejercicios de control de mi propia escritura sobre la escritura propia del hombre y su condición de intemperie eran exigencias de pureza, pero yo necesitaba de una química selectiva, saber qué índole de mensaje profería ese hombre en la plaza y su circunstancia y de qué manera tenía que ser atendido dadas mis propias circunstancias de regreso a la Argentina. Cuáles eran, en esa vulnerabilidad, sus partes y las mías.

En la plaza, en un banco cercano a la escultura brotante, se instaló a fines del verano otro hombre, un tercer hombre, muy definitivamente lumpen, de esos ennegrecidos por la pobreza del carbón, como cubiertos por la ceniza de braseros de otros tiempos, con el vientre al aire, mala bragueta, y una cojera bastante marcada. Ese hombre había conseguido aislarse en un discurso cerrado, ininterrumpido, en un soliloquio autorreplicante, autointerlocutorio, acompañado de los ademanes que suelen poner énfasis a todo diálogo o comunicación entre las personas. Ese hombre no depositaba ningún bulto en la bodega del hombre principal, no parecía haber ninguna relación entre ambos, pero no era válido ni defendible para nadie aventurarse en la indagación sobre uno de esos hombres desvinculándose sin razones del otro: eran dos linyeras, pero estaba muy claro que el principal objeto de mi preocupación no era el que se tomaba a sí mismo como referente, el que se incluía en su propia y autónoma interlocución, sino el otro, el que llevaba al papel sus ideas. Por uno, el que dejaba manar texto sobre su papel y sus rodillas, tenía predilección, por el otro, o los otros, sólo una piadosa perplejidad. Uno escribía mensajes, el otro se había dejado ganar por la locura del puro gesto, condenado a una noria de incomunicación.

El 7 de marzo a las siete y media de la mañana, siendo lunes, decidí acercarme al hombre. Había llovido durante la noche con intermiten-

La lluvia
como una tormenta

cias, como bendiciendo la lluvia el final del verano, y él había terminado de desplegar y de plegar, de apilar y de encuadrar y empezaba a caligrafiar sobre sus papeles, iba en la segunda o cuarta línea de una página cuando yo lo interrumpí y sin preámbulo le pregunté si él era escritor. Ya había levantado la cabeza de sus papeles cuando me vio venir con el perro, y también sin preámbulo, como si fuera natural que yo llegara a las puertas de su morada a preguntar por su quehacer, me contestó que no era estrictamente un escritor, pero que escribía acerca de algunos problemas pendientes, cuestiones matemáticas que se había planteado hace tiempo y que ahora resolvía. Le dije entonces que yo también escribía y que me había interesado en él porque lo veía escribiendo desde muy temprano. Quizás debí interrogarlo sobre su condición de intemperie, pero no lo hice; él se encargó de poner las cosas en su sitio, «aprovecho mi circunstancia», dijo, «para avanzar en la solución de ciertos problemas teóricos».

«La circunstancia en la que me encuentro», de ese modo describió su situación, dejando suponer que era transitoria. Esa misma noche, como para intensificar aún más el estremecimiento que me había producido hablar por primera vez con el hombre de la plaza, poniendo en evidencia la miseria de la comunicación, el desamparo de las palabras dichas por él y por mí y la vacuidad del lazo que éstas instauraban, empezó a llover con fuerza, arreciando la tormenta a medianoche, con

La lluvia

truenos y centellas y cortinas espesas de agua que se arrojaban sobre los edificios y súbitas iluminaciones en el horizonte cargado y alucinante. Siempre he imaginado que estoy en un barco y que la tormenta se cierne y luego se desencadena sobre los mástiles y las velas, que este barco es el símil de la vida borrascosa y emocionante de la novela leída o del poema musitado como una plegaria cuando el naufragio rompe todo y deja una resaca de espanto. Y en esa medianoche el hombre de la plaza me quitó el sueño, fui consciente de que la intemperie era la suprema inclinación.

Llovió toda la noche y siguió lloviendo todo el día siguiente; en la noche del segundo día tormentoso mi crisis de conciencia había progresado: cómo podía ser que hubiese mantenido un diálogo en apariencia normal con el hombre de la plaza y que todo siguiera como antes. Más bien tengo que aceptar, me dije, que ya nada puede seguir igual, que haber hablado con él y conocer su circunstancia me colocaba en una situación difícil, sin argumentos, porque si podía hablar con él en la intemperie no se veía muy bien que no pudiera hacerlo en la sala de mi casa, habiendo establecido de este modo jerarquías en mis relaciones, discriminando a los sujetos de mi atención.

Me resultaba muy significativo, y pasible de interpretaciones al uso, el hecho de que mi centro exclusivo de interés en Buenos Aires fuera ese hombre solitario, reducido a sus breves travesías.

Me dio miedo: el diálogo se había abierto y no podría ya cesar y todos los días la cuota de intercambio habría de cumplirse sin remisión. Instaurada la palabra entre el hombre principal de la plaza y yo, la transeúnte secundaria, necesariamente quedaba en estado de dependencia, me convertía en su tributaria, sus devaneos matemáticos sobre el papel desde las ocho de la mañana y a lo largo del día me colocaban, porque él *había elegido* hacerlo en desamparo, bajo un techo agobiante y carcelario, en *vivienda*, viviendo; mi «producción» y la resolución de mi presunto texto eran hechos domésticos triviales al lado de la empresa del hombre principal desguarecido.

Por entonces, una tarde, en la parada del colectivo sobre Callao, apareció un hombre raro, un *freak* de ciudad; su característica era señalar con el dedo índice a las personas, clavárselo luego en la espalda o en el pecho, como llamado de atención; esta vez, cuando me lo hizo a mí, no supe qué actitud tomar. Me di cuenta de que era alguien de excepción, un desproporcionado, y que mi reacción no podía ser la normal. Primero me hice la tonta, pero volví a apuntarme con el dedo, incrustándomelo en las costillas inferiores del torso delantero. Tuve mucho terror y mucha confusión y no respondí a la inquisición del hombre, proferida en una jerga propia, con un sentido para mí incomprensible; el *freak* se alejó y nadie en la fila del colectivo se molestó en defenderme, ni siquiera en comentar el incidente; me sentí aban-

donada: todos seguían con sus miradas puestas en la nada y, en vez de ejercer mis derechos de ciudadana, por así decirlo, de situarme en el plano de la reivindicación, lo cual siempre ayuda a reconstituir la imagen personal dañada, sentí vergüenza de haberme visto expuesta al dedo del *freak* delante de personas tan prescindentes y alternativas que con su silencio me hacían pagar una doble o triple culpa: la de haberme puesto a tiro del dedo del hombre, la de no haber podido conjurar con eficacia su acción sin sufrir terror, y la de no haber suscitado ninguna adhesión colectiva por el atropello del que había sido objeto. Viendo mi angustia, sólo una mujer que estaba en la cola reaccionó y me dijo: *Es completamente inofensivo, no le tenga miedo, no hace nada, habla así y señala así, pero no hace daño*. Agregó: *Fíjese que es un problema genético, cuando cualquiera de los miembros de su familia llega a adulto empieza a emitir esos sonidos y a hacer esos señalamientos con el índice. Su mamá terminó igual, sus hermanos son iguales, hacen lo mismo*.

¿Usted vive por acá?, me atreví a preguntarle, viendo que se refería al *freak* como a un vecino del lugar. Me respondió que su mamá tenía un puesto en el mercado municipal con salida a Córdoba y a Viamonte, *el puesto 45*, me dijo, pero de inmediato olvidé ese número y muchas veces he tratado de recordar si me dijo realmente el 45 o el 49 toda vez que fui a buscar a su mamá al mercado. Fui a buscarla porque osé preguntar a mi

interlocutora en la fila del colectivo si ella conocía a un hombre que vivía a la intemperie en la plaza Rodríguez Peña, un hombre que escribía. Me dijo que sus padres y en particular su mamá (la del puesto 45, ahora viuda), lo habían conocido mucho en su momento, a él y a su familia, afirmando a continuación que era totalmente inofensivo. ¡Ah!, él sí que es inofensivo, se la pasa todo el día escribiendo; fue estudiante avanzado de la Tecnológica, casi fue ingeniero, con decirle que los chicos vienen a traerle problemas de física y de matemática para que él los ayude, y sí, se los resuelve. Él es totalmente inofensivo, seguía diciendo con ponderación y yo dejaba pasar una y otra vez el colectivo 37 y ella también porque estábamos conversando sobre algo que a ella le interesaba, de algo en lo que a ella y a mí parecía írsenos la vida. Me dijo, asimismo, que se decía que *había quedado así como consecuencia de un trauma*, que sus padres habrían muerto en un accidente al que él habría sobrevivido y que nunca más se había re-
puesto del golpe.

Subimos por fin al colectivo, yo perturbada porque un poco antes ella me había comentado, con un tono de llevarme a un tema todavía más importante, que se había matado Olmedo. Debe haber interpretado mi mirada vacía como una señal de que yo ya conocía la noticia, pero cuando le pregunté quién era Olmedo me miró estupefacta. ¡¿Cómo, me dijo, no sabe usted quién es Olmedo?! Los signos de puntuación admirativo e in-

terrogativo se mezclaban. No, le dije, no sé quien es Olmedo. Olmedo, Olmedo, reafirmó, el actor, el cómico, se tiró esta madrugada del onceavo piso de un edificio en Mar del Plata. Ah, le dije, perdóned y, arrastrada una vez más por la corriente exculpatoria de siempre, empecé a abundar sobre mi pasado, le dije que yo no era en realidad de allí, sin saber muy bien cómo decirle que era de allí pero al mismo tiempo no lo era, *¿qué es el aquí?, ¿qué es?*, tenía ganas de exponerle, con énfasis, la relatividad de esos conceptos de pertenencia a un lugar, pero sólo logré confundirme y confundirla: *Soy de aquí pero nací en Córdoba, y todos estos años, además, no estuve en el país, viví en México, y en realidad soy también de México, o prefiero serlo*. Ella no podía creer lo que sus oídos oían; *no tema*, me dijo, y quizás pensaba que yo era totalmente inofensiva pese a que no supiera quién era Olmedo. A medida que pasaron las horas después del episodio, me fui dando cuenta de hasta qué punto era una intrusa, hasta qué grado una extraña en este país: el suicidio de Olmedo ocupó todo el espacio argentino, saturó todos los medios de prensa, nadie hablaba de otra cosa; la magnitud de lo que yo ignoraba me dejó a las orillas del mundo, pero poseía datos sobre el hombre de la plaza, sabía que estaba allí por los efectos de un intenso trauma, tal como acababa de decírmelo la señora en la parada del colectivo; era totalmente inofensivo según esta señora que parecía medir los peligros de la ciudad desde una

óptica del daño que pueden causar determinados personajes marginales. He ido varias veces al mercado a buscar en la serie de puestos desde el 45, que fue el número que me pareció oír, hasta el 49, pero no he visto ninguna viuda, los puestos son todos señores; eso sí, venden quesos y crema, como la madre de la señora. Unas semanas después, el hombre de la plaza, en su comentario del día, habría de decirme que a veces obtenía un *sachet* de leche en el mercado, y estuve a punto de preguntarle si se lo había dado la señora de alguno de los puestos desde el 45 hasta el 49, pero me abstuve porque no tenía modo de justificar que sabía algo de esa puestera, ni tampoco lo que sabía de él a través de la hija de esa puestera; además, él me dijo que a la leche la compraba.

Supe que el hombre de la plaza, mi principal hombre de la plaza, se llamaba Andrés. Le dije también mi nombre, que de manera sistemática él tergiversó a lo largo de las semanas, cambiando la primera *ene* de mi nombre por una *te*, sin que yo corrigiera el error; esos errores con mi nombre hace mucho que no los rectifico, ya no me impacientan ni me producen mal humor y creo, convencida, que se trata de lapsus inofensivos de las personas. La *te* por la *ene*, una *i* sustituyendo a una *u*, una *o* en el lugar de la primera *u*, etcétera, no me hacen mélla como antes; ahora sé que ése es mi nombre, no hay dudas sobre la identidad que me confiere, pero no siempre fue así, hubo épocas en las que no sabía qué argu-

mentar sobre él, obligada por insistentes reclamaciones de mis interlocutores que quieren saber si ése es realmente mi nombre, que quieren saber cuál es su origen, cuál su significado, he llegado a tener verdaderos brotes de desconcierto al verme cercada por preguntas que no tienen respuesta. A Andrés no me pareció conveniente aclararle que a la segunda *u* de mi nombre no le antecede una *te* y preferí confiar en que alguna iluminación fuera de contexto habría de disipar el equívoco sobre ese aspecto de nuestras relaciones.

He hablado ya del hombre ceniciento que gesticula: con movimientos amplios y variados de sus manos y brazos y aun de su cuerpo, según observé una mañana, dirige una orquesta imaginaria, en la que los instrumentos son su propia voz. Esos conciertos son después de las nueve de la mañana y le he preguntado a Andrés si él sabe quién es ese hombre, si tiene conocimiento de que él tuviera una relación «trascendente» con la música. Él no sabe, no parece tener curiosidad por sus congéneres y tengo la impresión de que al hacerle yo la pregunta tiene que haber sospechado que yo sí tenía una curiosidad literaria y malsana, por lo cual no insistí, no estando todavía en condiciones de explicarle cuál es mi relación con la literatura. Lo único que me dijo es que una vez vino una ambulancia y se lo llevó porque tenía una pierna infectada, pero que después fue devuelto a la plaza. «Pero él sí que está del otro lado», me dijo, poniendo en ese *pero* la

distancia que lo separaba del otro. Ese tipo de juicio volvió a emitir sobre una vieja tenebrosa, con cayado y andrajos, que pasó junto a nosotros haciéndole reverencias. «Debe de haber quedado fijada a una situación de servidumbre», comentó, «porque viene y me pide que le haga la lista del mercado para un banquete, como si yo fuera su señor. Cuando respondo a su pedido, se va, satisfecha, *al otro lado*».

Con Andrés me he movido con una gran discreción; podría haberlo acuciado con preguntas, tratar de saber a cualquier precio las determinaciones que lo llevaron a optar por esa vida. No hace falta asediarlo: lo que él suelta no constituye lo que podría llamarse un cuerpo narrativo, en cierto modo él, con sus escasas referencias, borra cualquier interés especializado, obliga al ascetismo; a su privación extrema de bienes sólo puede respondersele con una máxima austeridad de demandas; con él nada se puede acumular. No obstante, pese a la aceptación de esas reglas del diálogo y en los días que siguieron a mi primera conversación con él, estuve en permanente conflicto. Deslindaba bien los estados de mi conciencia separándolos de todo humanitarismo, pero esto sólo era una decisión mental. A medida que se desataban los fenómenos de la naturaleza —lluvias, vientos, heladas, relámpagos en la noche— él reforzaba su permanencia en el banco y su desafío me llevaba poco a poco a la impotencia. Él, que había decidido acerca de los límites de la po-

tencia humana, me dejaba incompetente para entender su desafío.

Aparte de hablarme de *su circunstancia* —palabra que definía, como ya lo señalé antes, una transitoriedad—, me dijo que hacía cuatro años que vivía de ese modo; antes su lugar había sido la plaza frente a la Facultad de Medicina, a unas cuadras de allí; un día tuvo que irse, aconsejado por el guardián: en esa plaza había habido procedimientos policiales relacionados con la droga y el placero no creía conveniente que Andrés se expusiera. No se puede saber si el guardián no estaría harto de tener que imaginar cómo sobreviviría a las tormentas, al calor o a las invasiones de mosquitos, sin contar con el hambre y otras necesidades, este hombre solitario, y prefirió respirar tranquilo desembarazándose de él.

Le pregunté si alguien alguna vez se había interesado por su circunstancia, por ejemplo, algún funcionario, alguna de las llamadas trabajadoras sociales del Ministerio de Bienestar. Nunca nadie se había acercado a él con otra intención que una curiosidad sin cauce, un poco como la mía, pero cada vez más, en mi caso, en el centro de una crisis de conciencia, por no decir un profundo conflicto espiritual. Sentados una junto al otro en su banco yo sabía que alguien, los paseantes, la gente, cualquier observador, nos miraba estar allí, hablando, midiendo la desproporción de un encuentro semejante: una mujer, un perro, un hombre principal de esa plaza por jerarquía de desam-

paro; primero yo, la mujer, después el perro y después el hombre. Él me dijo ese mismo día en el que yo me preguntaba si éramos vistos, como *adivinando mi pensamiento*, que él creía *que los suyos de otros tiempos* tal vez lo veían vivir de ese modo, y tuve la impresión de que saber que lo veían lo confirmaba triunfalmente en su empeño. Ningún indicio de aquel trauma invocado por la señora en la cola del colectivo 37.

No, él no era molestado por nadie. El viento en las noches calurosas sin duda le provocaba bienestar, escuchar a los pájaros al amanecer no era algo para desdeñar, y menos recibir el sol en los días otoñales. No parecía, sin embargo, tener un culto por la naturaleza en aquellas conversaciones. El ruidorío de los pájaros no nos dejaba escuchar lo que hablábamos, y me oí decirle: «Me imagino que a usted lo despiertan los pájaros». Él me dijo que había leído en un periódico hace tiempo que un linyera en Nueva York tomó su decisión de intemperie porque su mujer «tenía pajaritos en la cabeza». «Los dos tenemos pájaros en la cabeza, a mí me despiertan, él sale huyendo de los que pueblan la cabeza de su mujer.» Era la primera vez que él decía la palabra *linyera*.

Nunca he podido describirlo o definirlo como linyera. Una prohibición inexplicable aparta de mí esa palabra, la aleja como mala señal. Como contraparte, después de mis primeros encuentros con Andrés, entré en una especie de delirio del contar. Le decía a todo el mundo cómo lo había

conocido, quería a toda costa pasarle el problema a otros, descomedidamente, lo confieso con pena, trataba de conjurarlo por el solo hecho de relatar su circunstancia. A gente sin escrúpulos, a piadosos sin sentido del humor, a odiosos sin sentido del amor, a aprovechados, a indiferentes, a todos les contaba anécdotas relacionadas con «mi amigo Andrés, el de la plaza». Fui miserable, mucho tiempo lo fui; vendí al mejor postor su verdad y la mía, pero, de pronto, sin que mediará ningún hecho o tal vez sólo el hastío, cesé de contar. Desde el día en que cesé de hacerlo nadie me preguntó qué había pasado ni qué habíamos hablado en el diálogo cotidiano. Fue fácil preservar en el silencio la figura del hombre principal a partir de entonces.

Hablamos de literatura, sin ninguna profundidad particular; él se interesó por Rulfo, dijo haber leído *Pédro Páramo* tiempo atrás y haber tenido la sensación de que era una gran novela. Le dije que a Rulfo, antes de morir, se lo veía por las calles de Insurgentes Sur o de Revolución al sur, en México, que cualquiera podía cruzárselo en las calles de San Ángel e intercambiar incluso algunas palabras con él si se ofrecía. A él le llamó la atención que yo le hubiese aclarado *a rtes de morir*, como si tratándose precisamente de Rulfo pudiera habersele atribuido paseos después de muerto.

Me dijo que tenía dos libros. A uno, cuya importancia no exaltó porque se trataba de una no-

vela de Blasco Ibáñez, lo había encontrado en un basurero, junto a una gran cantidad de otros libros que no tomé. Me dijo que eran unos doce o quince libros, todos de cocina, *imagínese*, agregó, *encontrar libros de cocina, qué paradoja*. Algún insensato se había desprendido de esos libros y él no los había recogido. Sacó el libro de Blasco Ibáñez de una valija de tela y me lo mostró sin comentario. El segundo libro era *La novela de Perón*, de Tomás Eloy Martínez. Aclaró que se lo habían regalado, pero que era una edición resumida. Cuando le pregunté si en esa edición figuraba una escena en la que por pura obra de la ficción estamos mi marido, mi hijo y yo en un balcón, mientras abajo transcurre un acto político y se escucha *¡Oh Solitude!*, de Henry Purcell, me dijo que no, que si esa escena hubiese estado en su edición la habría recordado perfectamente, porque se sabía casi de memoria todo lo que sucedía en el libro. Recordó como muy intensa y muy justa, y la consideró como un verdadero hallazgo interpretativo, la idea de Tomás Eloy Martínez de una realidad percibida como a través del ojo de una mosca, multifacética, contradictoria, de dimensiones desconocidas; *creo*, agregó, *que así era lo que pasaba en esos tiempos, multiforme*. En el mes de marzo Andrés tuvo que haber asistido, más allá de su voluntad, a las concentraciones de maestros en huelga frente al Palacio Pizzurno, sede del Ministerio de Educación. Increpaban al ministro, reclamaban, exigían en plenitud el

derecho de reunión porque literalmente llenaban la plaza y arrojaban al aire miles de volantes y mariposas de diferentes formatos y con textos de diverso signo. La plaza amanecía cubierta de papales que el viento levantaba en torbellinos o la lluvia maceraba en montones irregulares. Nadie barría esos restos de los mitines de maestros. La huelga iba a ser larga y los plantones reiterados, por lo que cualquier barrido habría resultado inútil; las plazas, pues se trataba en realidad de dos, una grande y una pequeña, divididas por la calle Rodríguez Peña, casi siempre sucias, eran ahora estercoleros, con bolas de papel mascado por doquier.

Andrés tuvo que haber soportado la invasión de manifestantes y de basura, lo conjeturo, puesto que nunca me comentó los hechos que habían sucedido en varias vísperas de nuestros encuentros en la plaza desde hacía semanas. No sé tampoco si estaba al tanto del conflicto que se vivía dentro del perímetro de la plaza y que él observaba tarde a tarde. Oía, por supuesto y con seguridad, las consignas, pero cuando le ofrecí llevarle unos periódicos, se negó a aceptármelos. Prefería no saber lo que pasaba en el mundo. Nunca había conocido yo a nadie que de una manera tan consciente y decidida se negara a tener noticias. A él no se le podía hablar de lo que había ocurrido; no se le podía preguntar si se había enterado de que en tal o cual parte se había producido un hecho de tales o cuales características, cuyos efec-

tos habían repercutido en tal o cual sitio; no se lo podía colocar en el suceso, lo cual restringía enormemente los recursos del diálogo. Basta imaginar qué les pasaría a dos personas, o a varias personas en una reunión social, si se decidiera no hablar de lo que salió en el diario y se las soltara al medular ejercicio de la palabra sin desvíos o eufemismos.

Hablar con Andrés se hacía cada vez más difícil para mí, me resultaba irrisorio interesarme por las formas en las que había sorteado los lances meteorológicos; ya no aguantaba preguntarle acerca de sus modos de vida, *modus perendi*, diría Gonzalo Celorio, experto mexicano en cuestiones de indigencia callejera, y muchas veces, cobarde, fui a la plaza demasiado temprano, evitando el encuentro y limitándome a contemplar cómo dormía, envuelto como un tamal en sus cobijas, apoyada la cabeza en *La novela de Perón*.

El sol se obstina en brillar, descomedido, sobre las paredes de la casa y dura todo el día, hasta entrada la noche normal de los terráneos, que suele comenzar a eso de las ocho después del meridiano y culminar con las primeras luces de las cinco de la mañana, pero que en esta latitud es eterno. No sopla ni la más leve brisa, verificación que en el lenguaje cotidiano de los míos se dice: «no sopla ni una gota de aire», trueque cualitativo de propiedades que hace todavía más espeso el aire y condensa, sin precipitarlo, el deseo de lluvia.

No hay modo de neutralizar la fuerza del sol: la más angosta de las rendijas es una brecha enorme para el haz que se esparce, calcinante, rebobando sobre cualquier superficie y produciendo alientos de calor enceguedores. En las raíces del pelo, en los poros, en la fundación de todas las células del cuerpo hierven vapores y ya casi no es posible controlar la demanda de agua que esos estados incandescentes provocan en la materia. Un

trópico sin palmeras mecidas, sin alivio de goterones redondos que contunden el suelo y se filtran en las grietas de la sequedad, sin espejismos del desierto que unen el cielo y la tierra en un horizonte azul, sin nada de eso, un trópico así que vibra sobre el blanco y centellea como espada en el borde de las cosas, termina por ser un estado del espíritu: todo es espeso, el caldo no se licua, nada fluye en el núcleo del agobio, la medianera que se eleva desde la planta de los edificios de enfrente hasta su duodécimo piso, se erige para mí como una fatalidad, pero también como una incitación: nada podría desmoronarla, ni aligerarla siquiera, está allí exigiendo con su gravedad que la ilusión óptica se plasme y que el sueño se vuelva fantasía.

El gris de ese muro, cuyas dimensiones no son las de cualquier espalda de edificio, persiste, no se deja encandilar por los rayos de la luz y sus tonos torvos y secos tienen mucho más que ver con mi estado de ánimo que el incendio de enero. Nunca en un plano podrían darse de una manera tan igualitaria la verticalidad y la horizontalidad, nunca tan explayada la idea de la superficie extensa, tal vez sólo equiparable a una llanura, pero siendo telón-estepa, manto alisado sobre la realidad en cuya tensión se expone todo el espectro de la luz. Espalda, costillar, cadera de construcción en un corazón de manzana, se erige sobre sus cimientos como un acantilado y desafía al ventisquero desde donde lo contemplo. Mi

propio punto de mira ha de verse desde él, si alguien mirara, como un estrecho refugio de montaña, en la sombra fresca todavía, esperando que el sol cruce el foso divisorio y lo amenace sin piedad. Entre mi muro y ese muro la hondonada es ancha y profunda; a pique, vertical, la oscuridad se sumerge en ese tajo dejando fuera de mi alcance un mundo misterioso, quizás de patios embaldosados sobre los que corre el agua sin evaporarse, uno que otro verdor, una que otra flor de gruta.

El calor posee, el sol domina cada hábito y obliga a una economía del cuerpo: permanecer, ahorrar, demorarse en el tiempo muerto de la siesta interminable y sólo permitir que la conciencia repase breves tramos de la realidad, es la disciplina que se aprende. Así, estática, frente al puro muro, en el medio de las medianeras, en el alojamiento robado al desfiladero, suspendido el abismo por reclusión en la muesca del límite, sólo mis índices caminan sobre el teclado e interpretan, románticamente, el vínculo entre ese paisaje y el alma. Hay en ese gesto que pasa del negro intenso al pardo transparente, del siena barrido al tierra húmedo o que se funde y se recupera en gamas de marrones sucios y en blancos amortajados, una resistencia que acalla el terror y contiene la locura. Cuanto más lenta y grave sea esa acción sobre el teclado y cuanto menos se perturbe su transcurso, menor será el riesgo de precipitarse.

Cuando recorro la espalda del muro en el corazón de la manzana y subo como el hombre-mosca sin asirme a las saliencias, por puro apego y victoriosa ante el abismo, cuando acepto la muerte de esa superficie que me niega su historia y acalla toda anécdota, los índices parecen palpar pero el grano se les escurre, creen modelar pero la estría se les desdibuja: no hay interpretación en el desierto y el sol devora y deglute, sólo él procesa los accidentes del plano en vertical y horizontal. Pero la paciencia depara una visión posible: guardar que la tarde haya caído detrás de mí nunca desprendiéndose del último de mis cabellos y observar entonces de qué delicada manera el sol graba ese instante en la pantalla gigante, cuya tersura deseable y distante yo misma dibujaba sin conocer o anticipaba en las bardas rosadas de Morelia, en la roca herrumbrosa de la Citadelle bisontina, en las piedras redondas y cárdenas del Anizacate. Mi ladera-montaña, mi mural urbano, recibe los rojos como si se ataviara para una ceremonia sagrada y después, con las primeras gotas de aire, se sume en el negro.

Desde mi ventana he atendido a las variaciones sobre el muro testigo. Que ése fuera mi telón de fondo o que en ese fondo se librara la escena de mi regreso era un accidente «edilicio»: podría yo haber hecho mi arraigo en el espacio de Buenos Aires en un cubo de ocho por ocho, con un balcón a una avenida y unos testigos árboles alineados o unos edificios testigos con decenas de agu-

jeros clausurados por persianas o abiertos entre cortinas ondeantes; podría haber vuelto a la pequeña caja interior ocupada a mediados de los setenta, en cuyo hueco de luz resonaron las voces que había que acallar por terror en los setenta; podría haberme quedado en una casa de altos por el barrio sur con habitaciones amplias que se disipaban hacia el cielo raso y mirar la escena callejera al sesgo, como pidiendo perdón entre otros edificios. Todo eso podría haber sucedido, pero cuando vi el acantilado de Dover clavado en el corazón de la manzana, tan vasto como mi propio corazón, y tan blanco como el muro de pena, cuando vi la gigantesca pantalla para la película que haría rodar sus escenas en ese recomienzo, el resplandor de los rojos que estallaban en aquel atardecer se impuso al pánico de la inmensidad.

Volvía a un hueco practicado en la ciudad y en la horadación habían intervenido verificaciones emocionales irrecusables: en el ochenta y cuatro, en aquel mes de estadía iniciática, me había reído y llorado alternadamente sin parar, como sólo lo suelen hacerlo los niños y las niñas en noches de catarsis. Reírse en un país es incluso más fuerte que llorar y más fuerte aún, reírse después de haber llorado. Había que hacer pie en esa condición redescubierta, anidar en el hueco del desfiladero con el muro enfrente, ir del cielo a la tierra, planear sobre la ciudad y admitir, incluso, sus escamoteos, lo que habría de develarse sin darme señales para el reconocimiento.

El muro se había presentado en mis sueños mexicanos rodeado de nubes de altura y el minarete desde donde yo habría de observarlo, el encierro elegido para dominar el llanto y la risa simultáneos, era un pequeño refugio con balcones cubiertos de plantas, mordido a la propia mole de cemento desde donde yo atisbaría las cambiantes tonalidades del muro-montaña-testigo sujeto a observación y a lectura. Semanas y semanas me quedé parada frente a la muralla de contención, y en ese carmen de lamento en el que el sol y las sombras se debatían, fui depositando mis huellas, aéreas en la circunstancia, pues mis plantas no lo graban pisar la calle por voluntad propia.

Podría creerse que yo intentaba leer allí un oráculo y que del desciframiento de los signos iba a desprenderse algún llamado. Pero no, yo me dejaba llevar por la coloración de la atmósfera, el rumbo del viento, las sucesiones meteorológicas y otras especificaciones ambientales, que han sido para mí desde siempre augures de la existencia, y el muro se me presentaba en bloque, imponiéndose como valla y demorando mi descenso a tierra.

Mi primera noche de convivencia con el muro, apreciada su falda desde la que habría de ser de ahí en más mi terraza, comprobado su perímetro y evaluados sus diámetro y radio fuera de toda medida normal de medianera, lo que se me impuso con más fuerza era que nadie podría escalarlo, que siendo imposible cualquier fuga, había que buscar

entonces los modos de salir por laterales subterráneos, o sobrevolarlo en altura. Un helicóptero lo rodeó y luego desapareció hacia el puerto en dos o tres giros diestros; a lo lejos, como suelen por lo general oírse las señales literarias, se sintió inclusive la sirena de un buque y sus estribaciones sonoras trajeron hasta la torre de observación y de escucha un rapto triston: ni que la condición de inmigrante la hubiera convocado ex profeso, para solaz de la melancolía. Decidí bajar por un tubo, contagiada por la serenidad del anochecer: no me iba a dejar perturbar por las emociones de la ciudad redescubierta. Pero los propósitos fallaron; lo primero fue descubrir que el muro en el corazón, y la manzana que iba a alojarme desde entonces y en adelante, el sitio en el que yo pensaba implantarme para desde allí iniciar la segunda parte de mi siglo personal, con la risa y el llanto alternados en ciclotimias diversas, estaba en el mero centro de la ciudad, que caminando hacia la derecha unas tres cuadras llegaba al café La Paz, legendario por los encuentros de personas en los cincuenta y sesenta, y por las cacerías de personas en los setenta. Allí tuve un sobresalto: ninguna cita se había consumado para mí en ese lugar, pero generaciones habían hecho de él su rincón de fantasías y desconocidos volvían ahora al lugar del crimen como atraídos por la miel, y la humareda delataba la succión y la expulsión de la ansiedad.

Yo no sabía lo que era la calle Corrientes; una cosa era haberla transitado con la distancia de no

pertenecer al lugar cuando llegaba de Córdoba e incluso cuando vivía en Buenos Aires y el suave extrañamiento era una incitación a verla como un objeto de deseo, y otra muy diferente era esa nueva perspectiva después de quince años de ausencia: la imagen que se me ocurría, descartando en lo posible la sensiblería, era que la muerte se había enseñoreado del sitio. Había una ventaja a mi favor, no haber tenido nunca un apego histórico e ideológico por esa calle me permitía una adhesión limpia a sus llamados; si ahora, de regreso, me sobrecogía ver en ella a los ausentes, o percibir en ella la ausencia de los que no estaban, era por una suerte de homenaje simbólico a su función aglutinante y mitológica. La memoria no seleccionaba a nadie en particular e incluso permitía una evocación reparadora.

La elegí, me decidí por ella frente a otras promisorias avenidas y la caminé en las cuadras que correspondían a mi barrio; siempre he sido parroquial y he limitado mis desplazamientos a la zona en que vivo. Caminaba desde Callao hacia el Bajo y respiraba hondo la frescura de marzo; casi siempre iba por las tardes dándole la espalda a la caída del sol, pero con el suficiente tiempo como para ver su tramo final a mi regreso, y con el suficiente tiempo también como para alcanzar los rojos del atardecer en el muro frente al que de noche me recogía. Elegía para volver las paralelas, y en cada bocacalle, en el corte perpendicular, veía concluir la ciudad en una vertical distante y

azul, a veces verde, pero sobre todo límpida. No sucedía mucho más que el color en esas caminatas; pero un día, la transversal entre Corrientes y Córdoba, con exactitud entre Tucumán y Viaducto, comenzó a emitir señales de reconocimiento: yo la había transitado cada dos o tres días durante tres meses y no me había pasado nada en particular, y ahora de pronto, me decía ser Reconquista, me mostraba un edificio ancho de varios pisos con el nombre de una de sus principales empresas, unas veredas desportilladas, la concavidad de un cristal sobre el que la imagen se distorsionaba hasta el grotesco, un juego de resplandores en una puerta giratoria. En la esquina, un bar-restaurante clásico en olores más bien españoles, y nada más que eso, sin otros detalles que abundaran en la primera emisión que la calle me ofrecía. En ese lugar que no había podido ver esos meses yo había trabajado varios años: era el diario del que me fui, del que se fueron muchos y en el que murieron otros tantos durante la gran represión; era el bar donde iban esos muertos y esos ausentes; y ésa era la calle y la esquina donde yo esperaba, a diario, el colectivo para volver a mi casa y era, sobre todo, la esquina de la casa de Rodolfo Walsh, su propio edificio, al que yo solía ingresar también todos los días y al que ahora, tomada por la gran e instantánea recuperación, entraba solamente para marcar el hito de mi regreso a Buenos Aires. Frente a la escalera volví a sentir al perseguidor a mis es-

palidas, pero ya no estaba Rodolfo para abrirme la puerta de su departamento y conjurar, con su picardía maligna, el reflejo paranoico. Quiere decir, pensé, que la materia se había volatilizad^o para mí durante semanas, que un sector del universo, de la historia, de la conciencia, había dejado de funcionar con todos sus atributos de realidad, que había sido víctima de una afasia selectiva y, además, reiterada, porque no se había producido una sola e inocente vez la borratina sino cada día, y el develamiento, tengo también que consignarlo, no había sido espontáneo, sino provocado por un sencillo comentario de alguien que me acompañaba en la ocasión acerca del olor a ajo que salía del restaurante. La fuga involuntaria de un espacio que, por otro lado, había sido un referente labrado con insistencia por la memoria en los años mexicanos, ponía en evidencia las condiciones de un regreso. Era, también, una suerte de somatización que se sumaba a todos los otros síntomas que circulaban en las historias personales: tener un paro, hacer una úlcera, quedarse ciega, cabalgar sobre la taquicardia, padecer disnea, brotarse, incluso morirse para no ver, recuperar o rememorar. Con más convicción que nunca decidí darme a la tarea de no practicar ninguna forma de huida, de no eludir el foso, ni franquearlo con malas artes y, sobre todo, a partir de ese momento, desconfié de la lucidez y de la vigilia.

Intenté pasar por la última casa que habíamos habitado, un edificio de departamentos con un

ancho corredor en planta baja que terminaba en un jardín encerrado y rumoroso. Allí el fragmento de la realidad tenía una contundencia insoslayable; pero no se dejaba agarrar por otras razones, traumáticas en línea directa: quería pasar por mi antigua casa y cuando llegaba a la esquina de esa calle y me iba acercando, me daba un ataque de pánico, curiosamente no en el pecho, sino en la espalda, y me regresaba sin haber podido cumplir la misión. Fui renunciando poco a poco a esa zona de la ciudad, con astucia eludía mediante giros a la redonda el mero sitio. Pero todo llega y una mañana bajé de un taxi en la puerta, penetré hasta el jardín y volví a salir por el pasillo. La escena recuperada en ese momento no necesitaba explicarse: no imaginé un paso natural, tomada de la mano de un niño, ni un afanoso ajeteo de madre, sino un intento de fuga en el que salgo del ascensor, me encamino hacia la entrada y veo que se acercan, en sentido contrario, tres hombres cuadrados y significativos; me cruzo con ellos y al salir veo que están hablando con el portero al fondo, en la puerta del jardín; el portero les señala la salida y mi persona; logro verlos con la nuca, como sólo pueden hacerlo quienes saben que no hay escapatoria; de todos modos lo intento: cruzo la calle y llamo un taxi; cuando voy a subir a él dos manos me toman de los hombros desde atrás y me detienen, obligándome a regresar a la casa. Trato de zafarme con argucias, les ofrezco subir por el ascensor mientras yo lo hago por la

escalera, les propongo la operación inversa, pero ellos me acorralan. En el jardín ha quedado es-
tampada a contraluz la figura del portero.

El vértigo sentido en la espalda es peor que la atracción del vacío, es el imán de lo desconocido, una boca que obliga a entrar en ella desde los talones, a contracorrente, y que al mismo tiempo empuja hacia adelante. En la espalda se consuman la traición y el tiro de gracia y basta concentrarse con fuerza en ella, separarse incluso de una misma y verse en ella, para percibir su indefensión.

La reverberación en el muro arrojaba unas flechas blancas directo a los ojos y no se podía mantener abiertas las ventanas; desde muy temprano cerraba las persianas y reforzaba su espesor y contención colgando una cobijas; en esos días me refugiaba en el costado opuesto de la casa hasta que el sol lo castigara. El alivio solía comenzar a eso de las ocho de la noche: el aire empezaba a correr entre las ventanas de un lado y otro de la casa y la ventilación movía las cortinas. Esas brisas eran lo más parecido al bienestar, un estado de aislamiento era de pronto consagrado por un golpe de frescura y tanta había sido la privación que me sentía agradecida. Creía, con sinceridad, que una suerte de gracia voluptuosa podía ser la condición de vida, siempre que supiera esperar el final del día y que pusiera mi fe en el signo del aire, suspendido en la superficie del muro y con el

suficiente impulso para irradiarse desde allí hacia mis ventanas y hasta mis habitaciones.

Creía en la circulación, pero circulaban otras negras monedas por el espacio. Y una noche, habiendo salido a la terraza a recoger unas ropas, en una de ellas vi una cucaracha inmensa, una especie de vampiro lustroso y húmedo que se adhería con fuerza a la tela, aun cuando yo la sacudía con desesperación. Logré despegarla y entré; no había nada en mí libre del terror, temblaba, los dientes vibraban, los sollozos reproducían los sacudimientos del paño en la terraza y no tenía consuelo. Me obligué a tranquilizarme, apagué las luces y me senté en una silla tratando de no ponerme en evidencia, de sustraerme lo más posible de la realidad. Me quedé así un tiempo que no puedo precisar. Cuando ya me parecía haber recuperado la respiración normal y cesados los sollozos, encendí la lámpara y reingresé a la vida. Con la mano derecha toqué, inadvertida, un objeto mojado y liso que se liberó de mí y pasó del muslo a la rodilla. La cucaracha vivía en mí, se prendía a mi cuerpo como a un deseo; los temblores recomenzaron y, con ellos, la locura. La arrojé de mí y se agarró de una cortina, sus antenas se movían de derecha a izquierda y de atrás hacia adelante y sus ojos me habían detectado distante pero no me abandonaban, como si ella esperara una flaqueza de mi parte para arrojarse sobre mi regazo. Retrocedí sin ostentación, quise borrarle como humana y para ello fui haciendo

desaparecer todo signo de vida: no respiré, no parpadeé, el sigilo fue mi escapatoria, primero hacia el costado opuesto de la casa, después, ya fuera de su ángulo de visión y lejos de la poderosa captación de sus antenas, me escabullí por la puerta de entrada y huí por el hueco, escaleras abajo.

Era muy entrada la noche cuando regresé de la calle Corrientes; había reflexionado acerca de esos estados límite y había decidido defenderme. No puede ser, me decía, que ella me gane, que ellos, el calor, el muro, el vértigo de altura, ganen la partida y se apoderen de mis derechos. En el elevador, pegado sobre el espejo, había un anuncio que informaba: «Mañana, a partir de las ocho de la mañana pasará la empresa desinsectizadora». En el ángulo superior derecho había una cucaracha dibujada y el nombre *Casa Juan Mate*; arrastrada por el nombre matador realicé un acto que se parecía al conjuro de un crimen, escribí, clandestina, junto a *Mate*, *Gregorio Samsa*, poniéndome en riesgos de ser descubierta y condenada. Cuando abrí la puerta y encendí la luz, la cucaracha había desaparecido. Cerré puertas y ventanas, obturé cualquier ingreso y me encerré en mi habitación, luego de haber revisado todos los pliegues y rincones. Ella estaba en algún lugar, pero si permanecía quieta, sin respirar, no se me acercaría. Desde esa noche renuncié a las brisas siniestras de la tarde.

Sólo el estoicismo podría explicar la sobrevivencia en un recinto, defendida de insectos y del ca-

lor por el subterfugio de un empujamiento: cuanto menos bulto denotara mi existencia, menor sería la posibilidad de ser advertida. Mis reservas eran suficientes: una decisión de no llamar a nadie, de no pedir nada a nadie; de responder a quienes me requirieran, pero de no reclamar; de exponerme lo menos posible a cualquier negativa de los demás para desterrar la frustración de la demanda sin respuesta; de contrarrestar la desesperanza apartándome de toda expectativa. Se cumplía lo que en mi fantasía muchas veces había recreado: una situación de encierro en la que la conciencia de los bienes disponibles y de su dispendio en cuantagotas aseguraba la economía vital, un triunfo sobre el derroche, una acumulación de pura necesidad y de estricto desseo, atributos todos que, por primera vez en mis años, me collocaban en el extremo cero.

Había que leer la inscripción en el muro: manchas aureoladas de distinto tamaño distribuidas en la zona central, goteos esparcidos en colonias en el ángulo superior derecho, coronas que se prolongan en estelas, señales de arrastre ejecutadas a ritmos largos y breves; texturas que se supone lisas y absorbentes, listas para la estampa y, sobre todo, la profundidad, más allá y más adentro de la superficie y en la cual es posible perderse con la mirada y la mente. Había que dominar el muro y recoger, sin atravesarlo, permaneciendo en la pura instancia-muro, una imagen clave, disparada en ancho y en largo y en toda

otra dimensión; apoderarse de ella como si se tratara de un saber. Pero la mudez era absoluta, todo lo que se arrojara rebotaría, deslizándose sin poder sumar siquiera su huella a las marcas vitálicas, y entonces el desciframiento cada vez más habría de parecerse a una de las empresas de la locura: la que se erige para insistir sobre la realidad reclamando realidad.

Con caracteres pequeños, caligrafía desgarrada y desde el ángulo superior izquierdo empecé a escribir. La pluma rasgó la superficie y se adelantó, desde entonces, con un trazado incierto, produciendo pequeños cúmulos de textos. Se dispersó en haces o se enroscó en eses, pero no llegó a dispersarse en relación a sus núcleos; como si el terror a la superficie ilimitada la condicionara, fue creando zonas de reserva, señuelos de referencia a los que podría volver si se perdía. El protocolo se fue llenando en varios sentidos, con textos y sobretextos en líneas y entrelíneas, dejando áreas vacías y configurando representaciones más allá de su propia pertinencia; la pluma se apoyaba sobre su punta o se deslizaba de canto, era punzón o gubia, sin prever de qué manera podía yo eludir el carácter efímero de sus incisiones. Encerré los bloques más reducidos dentro de otros y la dilatada página se pobló de núcleos rotos de zanjias que a su vez eran recubiertos por lazadas cada vez más amplias que se iban alejando, sin perder las primeras cápsulas, y el muro, sobrecargado de una violenta energía, traspas-

sado y transido por la grafía, expuesto a una intemperie desconocida hasta entonces, constreñido por su foso y dominado por un prolongado sitio, se fue cayendo, literalmente, sobre la línea recta de su base; no se desmoronó arrojando cascotes como edificio de terremoto, sino que se filtró sobre su línea fundante, como un papel que se desliza vertical en una ranura.

ÍNDICE

9	LA ENFERMEDAD
31	EL FRÍO QUE NO LLEGA
45	CUERPO DE POBRE
63	CURRICULUM
73	ORÁCULOS
85	ORDEN DEL DÍA
93	ESTAFETA
101	CELDILLAS
113	LA ESPECIE FURTIVA
127	VISITA GUIADA
141	CASAS
149	EMBAJADA
157	CONTENEDOR
167	FENOMENOLOGÍA
179	INTEMPERIE
211	EL MURO